3 0081 007 948 726

LIBRARY
VANDERBILT
UNIVERSITY

SIGILLUM UNIVERSITATIS VANDERBILTIAE
MDCCCLXXIII

134126

V.8

Date Due

DEMCO-293

MAY 20 '41			
JUN 5 '41			
AUG 12 '41			

Cmg 5/28/90

TEATRO COMPLETO

TOMO VIII

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TEATRO COMPLETO

TOMO VIII

COMEDIAS Y DRAMAS

EL AMOR QUE PASA.—EL AGUA MILAGROSA.
LA MUSA LOCA.—HERIDA DE MUERTE

MADRID
1924

ES PROPIEDAD
DE LOS AUTORES

MADRID.-IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

134126

EL AMOR QUE PASA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro Odeón, de Buenos Aires,
el 10 de setiembre de 1904.

VANDERBILT UNIVERSITY
LIBRARY
NASHVILLE, TENN.

A DON JUAN VALERA

LOS AUTORES

UNA CARTA (*)

SRES. D. SERAFÍN y D. JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO.

Mis bondadosos y queridos amigos: Con grande satisfacción y contento he recibido la amabilísima carta de ustedes, fecha 12 del corriente, y los ejemplares de la preciosa comedia EL AMOR QUE PASA *que me envían ustedes de presente. Mucho agradezco este obsequio, y más aún, porque me lisonjea en extremo la distinción que ustedes me hacen dedicándome obra literaria tan dichosamente inspirada, que al punto me he hecho leer, oyéndola con extraordinario deleite. En los caracteres de los personajes hallo variedad muy graciosa. En el conjunto, mucha armonía; y en todo el cuadro, una representación exacta de la realidad, sin excluir por eso la dulce y delicada aunque algo melancólica poesía que así en Arenales del Río como en el cercano pinar, embalsama el ambiente.*

Aunque en EL AMOR QUE PASA *no pretenden ustedes probar ninguna tesis, ni demostrar nada, lo cual aplaudo yo con toda mi alma, la lectura de la obra sugiere y despierta no pocos pensamientos y sentimientos trascendentales, y estimula el espíritu a plantear problemas harto dificultosos de resolver, y muy propio asunto de la poesía por lo mismo que nadie los resuelve. ¿Cómo remediar el evidente desequilibrio que a menudo se nota, no sólo en Arenales del Río, sino también por dondequiera, entre la cultura y elevados afectos de la mujer y la ruda y prosaica grosería del hombre, a quien ella no puede menos de amar y de desear por compañero?*

En fin, la comedia de ustedes es muy bonita, lo real y lo ideal están en ella admirablemente enlazados y fundidos, y yo estoy muy ancho de que ustedes me la hayan dedicado.

Soy siempre de ustedes afectísimo y agradecido amigo,

14 - 12 - 904. *JUAN VALERA*

(*) *No resistimos al deseo de honrar esta nueva edición de* EL AMOR QUE PASA *con la carta con que el inolvidable maestro de las letras españolas, a quien la dedicamos, premió nuestra modestísima oferta.*—N. de la segunda edición.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MAMÁ DOLORES....	BALBINA VALVERDE.
SOCORRITO.....	CONCHA RUIZ.
CLOTILDE	CLOTILDE DOMUS.
CURRA.....	LEOCADIA ALBA.
LA GITANA.....	MATILDE RODRÍGUEZ.
JUANITA.....	MATILDE RODRÍGUEZ MENÉNDEZ.
ANDREA.....	LUISA BELTRÁN.
ISABEL.....	CARMEN BLANCO.
ÁLVARO.....	JOSÉ CALLE.
DON RUFINO.....	JOSÉ RUBIO.
EL TONTO MEDINA.	JOSÉ SANTIAGO (1).
GASPAR.....	RICARDO SIMÓ-RASO.

Todos, a excepción de Álvaro, hablan con acento andaluz.

---

(1) En Madrid sustituyó al señor Santiago, en la representación de este papel en el Teatro de Lara, el señor Barraycoa.

EL AMOR QUE PASA

ACTO PRIMERO

Gabinete bajo, de confianza, en casa de don Rufino Valcárcel, adinerado labrador de Arenales del Río, pueblo andaluz. Una puerta vidriera al foro y otra a la izquierda del actor. A la derecha, amplia ventana enrejada, que arranca desde el suelo, y cuyo hueco viene a ser como una prolongación del gabinete. Tocando a los hierros, en el frente y en los costados, puertas y puertecillas de cristales; en el muro, puertas de madera. En el centro del gabinete, una mesa con tapa de mármol. Al foro, un piano y una consola. Sillas que forman juego con la consola, y algunas de rejilla. Dos mecedoras y una silla baja. Sobre la consola, el piano y la mesa, varios retratos en diminutos caballetes, un álbum, algunos jarrones con flores del tiempo y un par de caracoles de mar. En las paredes, dos o tres retratos antiguos, al óleo. Lámpara de luz eléctrica colgada en medio de la escena. Estera de junco. Es a la caída de la tarde.

Mamá Dolores, sentada a la ventana, que es su observatorio, y una de cuyas puertas de cristales tiene abierta, monologuea comentando cuanto ve en la calle. Don Rufino pasea, monologueando también,

entre los vapores de la digestión y de la borrachera «sorda» que tiene siempre encima. De cuando en cuando se dirigen sus observacioues el uno al otro.

Mamá Dolores es una señora muy vieja y muy limpia, con rodete postizo y cofia de seda. Don Rufino, su marido, un señor algo más viejo que ella, pero que se conserva entero y fuerte. Desaliñado en el vestir, se tiñe muy mal el pelo y el bigote; y lo encendido y llameante de sus narices y carrillos delata la poca estimación en que tiene el agua.

Don Rufino. Bien... bien... Está bien... ¡Pschál... Otra golondrina... Digo que está bien... requetebién...

Aquellas que aprendieron nuestros nombres... ¡Pschál... Y así va todo... y ande yo caliente... y viva la gallina, y viva con su pepita... ¡Pschál... Parece que tengo quince abriles.

Mamá Dolores. Allá van los tres... Capullos, sinvergüenzas... A la tabernilla, de seguro... Cochinos... Míralos: ya entraron. A salir como tres pellejos... ¡Qué juventud! ¡qué pollería!... Indecentones... *Andrea, criada de la casa, sale por la puerta del foro y se va por la de la izquierda, roja de llorar y extremando un tanto los sollozos, como para inspirar interés. Mamá Dolores, al verla pasar, le dice:* Cierra bien, no se cuele aquí *Pepa.*

Don Rufino. La vida es la vida... Mentira... patraña... El momento presente: no hay más. A ti te lo digo, Antonio, para que lo entiendas, Pedro... Pedro en castellano, *Petrus* en latín, *Pierre* en

francés, *Pietro* en italiano, *Peter* en inglés, y el que sepa más lenguas, que lo diga... ¡Pschá!... Y el mundo dando vueltas...

MAMÁ DOLORES. Qué mala cara tiene hoy María Remedios... Adiós. Adiós. Cada día ve menos esa chiquilla. Digo, ¿le parece a usted? Mira, Rufino, mira la mujer de Jenaro cómo va. Pero que ese hombre le consienta...

DON RUFINO. *Asomándose un momento a ver a la señora en cuestión.* Mucho, mucho... También sé decir en siete lenguas lo que es Jenaro.

MAMÁ DOLORES. *Saludándola muy expresivamente.* Vaya usted con Dios... — *Concluyendo la frase para sí* — grandísima chulona. Va sin enaguas esa mujer... Apriétate más la falda, hija mía, que se te señalen hasta las venas. Anda, no seas tonta... Escandalosa... rabanera... Adiós, Ramoncillo. Y dile a tu hermana que te zurza los pantalones. Buenas tardes... Buenas tardes... Buenas tardes, María. Ya vuelve la gente del campo.

DON RUFINO. *En el campito llueve,*
mi amor se moja...

¿Cómo? ¿Qué decías?

MAMÁ DOLORES. No hablaba contigo.

DON RUFINO. *¡Quien fuera chaparrito*
lleno de hoja!

MAMÁ DOLORES. Adiós, Meléndez. Dios me perdone; pero el sacristán nuevo me parece un

poquito... *Con fino ademán da a entender que le parece afeminado.* Allí viene ya Socorrito. Gracias a Dios: me aburro de estar sola. Y el Tonto Medina viene detrás de ella.

DON RUFINO. ¡Oh, qué placer! El Tonto es mi hombre.

MAMÁ DOLORES. Claro: es tan borrachón como tú... Buen par de bigardos estáis.

Salen por la puerta del foro Socorrito y el Tonto Medina. Socorrito viene con un traje muy sencillo de color vivo, y un mantón de espuma puesto en forma de chal. El Tonto Medina, que la sigue, viste de americana y sombrero flojo. La ropa le está grande. Habla con cierto esfuerzo, tartamudea al romper, y es un tanto gangoso.

SOCORRITO. Esto de que en todo Arenales no haya más hombre que haga el amor que el Tonto Medina, es para pensar en los fósforos con aguardiente.

MAMÁ DOLORES. ¡Ja, ja, ja! ¿Cómo estás, hijita?

Se besan. Socorrito se sienta a su lado.

TONTO. El... el... el caso es que lo mismo dicen todas, y cuando falto yo me mandan buscar, mamá Dolores.

MAMÁ DOLORES. Dí tú que sí, Juanillo.

DON RUFINO. Dí tú que sí. ¡Eres el capitán Montoya!

TONTO. ¡Ji, ji! E... e... ellas lo negarán, pero la que más y la que menos sueña conmigo por la noche.

SOCORRITO. ¡Ay, ya lo creo: yo, todas las noches! Y si duermo siesta, en la siesta también.

TONTO. E... échalo a broma. Yo... yo lo saco por mí, que me acuesto pensando cada noche en una, y sueño con ella sin remedio.

MAMÁ DOLORES. Bueno, sí; pero no nos vayas a contar lo que sueñas, tú.

TONTO. ¡Ji, ji! Ve... ve... verá usted: la otra noche, sin ir más lejos...

MAMÁ DOLORES. A ver si te callas, sinvergüenza. Rufino, llévate a éste.

SOCORRITO. Lléveselo usted, don Rufino. Que no sueñe en voz alta.

DON RUFINO. ¿Cómo si me lo llevo? ¡Encantado! Y que no está él suspirando por otra cosa.

TONTO. Pues... pues no piense usted que lo hago por la bebida. Es que en ninguna parte lo paso más a gusto que con usted.

DON RUFINO Sin que me lo jures lo creo. Modestia aparte, ¿sabes? *Yéndose con él hacia el foro.* Porque, mira: en este pueblo, Juanillo, no hay más que dos hombres que tengan vergüenza.

TONTO. Sí, sí, sí, señor; muy bien dicho: dos nada más: usted y yo.

DON RUFINO. No: mi hermano y yo. Tú no has tenido nunca vergüenza.

TONTO. ¡Ji, ji!

DON RUFINO. Ni ninguno de tu familia tampoco.

TONTO. ¡Ji, ji! ¡Y lo gracioso es que es ver-

dad! ¡Em... empezando por mi hermana! ¡Ji, ji!

Don Rufino y él se van riendose escandalosamente por la puerta del foro, hacia la izquierda.

MAMÁ DOLORES. Y siguiendo por tu padre, y por tu tía, y por toda tu parentela, cochino.

SOCORRITO. Es mucho Tonto. Digo, tonto... No crea usted que es tan tonto.

MAMÁ DOLORES. ¿Me lo vas a contar a mí?

SOCORRITO. Se figura que siempre está jugando a la gallina ciega.

MAMÁ DOLORES. ¿Cómo no viniste esta mañana, Socorrillo?

SOCORRITO. Porque estuve en las Monjas.

MAMÁ DOLORES. ¡Ay, es verdad!

SOCORRITO. ¡Si viera usted qué mal rato pasé!... ¡Pobre Carolina! ¡Causa una impresión ver a una muchacha tan bonita que se encierra allí para no salir más!... Porque cuando se encierra una fea no se siente tanto.

MAMÁ DOLORES. Claro que no. Yo no he querido ir, por lo mismo.

SOCORRITO. Mire usted: hubo un instante, cuando le cortaron el pelo, aquel pelo tan lindo que tenía esa criatura, que me entró una angustia, una cosa tan rara... Vamos, yo me eché mano al moño, creyendo que me lo cortaban también. No sé a quién se le habrá ocurrido que para ado-

rar a Dios sea preciso quedarse pelona. Luego le quitaron las joyas, las flores... A mí me parecía que le iba doliendo cada cosa que le quitaban. Le digo a usted que pasé un rato... Bueno, y la pobrecita de la madre, llorando como una Magdalena.

MAMÁ DOLORES. Me lo figuro. ¡Lástima de niña! Y sin vocación de monja, ¿sabes tú? Porque esto es lo gordo. ¡Claro! Si lo que yo no sé, con estos pollos de Arenales, cómo no hay una toma de hábito cada día... Borregos, curdones, zambullos...

SOCORRITO. ¡Cuidado con la vida que llevaba la pobre Carola!...

MAMÁ DOLORES. La que todas lleváis: la que llevas tú. Sólo que tú eres de las que se resignan.

SOCORRITO. ¿Qué remedio? ¿Voy a empezar a tirar piedras por la calle, para que me tomen por loca? Cargar con un ganso de estos del pueblo, no cargo. Dios me libre. ¿Esposa del Señor? No me lo merezco. Me tira mucho el mundo, mamá Dolores. Lástima que no me dejen arreglarlo a mi gusto; que estaríamos todos en la gloria.

MAMÁ DOLORES. Y Carolina aquí con nosotras, y no en el convento, ¿verdad?

Detrás de la ventana, en la calle, asoma Clotilde.

CLOTILDE. Mamá Dolores.

MAMÁ DOLORES. ¡Clotildilla! ¿No entras?

CLOTILDE. ¿Podrá llevarme luego María Rosa?

MAMÁ DOLORES. Sí, pimpollo. Mira que la pregunta... Entra, entra.

CLOTILDE. *Como hablando con un criado que no sale.* Vete, Antonio. Luego me acompañarán de aquí. *Desaparece de la ventana y llega a poco por la puerta del foro. Viste mantón y traje semejantes a los de Socorrito.*

MAMÁ DOLORES. Me hace gracia esta Clotildilla. Lleva el diablo en el cuerpo.

SOCORRITO. Es una manera de inventar cosas... No tenía precio para novelista por entregas.

CLOTILDE. *Saliendo.* ¿Qué será de nosotras el día que nos falte mamá Dolores? *La besa.* ¿No es verdad, Socorrito?

Se besan las dos. Clotilde se sienta al otro lado de mamá Dolores.

SOCORRITO. Como que es la única señora tratable que hay en el pueblo.

CLOTILDE. Calla, mujer. Si aquí parece que tratarse cuesta dinero. Acabo de pasar por casa de Julia Peña, y tiene ya la puerta cerrada.

MAMÁ DOLORES. Eso es para no gastar luz eléctrica. Desde que la han instalado, hija, hasta leen el periódico a oscuras. *Se ríen las tres.* Dicen ustedes... Yo sí que les agradezco que vengan a acompañar a esta vieja pilonga.

CLOTILDE. Pues le advierto a usted que aunque tuviéramos novios vendríamos lo mismo.

MAMÁ DOLORES. Sí, sí, novios. De eso hablá-

bamos ésta y yo. Andan por las nubes. Por supuesto, a la que hay que oír es a la Chata. Está rabiosa. Dice que el gobierno debe tomar cartas en el asunto; y que si la vida se ha puesto cara, y el matrimonio se hace imposible, que quiten los consumos, y a ver cómo se arregla eso.

CLOTILDE. Yo le propuse el otro día que sacáramos un santo a paseo, como cuando hace falta que llueva.

SOCORRITO. Sí; pero a eso dice que muchos santos nos llevan la contraria, porque no han tenido novia nunca.

MAMÁ DOLORES. Ella lo que quiere a todo trance es un motín; una algarada. Romper los cristales de todas las casas donde haya un soltero. Yo le he dicho que cuente conmigo: que como arme una manifestación, yo llevo la bandera. Sí, hija, sí; porque los noviazgos han de estar en sazón, y las muchachas, como las flores, tienen su punto. Y se pasa un año, y se pasa otro, y se pasa otro... y se va la juventud antes que lo penséis.

CLOTILDE. Dígamelo usted a mí, que cumplo los años de cuatro en cuatro.

MAMÁ DOLORES. ¡Chiquilla!

SOCORRITO. ¿Es posible eso?

CLOTILDE. Como lo oyes. Mira: yo tengo ahora diez y nueve. Pues los primeros que cumpla—¡horrorízate!—serán veintitrés.

SOCORRITO. ¿Veintitrés?

CLOTILDE. ¿No ves tú que los años bisiestos van de cuatro en cuatro, y yo nací en un veintinueve de febrero?

Las otras dos sueltan la risa.

MAMÁ DOLORES. Pero ¡qué cosas sacas!

CLOTILDE. A mí, después de todo, más que lo de los novios me preocupa lo de los años; porque como novio siempre tengo el que me da la gana...

SOCORRITO. De imaginación.

CLOTILDE. A falta de los de carne y hueso, llenan su sitito los pobres. Yo sostengo correspondencia con tres y cuatro novios a la vez. Y con un inglés he estado a punto de casarme. Hasta expuse el equipo en una tienda de Sevilla. Aquel muchacho me gustaba. Si como era de mentira llega a ser de verdad, nos casamos.

MAMÁ DOLORES. También fué una lástima, mujer.

CLOTILDE. Me llevo la noche entera escribiendo cartas y tarjetas postales. Y me divierto mucho, porque como escribo también las contestaciones, ¡me digo unas cosas!...

MAMÁ DOLORES. ¿Habéis estado esta tarde en la estación?

SOCORRITO. Yo, no: hace dos tardes que no voy.

CLOTILDE. Yo, sí. En Arenales no hay más diversión ni más esperanza que ver pasar los tre-

nes... Y tú no debías faltar nunca, aunque sólo fuera por gratitud.

SOCORRITO. ¡Qué tonta eres!

MAMÁ DOLORES. ¿Por gratitud, dices?

CLOTILDE. Usted considere: ¡el único novio que ha tenido lo ha tenido en el tren!

MAMÁ DOLORES. *Sorprendida.* Eso no lo sé yo.

SOCORRITO. Me da mucho coraje recordarlo. Ni fué mi novio. ¡Ojalá! Fué un muchacho moreno, con cara de muy apasionado, que pasó un año en época de ferias... y se conoce que le gusté.

CLOTILDE. ¡Cuidado con aquella mirada que te clavó en la nuca! Yo creí que te iban a arder todos los pelitos del coraje.

SOCORRITO. Al año siguiente volvió a pasar. Me saludó... y nos sonreímos.

CLOTILDE. Emociones anuales.

MAMÁ DOLORES. Pues es todo un pasaje novelesco.

SOCORRITO. Al tercer año bajó al andén y me regaló unos claveles. ¿Te acuerdas, Clotilde?

CLOTILDE. ¡Digo!

SOCORRITO. Pero casi no pudimos hablar, porque como aquí no para ningún tren de viajeros más de cinco minutos... Que en eso sí tiene razón la Chata: llega un tren con personas, y apenas se detiene; llega un tren con carbón, con tablas o con borregos, y lo tenemos tres horas delante.

CLOTILDE. Mientras peor huelen los trenes, más se paran.

MAMÁ DOLORES. Calla tú. *A Socorrito, con interes.* ¿Y al otro año, no pasó también tu desconocido?

SOCORRITO. Sí, mamá Dolores; pasó... con una señora, dos amas y dos niños iguales iguales, con las cabezas muy chiquitas: parecían dos papas.

MAMÁ DOLORES. ¡Jesús, qué final más desastroso! Ni siquiera te miraría, ¿verdad?

SOCORRITO. *Suspirando.* Más que nunca. ¡Como que hasta entonces creo yo que no le gusté de veras a aquel hombre!

MAMÁ DOLORES. Es natural: si la mujer le iba a traer al mundo dos papas cada año...

CLOTILDE. Con la agravante de la cara de la mujer.

SOCORRITO. Hija, no, que era muy agraciada.

CLOTILDE. ¿Agraciada? Mamá Dolores, no le exagero a usted: coja usted al organista de las Monjas, quítele usted las gafas negras, tírele usted del labio de abajo... y ahí la tiene usted ya.

Risas. Andrea sale de nuevo por la puerta del foro y se va por la de la izquierda, en la misma actitud lastimosa que antes, con una bandeja de ropa blanca recién planchada.

SOCORRITO. ¿Qué le pasa a Andrea?

CLOTILDE. ¿Va llorando?

MAMÁ DOLORES. Llorando va. Pero no sé lo que le pasa. Lleva así seis días. Y yo no le pre-

gunto; porque luego sale con unas tonteras... ¿Qué diréis que le costó el sábado una llantina?

CLOTILDE. ¿Qué?

MAMÁ DOLORES. Pues que *Pepa* parió tres gatos, y ninguno era negro. Es tonta; es tonta.

Torna a salir Andrea por la puerta de la izquierda, y se encamina al foro, sin dejar los sollozos ni el hipo.

SOCORRITO. Andrea.

ANDREA. Zeñorita.

SOCORRITO. ¿Qué le sucede a usted?

ANDREA. Usté carcule, zeñorita: cuando una yora azina, no zerá zin motivo.

MAMÁ DOLORES. Bueno, pero ¿qué motivos son ésos? Te estoy viendo llorar toda la semana.

ANDREA. Los pobres también zentimos nuestras cozas...

CLOTILDE. ¿Está usted mala acaso?

ANDREA. No, zeñorita...

MAMÁ DOLORES. ¿Es algo de tu novio?... *Andrea rompe a llorar sin consuelo.* ¡Acabáramos! Puse el dedo en la llaga.

SOCORRITO. Pero ¿tiene novio?

CLOTILDE. ¡Si aquí en Arenales no tienen novio más que las criadas! El día que yo me canse, me pongo a servir.

MAMÁ DOLORES. Bueno, y ¿qué es lo que le pasa a tu novio?

ANDREA. *Gimoteando.* ¡Que ze lo yevan!

MAMÁ DOLORES. ¿Qué?

ANDREA. ¡Que ze lo yevan, zeñorita!

MAMÁ DOLORES. No comprendo.

ANDREA. ¡Que ze lo yevan a zerví ar rey!

SOCORRITO. ¿Sí?

CLOTILDE. ¡Pobrecito!

SOCORRITO. ¡Pobrecita ella, que se queda sin él!

MAMÁ DOLORES. Las cosas de España: a un hombre que tiene su novia, se lo llevan a servir al rey. ¡Qué país!

SOCORRITO. A servir al rey no debían ir más que los viudos.

CLOTILDE. ¡Tampoco!

ANDREA. Y es lo que yo digo, zeñorita: mi Manoliyo a mí podía darme el avío... y ar rey no va a zervirle pa na.

MAMÁ DOLORES. ¡Es claro!

ANDREA. Nozotros creímos que ar tiempo de alegá tar vé ze libraría por inúti; pero da la cazualidá de que está más zano que una pera.

MAMÁ DOLORES. Entonces ¿no ha podido alegar?

ANDREA. Ha alegao que padece de arferecías...

CLOTILDE. ¿Y padece?

ANDREA. ¡No lo quiera Dios, zeñorita! Un mez ha estado yendo ar reconocimiento.

MAMÁ DOLORES. ¡Como si hubiera estado cinco!

ANDREA. Ezo no; porque también ha alegao que ez hijo de viuda, y tampoco le ha zervío pa na.

MAMÁ DOLORES. No será hijo de viuda.

ANDREA. ¡Ya lo creo! ¡Zu madre era viuda cuando ze cazó!

MAMÁ DOLORES. Bueno, bueno, sosiégate. Eso les pasa a todos. Además, ahora no hay guerras. Dentro de dos años vuelve, y ha corrido mundo. El servicio les conviene a los hombres.

ANDREA. Pué zé que tenga usté razón... Ustés perdonen, zeñoritas... *Yéndose por la puerta del foro.* ¡Pobrecito mio! ¡Gofetá que ze pierda en er cuarté, gofetá que ze encuentra!

MAMÁ DOLORES. ¿Están ustedes viendo como es tonta?

Sale por la puerta de la izquierda el Tonto Medina.

TONTO. Ma... mamá Dolores.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué quieres?

CLOTILDE. Hola, Juanillo.

TONTO. Ho... ho... hola, rosa de mayo. Don... don... don Rufino, que vaya usted allá.

MAMÁ DOLORES. Si me llama para pedirme más vino, se equivoca; porque no se lo doy.

TONTO. No... no es para eso.

MAMÁ DOLORES. Sí es para eso. ¿Conoceré yo el paño?

TONTO. No... no es para eso... Si... si... si fuera para eso me iría yo con usted, y voy a quedarme con las niñas.

MAMÁ DOLORES. Buen *tunarra* estás tú. A ver qué quiere el borrachón de mi marido. *Vase por la puerta de la izquierda.*

TONTO. *Riéndose candorosamente.* ¡Ji, ji! No... no la llama... ¡Ji, ji! No... no la llama... Le... le... le he dicho eso para que me dejara solo con ustedes.

SOCORRITO. ¡Ay, qué gracia!

CLOTILDE. ¿Te parece el Tonto?

TONTO. Ven... ven... vengo a cogerle un pellizco a cada una... ¡Ji, ji!

SOCORRITO. Acércate y verás.

TONTO. Si... si tú tienes más ganas que yo...

SOCORRITO. Acércate, acércate...

El Tonto se le acerca: la muchacha huye. Corren un poco por la escena, y luego la emprende con Clotilde en la misma forma.

TONTO. No... no te libra nadie. ¡Ji, ji!

SOCORRITO. Sí; que ya me cogiste.

TONTO. No... no te libra nadie. ¡Ji, ji! Y si no es a ti, es a esta otra.

CLOTILDE. Estás tú fresco.

SOCORRITO. Mira, vamos a tener formalidad.

CLOTILDE. Sí; vamos a jugar a algo serio.

TONTO. E... e... eso también me gusta. Ju... jugaremos a los matrimonios, Clotildita. Anda: tú y yo nos hemos casado esta tarde... y ya se han ido todos los convidados. ¡Ji, ji! *Va a abrazarla.*

SOCORRITO. *Sujetando al Tonto.* ¡Eh! ¡eh! ¡Que quedo yo!

TONTO. ¡Ji, ji!

CLOTILDE. Para jugar a los matrimonios sobra una.

TONTO. Al... contrario: están las cabales. Una es mi mujer y la otra es la que me gusta.

SOCORRITO. Este Tonto dice a veces unas sentencias...

CLOTILDE. ¡Lástima que sea tonto! ¿verdad?

TONTO. ¡Ji, ji! Es lo que les ocurre a todos los casados del pueblo. ¡Em... empezando por mi padre!

SOCORRITO. Pero ¡qué sinvergüenza eres, Juanillo!

Curra y Juanita, madre e hija, llegan por la puerta del foro. Vienen también con trajes sencillos y ligeros, y mantones de espuma en forma de chal. La madre habla por los codos. La niña apenas habla, y cuando lo hace es con una voz «engolada» que da angustia oírla.

CURRA. Ave María, qué oscuridad. No sé cómo pueden ustedes... Luz, luz, luz. *Enciende la lámpara.* ¿Quién está aquí? Digo, ¿eh? Ahora me lo explico: el Tonto con las niñas.

TONTO. ¡Ji, ji! ¡O... o... ole lo bueno!

CLOTILDE. Juanita, mira qué flores más bonitas traes.

JUANITA. ¿Te gustan?

CURRA. Niña, cierra la ventana, que nos van a ver desde la calle.

Juanita obedece.

TONTO. *A Juanita.* Vi... vivan las rositas de abril... ¿Cuán... cuán... cuándo me vas a dejar que te dé un beso?

CURRA. Mira, Tonto: como me la hagas llorar, como anoche, del bofetón que te doy te vuelvo listo.

TONTO. ¡Ji, ji!

CURRA. ¿Y mamá Dolores?

Sale mamá Dolores a tiempo por donde se fue, y cierra la puerta.

MAMÁ DOLORES. Aquí está mamá Dolores, que le va a plantar un soplamocos a aquel embustero.

TONTO. ¡Ji, ji!

MAMÁ DOLORES. ¿Pues no me engaña el muy granuja? *A Curra.* ¿Cómo sigue Magdalenilla?

CURRA. Bien. Ya está bien. Becerra es el que tiene un catarro atroz. Esta noche me voy a escape.

Se sientan todos menos Juanita, que danza por la escena.

JUANITA. ¿Vamos a jugar a las cartas rusas?

CLOTILDE. Déjate de cartas ahora.

SOCORRITO. Somos muy pocas hoy. Si hubiera venido Isabelita...

TONTO. Pa... para jugar a algo, al escondite.

MAMÁ DOLORES. Nos dedicaremos a la tijera.

CURRA. A propósito. Se me olvidaba decírselo a ustedes. He hecho los imposibles por traer a Pepillo Gallardo. Inútil. Ni arrastrado viene. *Imitándolo.* «Déjeme usté a mí de curzileo.» Eso fué todo lo que se le ocurrió.

MAMÁ DOLORES. Animal, borricote, rucho. ¡Qué taifa de pollinos!

CLOTILDE. Cuando yo venía para acá, tuve que pasarme a la otra acera huyendo de Luisillo Moreno, que traía una curda que iba bordando la calle con los pies.

SOCORRITO. Mayor la llevaba ayer tarde el sinvergüenza del hermanito, que tiene menos años.

CURRA. Pues Miguelón, el primo, se ha cerrado en que no estudia, y en que no estudia, y en que no estudia. Y no estudia.

MAMÁ DOLORES. Como que ése es carne de noria.

CURRA. ¡Ah! ¿Y lo que he sabido? A Pepe Conde me lo ha pescado una de Morón.

SOCORRITO. Buen provecho le haga.

CLOTILDE. No la envidio. Es un hombre que lastima la vista de rubio que es.

SOCORRITO. Yo tengo que buscarle la luz como a los retratos antiguos.

MAMÁ DOLORES. Lo de menos sería el color si tuviera vergüenza.

CURRA. *Pegándole al Tonto con el abanico.* Juanillo, no te duermas, que luego cuesta Dios y ayuda despertarte.

TONTO. No... no me duermo: es que estoy pensando.

JUANITA. ¿Vamos a jugar a la lotería?

CLOTILDE. ¿Quién se ocupa de juegos, tonta?

CURRA. ¡Jesús, qué chiquilla! No le gusta más que jugar. Y ya tiene edad de otra cosa.

JUANITA. ¡Pues si me distraigo!...

MAMÁ DOLORES. Déjala que no se meta a mujer, que tiempo le queda.

CURRA. Si fuera ella sola, no tendría yo prisa... Pero aguardan quince detrás. Y mientras ésta no se case, no visto a ninguna de largo. Aunque me critiquen. Y cuidado que Candelarilla y Josefilla están ya pidiendo una cuarta más en el vestido. Todavía Candelarilla se defiende mejor, porque es finita. Pero la otra... la otra, con quince años, es una vergüenza: tiene más pantorrillas que yo.

TONTO. ¡Ca!

CLOTILDE. La que está preciosa es Carmela.

MAMÁ DOLORES. ¡Ah! Carmelilla. Sí. ¿Carmelilla no es la de los ojos claros?

CURRA. No. Carmelilla es la de la naricilla respingoncilla. Ésta se refiere a Rosarillo.

CLOTILDE. Justo: a Rosarillo.

CURRA. Son chocheces de madre, pero me tiene vuelto el juicio. Es una divinidad de cara y de cuerpo. Hay que verla desnuda.

TONTO. ¡Bueno!

CURRA. *Pegándole otra vez.* ¡Sinvergonzón! Consuelillo es más morenilla, pero en cambio está mejor formada. Y de la que espero mucho, mucho, mucho, es de Manolilla. Y de Asuncioncilla también.

MAMÁ DOLORES. ¿Cuál es Manolilla?

CURRA. ¿Manolilla he dicho? Yo misma me confundo. Lolilla he querido decir. Manolilla se

llamará la que tenga el año que viene. Por la tía de Becerra.

SOCORRITO. Pues ¿sabe usted lo que le digo, señora? Que si en vez de Manolilla, Asuncioncilla, Candelarilla, Josefilla, Lolilla y toda esa caterva, hubiese usted traído al mundo a Periquillo, Antoñillo, Eduardillo, Paquillo y Joselillo... hasta quince, a estas horas tenía usted una calle en el pueblo.

CLOTILDE. ¿Una calle? ¡Una estatua!

CURRA. ¡Ay, qué graciosa ha estado! Se lo diré a Becerra. Yo, lo más que puedo hacer, es tener ahora quince varones.

MAMÁ DOLORES. Entonces sí que va a necesitar la calle: ¡para que viva la familia!

Se ríen todos.

JUANITA. ¿Vamos a jugar a «encendido te lo doy, si apagado me lo das, prenda pagarás»?

CURRA. No, hija; esta noche no jugamos a nada.

TONTO. En... en todo caso, al escondite.

SOCORRITO. A lo que vamos a jugar es a irnos.

MAMÁ DOLORES. ¿Tan pronto? ¡Claro! Si hubiera pollos que las distrajeran a ustedes, no se irían... Pero estas tertulias son de pan con pan.

TONTO. ¡Que... que estoy yo aquí, mamá Dolores!

MAMÁ DOLORES. Animales, borricos; no saben hablar más que con pindongas. Ven a una señorita y echan a correr asustados. ¡Ay, qué cambio ha

dado este Arenales del Río! En mis tiempos había aquí un manojo de muchachos que daba gusto. Mi Rufino era de lo menos saliente, y ya ven ustedes qué figura tiene todavía... A caballo daba gloria verlo. Los Carnavales de aquí eran famosos en Andalucía... Venían familias de Cádiz, de Sevilla, de Huelva... En el casino se armaba una fiesta y un baile por menos de nada... Siempre había pretexto para divertirse y pasarlo bien. Lo que ocurre cuando hay sociedad. Los muchachos finos solían darnos serenatas muy bonitas a las pollas más principales. Porque esto que sucede aquí ahora, de que la hija del tío Pitijierve, que no es de clase, ni lo será nunca, se pasee por la plaza con las demás... ¡esto no se ha visto en el mundo! Todavía me acuerdo yo de una estudiantina... ¡Ah!... Becerra se acordará también. *Cantando, peor que en sus tiempos:*

A tu puerta hemos llegado
cuatrocientos en cuadrilla;
si quieres que te cantemos,
saca cuatrocientas sillas.

Aplausos.

CLOTILDE. ¡Muy bien!

SOCORRITO. ¡Muy bien!

MAMÁ DOLORES. Les digo a ustedes que en Arenales del Río se podía vivir.

Silencio. Las muchachas se quedan pensativas.

SOCORRITO. Bueno; pues nos iremos con tan agradable sabor de boca.

Se levanta. Luego se van levantando las demás.

CLOTILDE. Sí, vámonos. ¿Quién me lleva a mi casa?

MAMÁ DOLORES. Andrea, María Rosa... Cualquiera.

CURRA. ¿Para qué? Yo te dejo al pasar. Y a ti también, Socorro. Si es mi camino.

SOCORRITO. Ea, pues vamos.

Coge cada una su mantón y se lo pone. Mientras, llega Andrea, sollozando aún, a anunciarle una visita a mamá Dolores.

ANDREA. Zeñorita.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué hay?

ANDREA. Un cabayero pregunta por usté.

MAMÁ DOLORES. ¿A estas horas? ¿Quién es?

ANDREA. No lo conozco. Dice que viene de aquí, de Cañaverá.

MAMÁ DOLORES. ¡El demonio del hombre! Ese es uno que me quiere vender unos borregos, y yo no quiero comprárselos, y me trae loca. Que entre ya y lo desengaño del todo.

Vase Andrea.

SOCORRITO. Conque, mamá Dolores, hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Hasta mañana, hijita.

CLOTILDE. Hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Adiós. Tantas cosas a tu madre. Dile que se deje ver de cuando en cuando. Adiós, Curra. Que se alivie Becerra.

CURRA. Gracias, mamá Dolores.

JUANITA. Buenas noches, mamá Dolores.

MAMÁ DOLORES. Adiós.

TONTO. Ma... ma... mamá Dolores, descansar.

MAMÁ DOLORES. Adiós, mala persona.

TONTO. ¡Ji, ji! Esta noche voy a soñar con Socorrito.

Al ir a marcharse por la puerta del foro aparece Álvaro en ella. Todas, la propia mamá Dolores también, se sorprenden.

MAMÁ DOLORES. (Pues no es quien yo creía... No conozco...)

Socorrito, Clotilde, Curra, Juanita y el Tonto van marchándose por este orden y dedicando sendas cortesías al recién llegado, a las que él contesta respetuosamente. Así que desaparecen todos, avanza un poco hacia mamá Dolores y la saluda.

ÁLVARO. Señora, buenas noches.

MAMÁ DOLORES. Buenas noches.

ÁLVARO. Usted me perdonará si vengo a hora inoportuna, dadas las costumbres de estos pueblos.

MAMÁ DOLORES. No, señor, no...

ÁLVARO. Sin duda, estoy hablando con la dueña de la casa: doña Dolores Feijóo.

MAMÁ DOLORES. Yo misma soy. ¿Me conoce usted?

ÁLVARO. No tenía ese gusto.

Vuelve Socorrito.

SOCORRITO. Mamá Dolores, con permiso.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué quieres?

SOCORRITO. *Hablando con ella; pero sin quitarle ojo a Álvaro.* El molde de la carne de membrillo, ¿me lo envía usted a casa, o mando yo por él?

MAMÁ DOLORES. Yo te lo mandaré: no te ocupes de ello.

SOCORRITO. Mejor será, porque como tengo esta cabeza... Hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Hasta mañana. (¡Diablo de *piruja!...) Vase Socorrito, haciéndole a Álvaro una nueva cortesía.* Y yo, ¿con quién tengo el honor...?

Vuelve Clotilde, como Socorrito.

CLOTILDE. Mamá Dolores.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué hay?

CLOTILDE. Por supuesto, si viene mi madre, dígale usted que me ha llevado Curra... No vaya a armar una de sus novelas.

MAMÁ DOLORES. Descuida.

CLOTILDE. Hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Adiós. *Vase Clotilde, repitiendo tambien la cortesía.* Le preguntaba a usted... Pero tenga la bondad de sentarse. *Se sienta ella.*

Vuelven Curra y Juanita, como las otras.

CURRA. Mamá Dolores: ¿don Rufino está bueno, verdad? Como esta noche no ha salido...

MAMÁ DOLORES. Sí, sí: está bueno. Gracias.

CURRA. Que usted descanse.

MAMÁ DOLORES. Adiós.

ÁLVARO. Veo que es usted una madre casi universal...

MAMÁ DOLORES. ¡Je, je! En el pueblo, toda lo pollería... Y la segunda reserva también.

Vuelve asimismo el Tonto Medina, por no ser menos.

TONTO. Ma... ma... mamá Dolores.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué se te ofrece, hijo de mi alma?

TONTO. ¿A... a... a cuántos estamos hoy, por una disputa?

MAMÁ DOLORES. A trece. Vete y déjame en paz, majadero.

TONTO. Hasta mañana. *Vase.*

MAMÁ DOLORES. Bien; a ver si nos entendemos nosotros... *Álvaro mira hacia la puerta.* No; ya no hay más: esté usted tranquilo. Cosas de los pueblos... Ha llamado la atención su visita. Siéntese usted, y dígame quién es y el objeto que aquí lo trae.

Se sienta Álvaro. Es un muchacho fino, simpático, elegante, sencillo, de muy abierta fisonomía. Viene en traje de montar a caballo. Trae fusta y sombrero flexible.

ÁLVARO. ¿Es usted buena fisonomista?

MAMÁ DOLORES. Psch... regular. No lo he sido mala; pero ya tengo los ojos cansados, como los perros viejos.

ÁLVARO. Y ¿no le recuerdo a usted a nadie? Míreme usted bien.

MAMÁ DOLORES. Déjeme usted que me ponga las gafas: me ha metido usted en curiosidad. *Se pone las gafas, lo mira detenidamente y se las quita luego.* No caigo... Y el caso es que yo juraría... Pero no, no caigo. Ríase usted, que dicen que riéndose se coge mejor el aire de las personas. *Álvaro se ríe de buena fe.* Nada, ni riéndose. No es cosa de hacerlo a usted llorar para ver si así...

ÁLVARO. Sería difícil que usted me reconociera. No me ha visto nunca, y la persona por quien puede recordarme murió hace tantos años... Usted fué muy amiga de Pastora Velázquez, ¿verdad?

MAMÁ DOLORES ¡Pastora Velázquez!... ¡Ya lo creo!... ¿Es usted su hijo?

ÁLVARO. Su hijo soy.

Se estrechan las manos con emoción.

MAMÁ DOLORES. Ahora que lo sé, lo veo claro. Tiene usted la misma cara de ella. La nariz, los ojos... Y la voz, la voz... Más que nada, la voz. ¡Jesús, Jesús! Pero ¿cómo había yo de caer?... Pastora se fué de aquí hace más de treinta años... Ella era mucho más joven que yo; casi le dobla-

ba la edad... Pero fuimos íntimas. ¡Qué simpática y qué buena era la pobre!

ÁLVARO. Murió siendo yo un chiquillo todavía. Pero no tan chiquillo como para olvidar lo mucho que me hablaba de usted, de este pueblo, de esta casa... ¿Y su marido de usted? ¿Vive?

MAMÁ DOLORES. A Dios gracias. No lo parte un rayo. Ni a mí tampoco. Ahora lo llamaré. Nos hemos acartonado los dos, y yo no sé cuándo vamos a morirnos Esta es la verdad. ¿Cómo se llama usted?

ÁLVARO. Álvaro.

MAMÁ DOLORES. ¡Ah! como su padre. ¿Recuerda usted a su padre?

ÁLVARO. No. Ya sabe usted que, antes de nacer yo, salió de España con mi madre, perseguido, acusado por aquellas calaveradas políticas...

MAMÁ DOLORES. Ya lo sé. Lo vendieron los que él creía sus amigos. Era un hombre de corazón. Inflexible, terco, exaltado. Daba pena verlo rodeado de aquella pillería. De puro bueno, parecía loco algunas veces.

ÁLVARO. Y lo era, desde el momento en que creía que todos los hombres eran como él.

MAMÁ DOLORES. Diga usted, Álvaro: ¿usted— o he perdido yo los memoriales — nació en alta mar, camino de América?

ÁLVARO. Sí, señora. Tuve la cuna mejor mecida que ha tenido nadie.

MAMÁ DOLORES. Sólo que su madre de usted hubiera preferido mecérsela ella.

ÁLVARO. Eso sí. En tierra firme. A los dos años de emigración, mi pobre padre, harto de la vida...

MAMÁ DOLORES. Fué una gran desgracia. Lo supe.

ÁLVARO. A los hombres como él, los arroja del mundo el desencanto.

MAMÁ DOLORES. Y ¿a usted se lo llevaron a París, con su tío César?

ÁLVARO. No; entonces, no. Años después, cuando murió mi madre.

MAMÁ DOLORES. ¿Ahora vive usted con su tío?

ÁLVARO. No, señora; mi tío también murió. Me he quedado solo.

MAMÁ DOLORES. ¿Solo?

ÁLVARO. Sí. Y vivo errante, de aquí para allá, viajando casi siempre. En ningún lugar paro mucho tiempo. Por temperamento soy volandero, inconstante... Aborrezco la estabilidad. Me gusta vivir sin echar raíces en el suelo. Si ya por naturaleza no fuera así, lo sería por reflexión. El recuerdo de mi padre me aparta de las cosas y de los hombres. Prefiero tratarlos de lejos, por encima... De todo y de todos, me contento con ver la espuma. La espuma es agradable.

MAMÁ DOLORES. Y ¿a qué ha venido usted a Arenales del Río, si no es indiscreción?

ÁLVARO. A Arenales del Río, a conocerla a usted solamente.

MAMÁ DOLORES. Muchas gracias.

ÁLVARO. A Cañaveral, aparte la venta de unas tierras de poco valor, me ha traído el deseo, contenido hasta ahora, de ver el pueblo en donde nacieron mis padres; en donde acaso debí yo nacer. A mí, que viajo tanto, me remordía la conciencia ya de no haberlo visto.

MAMÁ DOLORES. Pues ha cambiado mucho. El pueblo es otro. Como éste.

ÁLVARO. Ya, ya he podido observarlo. La casa que fué nuestra es hoy una fundición de hierro. Mudanzas del tiempo, que juega a su antojo con las cosas y con los hombres.

MAMÁ DOLORES. Mire usted qué dolor de casa.

ÁLVARO. Y yo, que en mi adolescencia tuve mis puntas y ribetes de revolucionario — de tal palo, tal astilla—, que no quería dejar en el mundo piedra sobre piedra, he sentido una tristeza muy honda al no ver, en mi visita a Cañaveral, la casa de los señores de San Miguel tal y como me la pintaba mi madre.

MAMÁ DOLORES. Calle usted, calle usted... El progreso hace cada paparrucha...

Pausa breve.

ÁLVARO. Usted tuvo hijos, ¿verdad?

MAMÁ DOLORES. Tres tuve; pero murieron pequeñitos. El mayor, de seis años.

ÁLVARO. ¡Qué lástima!

MAMÁ DOLORES. Por eso miro con tanta ilusión a esa pollería que usted ha visto antes. Ya que no quiso Dios conservarme los míos...

Se oye a don Rufino gritar dentro.

DON RUFINO ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

MAMÁ DOLORES. Ahí viene mi marido. Y me parece que no viene solo.

Llega, en efecto, don Rufino por la puerta del foro, con su «compañera» habitual e inseparable.

DON RUFINO. Pero, Dolores, ¿esta noche no se cierra la puerta?

MAMÁ DOLORES. Pero, Rufino...

DON RUFINO. *Reparando en Álvaro, que se ha levantado.* ¡Ah! Usted dispense.

MAMÁ DOLORES. *Presentándolos.* Aquí tiene usted a mi esposo. (¡Que viene bueno!)

ÁLVARO. Muchísimo gusto...

DON RUFINO. *Esforzándose en aparecer fresco como una lechuga y altamente correcto.* El gusto siempre es mío...

MAMÁ DOLORES. Fíjate en este señor, a ver si lo conoces.

DON RUFINO. Sin fijarme: con verlo nada más me basta. Ya sé quién es. ¡El hijo del comandante de la Remonta de Estepilla!

ÁLVARO. No, señor...

MAMÁ DOLORES. Siempre habías tú de apearte por las orejas.

ÁLVARO. ¿Me parezco yo en algo a ese caballero?

DON RUFINO. En nada.

MAMÁ DOLORES. Entonces...

DON RUFINO. Lógica. De mis labios no sale una palabra que no tenga lógica. Días pasados, el señor comandante de la Remonta de Estepilla tuvo a bien decirme: cuando menos lo espere usted irá a visitarlo el mayor de mis hijos. Verá usted qué caso más raro: no se parece en nada a mí. Lógica. Llego a este recinto, me sorprende su presencia de usted, no tiene usted ni un pelo del comandante de la Remonta de Estepilla, y digo: tate: su hijo. ¿Hay lógica?

ÁLVARO. Sí, señor; rectilínea. Eso es indudable.

MAMÁ DOLORES. Entérate, Rufino: éste que ves aquí es el hijo de un gran amigo tuyo. Y lleva su mismo nombre: Álvaro San Miguel.

DON RUFINO. ¿Álvaro San Miguel? ¡Ah!... ¡Quién pensara!... Deme usted un abrazo.

Se abrazan.

MAMÁ DOLORES. Qué visita más inesperada, ¿verdad?

DON RUFINO. Y más agradable.

ÁLVARO. Para mí lo es mucho.

DON RUFINO. Yo fuí de los leales, amigo mío. De los contados leales a su papá.

ÁLVARO. Lo sé, lo sé...

DON RUFINO. Pobrecillo. Un gran corazón. *A su mujer.* Mira que ha crecido este muchacho, Dolores.

MAMÁ DOLORES. Pero hombre, ¡si tú no lo has conocido hasta ahora!...

DON RUFINO. ¿Y eso qué? ¿No salta a la vista que ha crecido? Lógica, lógica.

MAMÁ DOLORES. *Considerándolo cosa perdida.* ¡Ay, ay, ay!...

ÁLVARO. (¡Qué borrachera tiene encima este buen señor!)

MAMÁ DOLORES. Siéntese usted, Álvaro.

ÁLVARO. No; ya no. Es tarde. Mañana nos veremos. Yo he de permanecer aquí un par de días.

DON RUFINO. Sí, hombre, sí. ¿Qué menos? Le enseñaremos a usted el pueblo y sus alrededores; comerá usted un día con nosotros; prepararemos una jira...

MAMÁ DOLORES. ¿Usted viene a caballo, no?

ÁLVARO. Sí, señora.

MAMÁ DOLORES. Y ¿de aquí vuelve usted a Cañaveral?

ÁLVARO. Justamente.

MAMÁ DOLORES. Pues el último día que pase usted aquí iremos al *Pinar*, que es una finca nuestra, a mitad de camino. Un sitio muy hermoso.

DON RUFINO. Muy hermoso.

MAMÁ DOLORES. Allí merendamos, y desde allí sigue usted su viaje.

ÁLVARO. Perfectamente. Agradezco infinito la idea.

DON RUFINO. ¿Es usted aficionado al arte?

ÁLVARO. Un poco.

DON RUFINO. ¡Ah! pues en Arenales hay alguna curiosidad... Tenemos el castillo de la Luz, que en cada agujero encierra una leyenda... Tenemos la torre del Pico, famosa en la guerra con los franceses... Y en la iglesia hay algo también. Verá usted un Greco.

MAMÁ DOLORES. A mí el Greco me parece un mamarracho muy gordo; pero, en fin, éste que lo entiende dice que es magnífico, y los ingleses que lo ven se ponen a hacer aspavientos...

DON RUFINO. ¿En dónde para usted?

ÁLVARO. En la Fonda de la Palma. Me ha llevado a ella un criado que viene conmigo y que conoce el pueblo.

DON RUFINO. ¡Hombre, por Dios! Véngase usted acá.

ÁLVARO. No, no; mil gracias; no. Eso, de ninguna manera.

MAMÁ DOLORES. ¿Por qué no?

ÁLVARO. No se hable más de ello. Lo agradezco como si lo aceptara. Y si ustedes no tienen qué mandarme...

DON RUFINO. Sí tal: que haga usted el favor de esperar un segundo, que voy por mi sombrero para acompañarlo a usted a su casa.

ÁLVARO. Por Dios, no se moleste...

DON RUFINO. No es molestia; pero ojalá lo fuera, para tomármela por usted. Vuelvo, vuelvo en seguida.

ÁLVARO. Gracias, señor.

Vase don Rufino por la puerta del foro, hacia la izquierda.

Momentos antes se oye a lo lejos el rumor de voces y guitarras de una ronda de mozos que van cantando. Durante la siguiente escena continúa oyendose, siempre lejos. Son los quintos nuevos, que piden para pasar la noche de fiesta, y que cantan estas dos coplas:

Disen que te vas er lunes;
no te vayas hasta er martes,
que tiene mi corasón
muchos consejos que darte.

—

Aunque me voy, no me voy;
aunque me voy, no me ausento;
aunque me voy de palabra,
no me voy de pensamiento.

Viene Andrea por la puerta del foro, tan compungida como siempre.

ANDREA. Zeñorita.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué quieres, mujer?

ANDREA. ¿Me deja usté dí a la esquina, que están pazando por ayí los quintos que ze van mañana? Desde aquí ze lez oye: escuche usté.

MAMÁ DOLORES. ¿Va con ellos tu novio?

ANDREA. Zí, zeñora.

ÁLVARO. ¿Se le llevan a usted el novio al servicio?

ANDREA. Mañana; zí, zeñó.

ÁLVARO. ¡Qué desgracia más grande!

ANDREA. Y ahora va con loz otros, cantando y pidiendo pa pazá la noche divertíos.

MAMÁ DOLORES. Ea, pues anda, anda vé adonde quieras. Pero no tardes.

ÁLVARO. Espere usted. Puesto que van pidiendo los muchachos, lléveles usted para que beban. *Le ofrece un billete.*

MAMÁ DOLORES. Álvaro, ¡por Dios!

ÁLVARO. ¡Señora! Tome, tome.

ANDREA. ¿Lo tomo, zeñorita?

MAMÁ DOLORES. Tómalo.

ANDREA. ¡Ay! pos muchas gracias. Yo les diré a los mozos que es de un zeñorito mu guapo.

ÁLVARO. Ahora soy yo el que da las gracias. *Vase Andrea por la puerta del foro.*

MAMÁ DOLORES. ¡Bueno se van a poner el cuerpo! Tendrá usted la culpa de que fusilen a cuatro o seis.

Vuelve don Rufino por donde se marchó, sombrero en mano.

DON RUFINO. Listo. A sus órdenes.

ÁLVARO. A su disposición. *Don Rufino le da el sombrero, que antes dejó Álvaro en una silla.* Gracias. *Despidiendose.* Mamá Dolores... yo también quiero darle a usted este tratamiento.

MAMÁ DOLORES. De nadie lo recibo con más

gusto. Créame usted. La satisfacción que me ha producido el verlo, no tengo que decírsela. Seremos amigos; muy amigos.

ÁLVARO. Lo somos ya.

DON RUFINO. Amigos en español, *amis* en francés, *amici* en italiano, *amici* en latín...

MAMÁ DOLORES. Bueno está, bueno está de idiomas.

ÁLVARO. Mamá Dolores, hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Hasta mañana.

DON RUFINO. ¿Vamos?

ÁLVARO. Vamos.

DON RUFINO. Usted delante.

ÁLVARO. Como usted quiera.

Se van por la puerta del foro hacia la derecha. Socorrito, Clotilde, Curra, Juanita y el Tonto Medina salen por la puerta de la izquierda, uno detrás de otro, en cómica fila, con los ojos llenos de preguntas. Mamá Dolores se sobrecoge un poco. Los cinco la rodean y le hablan casi a la vez.

CLOTILDE. Oiga usted, ¿es soltero?

MAMÁ DOLORES. ¿Eh?

SOCORRITO. ¿Va a estar mucho tiempo en Arenales?

MAMÁ DOLORES. ¡Jesús!

CURRA. ¿Este es hijo de aquel famoso San Miguel?...

JUANITA. Es guapo, es guapo.

TONTO. ¿Le... le toca a usted algo, mamá Dolores?

MAMÁ DOLORES. Por supuesto, sois el mismo demonio.

SOCORRITO. ¿Está solo en el mundo, verdad?

CLOTILDE. Es un tipo muy interesante.

CURRA. Muy simpático; muy distinguido.

JUANITA. Es guapo, es guapo.

TONTO. Un... un rival; como si lo viera.

Álvaro se presenta por la puerta del foro, de improviso. Movimiento de sorpresa y de cierta vergüenza de todos.

ÁLVARO. Me olvidaba... *Reparando con extrañeza en el cuadro.* ¿Eh? *Sonriéndose.* Me olvidaba la fusta...

MAMÁ DOLORES. ¡Ah! la fusta. Sí...

Las muchachas se apresuran a dársela.

ÁLVARO. Hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Hasta mañana.

Álvaro saluda reverentemente desde la puerta. A su cortesía, contestan también saludando todos: Socorrito, con una sonrisa muy dulce; Clotildita, con una postura de minué; Curra, como si ya fuera su suegra; Juanita, azorada; mamá Dolores, con afabilidad, y el Tonto, como Dios le da a entender. Mientras, cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un pinar en las inmediaciones de Arenales del Río. Apenas se filtra el sol por entre los árboles. En el suelo, hacia la izquierda, un tronco viejo que hace veces de banco.

Aparece solo el pinar. De la parte de la derecha vienen, de cuando en cuando, alegres risas de muchachas. Por la izquierda salen a poco Álvaro y mamá Dolores, conversando.

ÁLVARO. Hermoso día estoy pasando, mamá Dolores. Lástima que se acabe... y que sea el último que paso entre ustedes.

MAMÁ DOLORES. El sitio es precioso, ¿verdad?

ÁLVARO. El sitio y la casa. Si yo fuera hombre dado al matrimonio, se la pediría a usted para la luna de miel.

MAMÁ DOLORES. ¿Ah, sí? Pues cuenta con ella, por si acaso. Te cojo la palabra. Vé tú a saber si con el tiempo...

ÁLVARO. Es difícil. Considero una desgracia muy grande que no le guste a uno más que una mujer. ¡Hay tantas y tantas bonitas!... Y como usted comprende, por el hecho insignificante de

casarme yo con una sola, no han de volverse feas todas las demás. Y desde ese momento estoy perdido: porque donde haya una mujer bonita, allí me tiene usted a mí. Para todo, absolutamente para todo... menos para casarme con ella.

MAMÁ DOLORES. Quien ama el peligro, en él perece. Tú caerás, Álvaro.

ÁLVARO. Lo sentiría por mi mujer. Iba a vivir alarmadísima la pobre.

MAMÁ DOLORES. ¡Ja, ja, ja!

ÁLVARO. De nada, por agradable que sea, quiero quedar harto en la vida. Y muchísimo menos de la mujer. Primero que llegue el hastío —que llega—, me voy yo. Me gusta adorarlas, pero como ha dicho el poeta,

así, de prisa, de prisa,
todo al vuelo, todo al vuelo...

¿Ve usted de la manera como se pasan las páginas de un libro predilecto? Pues igual. Eso son para mí las mujeres: páginas de una obra... que no sé los tomos que tendrá, pero que ojalá tenga muchos. Las voy pasando, pasando, y una me hace reír, y otra me interesa, y otra me encanta, y otra me conmueve... Pero...

así, de prisa, de prisa,
todo al vuelo, todo al vuelo...

MAMÁ DOLORES. ¿Sabes que me vas resultando un punto filipino?

ÁLVARO. ¡Ja, ja, ja!

MAMÁ DOLORES. Con todo, creo que harías un casadito muy aceptable. Me agradaría que te pescara una de aquí.

ÁLVARO. Ya no hay tiempo. Dentro de una hora me marcho... Pensé quedarme con ustedes tres días y llevo siete.

MAMÁ DOLORES. Esas cosas... El diablo las enreda.

ÁLVARO. No, no; que no las enrede, porque me marcho.

MAMÁ DOLORES. Vamos, que si se empeñara Socorrito...

ÁLVARO. *Alarmado.* ¿Eh?

MAMÁ DOLORES. No te asustes, hombre. No me niegues que Socorrito no te parece a ti ningún costal.

ÁLVARO. No, señora; no me lo parece. Ni Socorrito, ni Clotilde, ni Isabel, ni María...

MAMÁ DOLORES. No, no, no; no generalices: Socorrito.

ÁLVARO. Pues ¡qué diablo! tiene usted razón: Socorrito. Es una muchacha interesante. Por bajo de la capa de su conversación, ligera y graciosa, se advierte el espíritu de una mujer que siente y que piensa.

MAMÁ DOLORES. Y que sufre.

ÁLVARO. En fin, señora, ingenuamente le de-

claro a usted que la encuentro tan hechicera, tan atractiva... que me voy esta tarde.

MAMÁ DOLORES. Si te oyera el borrachón de mi marido, te saldría con que eso no tiene lógica.

ÁLVARO. ¿Dice usted que sufre Socorrito? ¡Ya lo creo!

MAMÁ DOLORES. Socorrito... y todas las muchachas del pueblo. Es cosa que entristece el ánimo pensar en ellas. ¿Tú sabes la taifa de zanguangos que hay en Arenales? Yo me indigno. Borricotes, estúpidos, gañanes, zampatortas...

ÁLVARO. En efecto: existe una diferencia esencial entre hombres y mujeres: la he notado. Como también he podido observar a mi paso por aquellas calles, que detrás de cada ventana hay siempre una mujer que mira... y que espera. Y deja uno las ventanas atrás, y sigue sintiendo los ojos que lo miran hasta que desaparece de la calle.

MAMÁ DOLORES. Es verdad; es mucha verdad. ¡Pobrecitas mías!

ÁLVARO. A propósito. ¿Quién es una morena enlutada, de ojos muy negros...? Vive en una calle a cuya entrada hay un Cristo viejo con una lamparilla.

MAMÁ DOLORES. ¡Ah! sí; ya sé quién dices. Si vuelves a pasar por allí, encomiéndate al Cristo. Tres veces se ha casado ya esa morena.

ÁLVARO. ¡Sopla!

MAMÁ DOLORES. Y ahora va a cargar con un

tendero, cuatro veces viudo. «El duelo a muerte» le dicen en el pueblo.

ÁLVARO. ¡Ja, ja, ja!

MAMÁ DOLORES. Aquí se da mucho ese tipo, no creas. ¡Hay cada lagartona, con el colmillo retorcido!... ¡Ah! Viudas, mal casadas... con poquísima vergüenza casi todas ellas...

Sale el Tonto Medina por la derecha, a tiempo de oír las últimas frases.

TONTO. ¡Em... empezando por mi tía!

Se ríen los tres.

MAMÁ DOLORES. Este Tonto tiene unas cosas...

TONTO. Ál... Álvaro; Ál... Álvaro.

ÁLVARO. ¿Qué hay?

MAMÁ DOLORES. *Levantándose.* ¿Qué ha de haber? Que te echarán de menos las muchachas.

TONTO. E... eso mismo; que han hecho ya el columpio.

ÁLVARO. ¿Han hecho ya el columpio?

TONTO. Sí... sí, señor. Mírelo usted.

ÁLVARO. ¡Es verdad! ¡Pues si es una obra magna! *Gritando.* ¡Voy en seguida! ¡Voy! *A mamá Dolores.* ¿Se queda usted?

MAMÁ DOLORES. Sí. A ver si saco de la bodega a Rufino, que debe de estar a estas horas hecho un mosquito.

ÁLVARO. Lo está, lo está. A mí se ha empeñado en emborracharme. Que naranja del cuarenta y ocho, que un vinito ajerezado especial,

que aguardiente de caña... ¡Porque mezcla que es una perdición!

TONTO. ¡Ji, ji!

Don Rufino grita dentro, lejos, hacia la izquierda.

DON RUFINO. ¡Álvaro! ¡Álvaro!

TONTO. A... ahí viene.

ÁLVARO. No, pues no me pesca. Mamá Dolores, líbreme usted de él.

MAMÁ DOLORES. ¡Pendón de viejo! Te digo que me tiene frita.

ÁLVARO. *Hacia la derecha, como antes.* ¡Voy! ¡voy! *Se va corriendo.*

DON RUFINO. *Un poco más cerca.* ¡Álvaro!

MAMÁ DOLORES. ¡Calla! *Al Tonto.* ¿Tú no te meces?

TONTO. No... no, señora... Me mareo mucho...

MAMÁ DOLORES. Ya.

DON RUFINO. ¡Álvaro!

MAMÁ DOLORES. *Yéndose por la izquierda.* ¡Que te calles, hombre! ¡No quiere más vino! Y hace bien.

TONTO. ¡Ji, ji! Se... se ha creído lo del mareo. ¡Y no está mal mareo!... *Se tumba en el suelo de cara a la derecha.* Desde aquí tendido, con el ir y venir del columpio... ¡Ji, ji!

Óyese la primera copla. El Tonto sigue con el cuerpo y la cabeza el movimiento del columpio, y se ríe y da gritos semisalvajes. Pasa el gran rato el hombre.

Voz. *En er jardín de tu casa*
sinco jazmines cogí,
y eran los sinco sentidos
que tengo puestos en ti.

Tonto. ¡Digo! ¡digo! ¡Cómo engañan esas de la cara finita! *Sale Andrea por el primer término de la derecha, con un cantarillo lleno de agua. A pesar de los días transcurridos, sigue sollozando.* ¡An... Andrea!

Andrea. ¿Qué quié usté?

Tonto. *Incorporándose.* ¿Me... me das un buchecito de agua? En el mismo cántaro la bebo.

Andrea. Tome usté la que quiera. *Le acerca el cántaro y le da de beber. El Tonto, mientras, no deja de hacerle alguna caricia en los brazos.*

Tonto. ¡Qué rica! ¡qué rica! Dios te lo pague. ¿Pe... pero vas llorando?

Andrea. Zí, zeñorito... ¡Las cozas de la vía!... *Vase por la izquierda.*

Sale Gaspar, tambien por el primer término de la derecha, y atraviesa la escena. El Tonto lo detiene un momento.

Tonto. ¿Bus... buscas a tu amo?

Gaspar. No, zeñó, zeñorito. Ya zé que está

ayí en er columpio. Muchas gracias. *Vase por la izquierda.*

TONTO. No... no hay de qué darlas, hombre. *Maliciosamente.* Me... me parece a mí... me... me parece a mí... El hombre es fuego, la mujer estopa... vie... viene el diablo y sopla.

Se oye otra copla dentro, y el Tonto vuelve a su balanceo.

VOZ. *Anda y pregúntale a un sabio,*
si te sabe responde,
si pena más er que quiere
o er que no sabe quere.

TONTO. *Levantándose de repente muy incomodado, como si hubiera visto al demonio, y dando vueltas inquieto por la escena.* ¡Mal... maldita sea la peste!... ¡Ya... ya está ahí esa bruja! ¿Que no hemos de tener fiesta sin ella? ¡Pues no me la dice, y no me la dice, y no me la dice!

Sale por la derecha la Gitana, desarrapada y sucia. Trae sobre la cabeza una canasta que deja despues en el suelo. El Tonto le huye, todo temblón y descompuesto, pero no esquiva enteramente su presencia, que en cierto modo le atrae. Siguen a la Gitana, con algazara y risas, Socorrito, Clotilde, Juanita, Isabel y Álvaro. Las muchachas, muy adornadas con flores del campo.

GITANA. Ven acá tú, no juyas; que no me como a naide.

TONTO. ¡A... a ver si te estás quieta!

GITANA. Pero ¿quién te ha tocao, güen moso?

TONTO. Ve... vete a vender canastas, y déjanos.

SOCORRITO. Lo que es hoy te dice la buenaventura, Juanillo.

ÁLVARO. Sí, sí; yo tengo que oírsela.

TONTO. Se... se la dirá al ladrón de su abuelo. A... a mí no me la dice.

GITANA. Cáyate ya y no ofendas, que nadie se ha metío contigo. Asércate, hurón.

TONTO. ¡Ve... ve... vete ya!

GITANA. *Remedándolo.* Asércate, codorní; que hablas a gorpes.

CLOTILDE. Anda, Juanillo, que te la diga.

ISABEL. Pero ¿por qué no quiere?

ÁLVARO. ¿Por qué es ese miedo?

JUANITA. Yo no sé.

SOCORRITO. Porque un día le adivinó una cosa mala que había hecho.

CLOTILDE. Por eso, por eso no quiere.

GITANA. Pero si ahora le vi a desí la personiya resalá que está penando por esos güesesitos. Ven acá tú, presioso, que tienes ojos de caramelo chupao.

TONTO. La... la... la persona ésa, la sé yo mejor que tú. Que se la diga a usted, Álvaro; que se la diga a usted.

ÁLVARO. No, no; a usted primero.

SOCORRITO. ¿Usted también le teme?

ÁLVARO. ¿Yo?

CLOTILDE. Sí, sí le teme; le ha bajado el color.

ISABEL. ¡Que se la diga!

SOCORRITO. ¡Que se la diga!

JUANITA. ¡Que se la diga!

TONTO. ¡Que... que se la diga! ¡Que... que se la diga!

CLOTILDE. ¡Le teme! ¡le teme!

ÁLVARO. ¿Que le temo? ¡A ver, gitana; ven aquí! *Presentándole la mano izquierda, palma arriba.* Dime lo que me va a pasar en este mundo, si lo sabes.

GITANA. Sí que te lo diré, jermoso; que tienes planta de enamorao y bigote de gavilán.

CLOTILDE. ¡Jesús! ¡Bigote de gavilán!

Risas de todas.

TONTO. ¡Co... como a mí!... ¡Lo... lo mismo que a mí! ¡Bi... bigote de gavilán!

Nuevas risas.

GITANA. ¿Te quiés cayá, inclusero; que no te pones ropa a la medía, y te vas a salí por una manga?

ÁLVARO. Bueno, bueno; ahora me toca a mí.

SOCORRITO. Callarse.

Rodean a la Gitana y la oyen con supersticioso interés.

GITANA. *Cogiendo con una mano la de Álvaro y diciendo, como si en la palma leyera.* En er nombre sea de Dios, que donde está su nombre no hay mar ninguno, y lo que de Dios venga, güeno tiene que sé. Tú, jermoso, tienes un corasón

que no te cabe dentro'er pecho. Er vé lástimas, no es pa ti. Lagrimita que elante e ti se errame, lagrimita que secas tú con tu pañuelo. Dadivoso me eres, jasta lo liberá, porque viniste ar mundo en pañales de sea, y tira mucho lo hereao. Una penita mu honda te mina la vía, pero tú no se la cuentas a naide, porque quieres er sufrí pa ti solo. Lo que no consiga de ti una jembra, no lo consigue persona en er mundo. Las palabritas de mié que salen de tu boca, son toas pa las mujeres, que te oyen engolosinás. Una rubia mu rubia, esportiya e salero, sueña toas las noches contigo metía en sus sábanas; pero ayí se pué está yorando, que los tus pensamientos son pa una morena con dos ojos recortaos der manto e la Virgen, que en toas partes los pone menos en ti. Rencorosiyo no me eres, pero esto ya te trae una mijiya desasonao. Si pasiensia tienes y largo esperas, quisás argún día se te logre a ti tu capricho; pero has de quitarte de engreí a ninguna otra mujé con palabritas durses. Roando er tiempo, tendrás tres hijos y los tres serán curas. Ar que bien te desee, bien le deseo; ar que mar te quiera, los ojos se le sarten; que te lo mereses to por rumboso, y tienes bigotiyo de charó, risita de afortunao, planta de granaero y patitas de bailaó. Y ahora, échame una limosnita pa los *churumbeles,* salao.

Álvaro. ¡Ya lo creo! ¡Después de tantísimo piropo! Toma, mujer, toma...

TONTO. ¡Lo... lo mismo que me dijo a mí: patitas de *bailaor!* ¡Saca-dinero!

CLOTILDE. ¿Conque tres hijos y curas los tres? ¡Mire usted que es desgracia la nuestra!

SOCORRITO. Mujer, los hijos de Álvaro ya no nos alcanzan a nosotras.

ÁLVARO. Oye, tú: eso de los hijos curas, ¿no lo podríamos arreglar?

GITANA. Ponme aquí una moneíya de plata, simpático to, que tienes bigotiyo de hule, y yo te contaré lo que no sabes.

ÁLVARO. No, no; la cosa había de ser desinteresada.

GITANA. *A Isabel.* ¿Te la digo a ti, amapola der campo?

ISABEL. A mí, no; a mí, no.

GITANA. *A Juanita.* ¿Y a ti, paloma mensajera?

JUANITA. Tampoco.

GITANA. *A Socorrito.* Pos te la vi a desí a ti, botón de rosa.

SOCORRITO. Me la has dicho ya varias veces y nunca has acertado. El morenito con lunares no acaba de llegar.

GITANA. *A Clotilde.* Ea, grasiosa, entonses te la digo a ti.

CLOTILDE. ¿A mí? Te la digo yo a ti primero. Hasta al gato de mi casa le he dicho yo ya la buenaventura...

GITANA. Pos darme unas perriyas más, cora-

sones de asúca, que ni por causaliá se vende una canasta, y me esperan ayí tres *chorreles* con las bocas abiertas, como los gurripatos en er nío.

ÁLVARO. ¿Tres hijos tienes?

GITANA. Tres me viven, y uno que está encargao.

TONTO. ¡Men... mentira! ¡men... mentira!

GITANA. ¡Mala puñalá te den; no te cayera más castigo que alimentarlos! Vamos, señó, ¿me echa usté esas perriyas, por la salú de estos luseros?

ÁLVARO. ¡No faltaba otra cosa!

GITANA. Dios se lo pague a usté, galán.

SOCORRITO. Y déjanos, déjanos.

CLOTILDE. Ya sabes el camino.

TONTO. *Desazonado.* ¡Sí, hombre, sí; que se largue ya! ¡Qué pesada se pone!

GITANA. Pero ¿no te has muerto toavía, feo to?

Se enzarzan la Gitana y el Tonto. Ella, mientras se va, no para de echarle maldiciones, a las que él contesta más alterado cada vez. Los demás se ríen de la escena.

TONTO. ¡A tu casa, a tu casa! ¡Ma... ma... mala persona!

GITANA. Míalo to temblando; está más nervioso que un flan.

TONTO. ¡Porque no quiero nada con brujas!

GITANA. Anda, esaborío; ¡condenao te veas a estrená botas!

TONTO. ¡O te vas o te miento *la bicha!*

GITANA. *Corriendo furiosa detrás de él.* ¡Torsías te jagan de la lengua pa ensendé las luses, roñoso! ¡Comío de picores te encuentres... y tenga que rascarte yo!

TONTO. ¡Largo! ¡largo!

GITANA. ¡Mala sangre! ¡malas ideas! ¡Permita Dios que se te caiga la barriga antes de comé! Ea, güenas tardes. *Vase por la derecha.*

TONTO. ¡Pues, hombre! ¡Pues estamos aquí divertidos con la bruja ésa! ¡En cuanto se aleje un poco le tiro un peñascazo! *Se va como en acecho de la Gitana, buscando una piedra.*

ÁLVARO. ¡Ja, ja, ja! Pero ¡qué odio más cómico el que le tiene a la gitana!

SOCORRITO. Lo saca de quicio. Y como ella no hay fiesta en el campo donde no se presente, y a él le pasa lo mismo, siempre los tenemos que oír.

JUANITA. *A Isabel.* ¿Vámonos otra vez al columpio?

ISABEL. Vámonos. *A las otras dos.* ¿Y ustedes, no vienen también?

CLOTILDE. Ahora.

Se marchan por la derecha Isabel y Juanita. Por la izquierda vuelve a salir Andrea.

ANDREA. Zeñorita Zocorro.

SOCORRITO. ¿Qué hay?

ANDREA. *Secretamente.* La zeñorita Dolores...

Hablan bajo, aparte.

CLOTILDE. *A Álvaro.* ¿De manera que, según la gitana, usted viene a ser un *mariposón*?

ÁLVARO. La gitana no ha dicho eso.

CLOTILDE. Ha dicho que tiene usted buenas palabritas para todas.

ÁLVARO. Sí, pero...

Continúan hablando en voz baja.

ANDREA. Lo que quiere es que, zin que naide ze fije, vaya usté ayá.

SOCORRITO. ¿Está en la casa?

ANDREA. Zí. Con er zeñorito don Rufino.

SOCORRITO. Pues voy en seguida. ¿Qué me querrá mamá Dolores?

Se va por la izquierda, seguida de Andrea, que no deja de sollozar.

CLOTILDE. Se va Socorrito.

ÁLVARO. Sí. Se va.

CLOTILDE. Pero no se apure usted, que vuelve.

ÁLVARO. ¿Apurarme? ¿Por qué? Es usted demasiado maliciosa. Tiene usted una imaginación muy propensa a salirse de la realidad.

CLOTILDE. Para eso es imaginación. ¿Quiere usted que vayamos al columpio?

ÁLVARO. Vamos.

CLOTILDE. Yo no estoy de humor de mecerme. *Se sienta.*

ÁLVARO. Como me lo propone usted...

CLOTILDE. Deseaba saber hasta qué punto le interesa a usted mi conversación. Y he visto que muy poco.

ÁLVARO. Se equivoca usted completamente.

CLOTILDE. La pícara imaginación.

ÁLVARO. Y además, es usted injusta conmigo. Porque ya debía saber que me deleita oírla.

CLOTILDE. ¡Jesús, María y José! Baje usted un poco más la voz, que hay eco.

ÁLVARO. ¿Y qué que haya eco?

CLOTILDE. Que repite lejos las cosas, y alguien se pudiera enterar...

ÁLVARO. ¿De que hablamos? *Sentándose a su lado.* Por mí, que se enteren. ¿Acaso me recato yo nunca para hablar con usted? ¿No nos han visto todos muchas veces en alegre palique? Pero, en fin, por si el temor al eco no es por mí, sino por usted, siempre que tenga que decirle a usted que me encanta—¿lo oye usted? que me encanta—, bajaré la voz. *Diciendo y haciendo.* Y para que el misterio sea absoluto, me acercaré a usted lo más posible... hasta donde usted me consienta...

CLOTILDE. *Deteniéndolo con un ademán.* Así está ya bien. *Pausa.* ¡Ay!...

ÁLVARO. ¡Chist!... Cuidado con el eco.

CLOTILDE. Ahora soplaba el viento y no había temor... ¿Le gusta a usted el ruido del viento entre los pinos?

ÁLVARO. Mucho.

CLOTILDE. ¿No es verdad que parece que está detrás el mar?

ÁLVARO. Justamente: la impresión es ésa.

CLOTILDE. Oiga usted ahora.

Escuchan los dos.

ÁLVARO. Sí, sí... El mismo rumor de las olas.

CLOTILDE. Yo hasta huelo a marisco. Mi nariz también tiene fantasía.

ÁLVARO. ¡Ja, ja, ja!

CLOTILDE. ¡Qué lástima que en realidad no esté el mar ahí junto, y no haya una barca en la orilla!

ÁLVARO. ¿Prefiere usted el mar al campo?

CLOTILDE. Prefiero siempre lo que no tengo.

ÁLVARO. ¿Vive usted de ilusiones?

CLOTILDE. Y gracias. Y la ilusión presente es la de un paseíto por el mar.

ÁLVARO. ¿Conmigo?

CLOTILDE. ¡Claro! Si no se asusta usted de las olas.

ÁLVARO. Nací sobre ellas.

CLOTILDE. ¿Por supuesto, en un buque?

ÁLVARO. Naturalmente.

CLOTILDE. Sí; porque usted no tiene cara de ser pescado.

ÁLVARO. Favor que usted me hace. Y ¿no le inquieta a usted la idea de naufragar conmigo?

CLOTILDE. A mí, no. ¿Y a usted, conmigo?

ÁLVARO. Tampoco. No ha entrado nunca en mis temores el de naufragar.

CLOTILDE. ¿Lleva usted salvavidas?

ÁLVARO. Nunca.

CLOTILDE. Pues mucho ojo.

ÁLVARO. Bien que con usted valía la pena de arrostrar el naufragio.

CLOTILDE. ¿Verdad que sí?

ÁLVARO. ¡Qué ansiedad! ¡Qué emociones! ¿Eh, Clotilde? ¡Mire usted que el momento de hundirse la barca entre la espuma de las olas revueltas!...

CLOTILDE. *Entusiasmada.* ¡Ay, qué bien! ¿Usted lo preferiría de noche, no?

ÁLVARO. ¡Ya lo creo!

CLOTILDE. Noche oscura, cerrada. ¿Y un rayo, estaría mal?

ÁLVARO. Si nos cogía por medio, sí.

CLOTILDE. Bueno, pues entonces, sin rayo: con luna. Una luna muy blanca, muy blanca...

ÁLVARO. Muy blanca.

CLOTILDE. Me sostendría usted a mí en sus brazos...

ÁLVARO. La sostendría a usted con uno nada más, para ir nadando con el otro hasta ganar la orilla.

CLOTILDE. Eso es. Yo iría como traspuesta, ¿verdad? pero dándome cuenta de todo.

ÁLVARO. Y yo la alentaría a usted constantemente: «¡Ánimo, Clotilde; ya vamos a tocar la orilla!»

CLOTILDE. Y yo le diría a usted entre lágrimas: «¡Sálvese usted, Álvaro! ¡Déjeme usted que perezca yo sola!» Porque habría un momento de

gran peligro, en que usted, agotadas las fuerzas, estaría a punto de rendirse.

ÁLVARO. Sí; pero entonces, yo cambiaría de brazo mi dulce carga, y vuelta a nadar... a nadar... a nadar... ¡Oh!... ¡Qué escalofrío al pisar tierra!

CLOTILDE. Y ¡qué catarro al día siguiente! *Se ríen los dos a carcajadas.* ¡En Arenales no se iba a hablar de otra cosa en mucho tiempo!

Sale mamá Dolores por el foro y se detiene contemplando la pareja de Álvaro y Clotilde, que charlan animadamente.

MAMÁ DOLORES. (Lo que yo me temía. Y lo malo es que a éste la que le hace *tipitín* es Socorrito. Y ésta con su charla, va a distraérmelo. Y una por otra, la casa por barrer. Me la llevo. ¡Vaya si me la llevo!) *Con jovialidad.* Hola, hola...

CLOTILDE. ¡Mamá Dolores!

MAMÁ DOLORES. ¿Qué hacen ustedes aquí solitos?

CLOTILDE. Secándonos.

Ella y Álvaro se ríen.

MAMÁ DOLORES. ¡Chiquilla!

ÁLVARO. Acabamos de naufragar.

MAMÁ DOLORES. ¿Cómo, cómo, cómo? ¡Ah, ya! Siempre serán las fantasías de ésta. ¿Y Juanita? ¿Y la otra?

CLOTILDE. Se fueron al columpio. Allí están. Mírelas usted: deshojando margaritas.

MAMÁ DOLORES. Para ver si se casan o no se casan.

CLOTILDE. Es gana de preguntárselo a las flores. Ya saben que no.

MAMÁ DOLORES. Bueno: ¿vamos nosotras a lo nuestro?

CLOTILDE. ¿A lo nuestro? Y ¿qué es lo nuestro?

MAMÁ DOLORES. A la ermita: a ver al Patriarca San José. Siempre que venimos al *Pinar* vamos las dos juntas. Es tu devoción.

CLOTILDE. *Con poquísimas ganas de cambiar a Álvaro por San José.* ¿No hará mucho calor todavía, mamá Dolores?

MAMÁ DOLORES. ¿Calor? Tú estás loca. Sopla un aire riquísimo. Además, el camino está lleno de árboles.

CLOTILDE. Creo que han talado mucho.

MAMÁ DOLORES. Mejor. Así nos sorprende la novedad. ¿Vamos?

CLOTILDE. *Sin moverse.* Lo que usted quiera.

MAMÁ DOLORES. Vamos.

CLOTILDE. *Resistiéndose.* El caso es que no llevo pañuelo para la cabeza. Y no voy a entrar en el templo con el moño al aire.

MAMÁ DOLORES. Te pones un papel. Y si no, la sacristana te dará un pañuelo.

CLOTILDE. Y ¿usted cree que yo me echo encima un pañuelo de la sacristana? ¡Uf! ¡qué asco!

MAMÁ DOLORES. Precisamente es una mujer que se lava la cabeza todos los días.

CLOTILDE. A saber con qué.

MAMÁ DOLORES. Con aguarrás. No tengas aprensión ninguna. Vámonos, vámonos antes que sea más tarde.

CLOTILDE. *Agarrándose a la última tabla.* Oiga usted. ¿Sigue allí el monaguillo tuerto? Porque si sigue, yo no voy.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué ha de seguir, criatura? Al contrario. Ahora hay uno que tiene dos ojos así: como un buey. Parece el dos de oros.

CLOTILDE. Y ¿vamos a dejar aquí a Álvaro?

MAMÁ DOLORES. Y ¿qué van a decir las otras muchachas si nos lo llevamos?

ÁLVARO. Yo estoy a las órdenes de ustedes y de San José.

MAMÁ DOLORES. Muchas gracias. Tú te quedas aquí. ¡No faltaba más! Conque en marcha, Clotilde.

CLOTILDE. *Levantándose al fin.* ¡A ver si nos sale al encuentro el lagarto del otro día!

MAMÁ DOLORES. Como ya nos conoce, le diremos: «Amigo, buenas tardes. Páselo usted bien.»

CLOTILDE. Y ¿no hay tarántulas?

MAMÁ DOLORES. ¡No! ¡Ni hormigas! Anda, anda. Hasta luego, Álvaro.

ÁLVARO. Hasta luego.

CLOTILDE. *Con pena.* Hasta luego, Álvaro.

MAMÁ DOLORES. Vamos a ver a San José bendito.

CLOTILDE. *Yéndose como a remolque.* Vamos a ver a San José bendito... que bien podía haber venido aquí.

MAMÁ DOLORES. ¡Niña! (Pobrecilla: yo lo considero. Va como si la llevara al patíbulo.)

Se alejan por el foro, hacia la izquierda. Álvaro las mira ir fijamente. Clotilde vuelve el rostro más de una vez.

ÁLVARO. ¡Diablo de muchacha!... Es graciosa de veras... Y de qué malísima gana va a ver a San José bendito. *Pasea abstraído, hablando solo.* No, no olvidaré yo fácilmente los días de Arenales... ¿Y la otra? ¿Dónde andará la otra? *La busca con la vista.* ¡Bah! es lo mismo... ¡Qué bonita es! Y ¡qué resignación más triste y más disimulada la suya al abandono de los hombres!... Esperar, esperar... Tener el alma llena de amor, y pasar sin amor la vida...

Llega por la izquierda Gaspar.

GASPAR. Zeñorito.

ÁLVARO. *Sin verlo.* ¡Pobres mujeres!... Siempre a merced de nuestro egoísmo, de nuestra ligereza...

GASPAR. Zeñorito Árvaro.

ÁLVARO. ¿Eh? ¿Qué quieres?

GASPAR. Que con permizo de usté me paece mu mala zeñá que esté usté hablando zolo.

ÁLVARO. Muy mala, Gaspar, indudablemente.

GASPAR. Güeno, poz usté dirá: ¿enziyo, o nos queamos?

ÁLVARO. No te entiendo.

GASPAR. ¿Nos queamos, o enziyo?

ÁLVARO. ¡Ah!

GASPAR. Porque zi hemos de hacé noche en Cañaverá, y no queremos reventá a las bestias, hay ya que dí penzando en irze. Zon doz horas largas de camino, y er zó paece que tiene priza esta tarde.

Álvaro pasea pensativo. Después, encarándose con Gaspar, le dice:

ÁLVARO. Ensilla.

GASPAR. *Contrariado.* ¿Que enziye?

ÁLVARO. Sí.

GASPAR. Está bien. *No se mueve.*

ÁLVARO. ¿Qué esperas?

GASPAR. Na. Ya me voy. *Volviéndose de pronto.* ¿Cómo ha dicho usté?

ÁLVARO. No he abierto mis labios. *Gaspar se rasca.* ¡Ay, Gaspar! ¿Sabes que creo que no tienes maldita la gana de irte?

GASPAR. Ninguna, zeñorito. Y con permizo de usté, me voy oliendo que usté tampoco.

ÁLVARO. Tampoco. Pero ¿qué vamos a conseguir con quedarnos un par de días más? Nada

absolutamente. Apareja los caballos. Saldremos de aquí dentro de media hora.

GASPAR. To zea por Dios. No pué uno tomarle apego a na de este mundo... Y pa mí que la Pimienta va a zentirlo.

ÁLVARO. ¿Quién es la Pimienta?

GASPAR. La Pimienta le he puesto yo a eza zeñorita menuíya e cuerpo... Ya zabe usté cuár digo: eza que ze abanica con las pestañas. ¡La que a usté le gusta, qué rodeos!

ÁLVARO. Bien está. Ensilla.

GASPAR. Ahí viene zu mercé. Místela con er rabiyo'el ojo. Místela qué zuavita anda: paece un torito de papé que lo han azoplao.

ÁLVARO. Calla, hombre.

Sale Socorrito por la izquierda, haciéndose la desentendida.

GASPAR. ¡Ejem!

ÁLVARO. *En tono terminante.* Gaspar.

GASPAR. (La jicimos.) Zeñorito Árvaro.

ÁLVARO. No te detengas. Dispón los caballos, que hemos de estar esta noche en Cañaveral, y va siendo tarde.

GASPAR. Zí, zeñó.

ÁLVARO. Y avísame cuando estén listos.

GASPAR. Zí, zeñó. *Yendose por la izquierda.* (Quien manda, manda; pero me hace la misma gracia que raspá en la paré con un cuchiyo.)

SOCORRITO. ¿Es decir, que el mal no tiene remedio?

ÁLVARO. Socorrito. ¿El mal? ¿Qué mal?

SOCORRITO. Le llamo el mal a su marcha de usted esta tarde. Para usted, diga lo que quiera, acaso no lo sea; para nosotras, estas infelices *pueblerinas,* lo es desde luego perder la amistad, o por lo menos la compañía, de un muchacho tan simpático y tan fino como usted.

ÁLVARO. Muchas gracias. ¡Qué nube de flores!... Mi amistad no la perderá usted nunca, Socorrito. Aunque esté en el último pico de los Alpes, seré amigo de usted. La compañía... fuerza es que la perdamos los dos: usted la mía, y yo la suya. Vine a Arenales por dos días, y llevo siete.

SOCORRITO. Seis.

ÁLVARO. Siete; perdone usted.

SOCORRITO. Seis; usted perdone. Llegó usted en la noche del martes.

ÁLVARO. Tiene usted razón. Ni sé el día en que vivo.

SOCORRITO. Por eso yo me encargo de recordárselo.

ÁLVARO. Estoy en las Batuecas. A lo mejor creo que ya se avecina Semana Santa, y empiezo a ver por las calles gente con careta, y me encuentro con que estamos en Carnaval.

SOCORRITO. ¿Ah, sí? ¿De manera que para usted no hay fechas?

ÁLVARO. Fechas, no. Recuerdo las cosas... los nombres... ¿Qué más da abril que mayo?

SOCORRITO. Sin embargo, hay yo no sé qué encanto en poder decir o pensar alguna vez: tal día, a tal hora, en tal sitio... Hoy hace un año... dos... Quizás esto no vaya tampoco con ustedes los volanderos, los inquietos, los que viven mucho y en muchas partes... Pero desde luego va con nosotras las solitarias, las olvidadas, las pobres *pueblerinas... Se sienta.*

ÁLVARO. La palabra *pueblerina* ¡me hace una gracia!

SOCORRITO. Es exclusivamente mía; pero puede usted emplearla cuando guste. Le doy a usted licencia.

ÁLVARO. Pues la voy a utilizar en seguida. *Siéntase junto a ella.* ¿Será indiscreto preguntarle a usted, *pueblerina* simpática, ya que hablamos de fechas, cuáles son en su vida las que recuerda con mayor ilusión?

SOCORRITO. Mire usted, lo va usted a saber ahora mismito: el día que me subí el moño, una; cuando tuve la pierna mala, y fuí a la ermita a llevarle una pantorrillita de cera a San José, dos; la primera vez que me metí en el tren para ir a Madrid, tres; una cosa que no puede decirse, cuatro; otra cosa que se puede decir, pero que no se la digo a usted, cinco; y... y... Bueno, seis.

ÁLVARO. Me ha escamoteado usted las tres últimas de una manera aviesa.

SOCORRITO. En eso está el chiste. Y que cier-

tos secretos, cuanto más guardados, más valen. Les da el aire y se chafan. Son de una cosa muy sutil.

ÁLVARO. Castiga usted mi curiosidad, avivándola.

SOCORRITO. Sí, porque a usted le interesa mucho lo que yo callo.

ÁLVARO. Cuando se lo pregunto...

SOCORRITO. Ganas de hablar.

ÁLVARO. No; no soy tan frívolo, Socorrito. De veras me interesa usted; me interesan sus cosas... Tal vez más de lo que usted presume.

SOCORRITO. *Con ironía.* Siendo así, es una verdadera lástima que tenga usted que irse.

ÁLVARO. ¿Se burla usted? ¿También va usted a dudar que siento marcharme?

SOCORRITO. La cara que pone usted es de sentirlo mucho.

ÁLVARO. Pues la cara dice la verdad. Mucho lo siento. Y casi me atrevo a asegurar que usted lo sabe.

SOCORRITO. ¿Yo?

ÁLVARO. Sí.

SOCORRITO. Lo más que sé, es que usted ahora se hace la ilusión de que lo siente. Pero usted lo verá, Álvaro: con el polvo que levante su caballo por el camino, se borrará primero el *Pinar,* y luego Arenales del Río, y después nosotras, y la casa de mama Dolores... y todo, todo: usted lo verá.

ÁLVARO. Me supone usted muy ligero de condición.

SOCORRITO. Usted tiene la culpa. Más de una vez, hablando conmigo de cosas... así... un poquillo interesantes, me ha dicho que le gusta saltar, correr, gustar de todo muy a prisa, pasar, pasar, pasar...

ÁLVARO. Pasar no es olvidar, Socorrito. Precisamente me agrada pasar, para no llevarme sino lo amable, lo mejor de las cosas. Lo primero que dan todas las cosas siempre es lo mejor. Hay quien ve la flor en el árbol, y se contenta con mirarla, esperando a que cuaje el fruto. Yo, no: yo cojo la flor y me voy.

SOCORRITO. ¿En busca de otra?

ÁLVARO. No sé.

SOCORRITO. Pues pensando así, mañana no se acuerda usted de Arenales.

ÁLVARO. Mañana, y pasado, y siempre. Yo no podré decir: «Tal día... a tal hora... Hoy hace un año... dos...» Pero como llevo el recuerdo en el corazón, adondequiera que yo vaya, ese recuerdo irá conmigo. Y si quiere usted que le diga entera la verdad, va usted a oirla: rodando el tiempo, de todas mis emociones, de todos mis recuerdos de Arenales del Río, quedará uno solo como expresión de todos ellos: el de usted.

SOCORRITO. ¿El mío?

ÁLVARO. Sí. Las impresiones agradables de la vida, las memorias gratas, se mezclan, se con-

funden, se borran al correr de los días; pero siempre, de cada caso, de cada aventura o desventura, queda algo que se siente vivir, que alienta, que acaricia. Y yo podré olvidar todos los momentos de Arenales; pero éste no lo olvido. Y yo podré olvidar todo cuanto aquí he visto; pero sus ojos de usted, no.

SOCORRITO. ¿Mis ojos no, Álvaro? ¿Por qué? ¿No son como todos?

ÁLVARO. Para mí, no.

SOCORRITO. Pues ¿qué tienen?

ÁLVARO. Lo que más me gusta de los ojos: que lloran sin que nadie lo vea.

SOCORRITO. ¿Que lloran?

ÁLVARO. Sí.

SOCORRITO. Y usted ¿cómo sabe que lloran, si dice que nadie lo ve?

ÁLVARO. Si no se supiera más que lo que se ve, algunas veces no se sabría nada.

SOCORRITO. Eso es verdad. Ni siquiera se sabría esperar. *Silencio.* Me da vergüenza decirle a usted una cosa... *Se levanta.*

ÁLVARO. *Siguiendola.* Dígamela usted.

SOCORRITO. No...

ÁLVARO. ¿Por qué le da vergüenza?

SOCORRITO. Porque sí: no hay más.

ÁLVARO. Entonces no ha debido usted ponerme la miel en los labios.

SOCORRITO. Ahora va usted a hacerme creer que le importa mucho.

ÁLVARO. Mucho me importa. Y le ruego a usted que venza su escrúpulo, y me diga lo que quiera que sea. *Socorrito calla.* ¿Me lo dirá usted?

SOCORRITO. Preferiría que usted lo adivinase...

ÁLVARO. Soy tan torpe... tan torpe...

SOCORRITO. Si es usted muy torpe... ¿qué remedio?... se lo diré yo.

De improviso preséntase Gaspar por la izquierda.

GASPAR. Los cabayos están ya como pa retratarlos, y yo esperando na más que usté me diga: «¡arre!»

ÁLVARO. ¿Cómo? ¿Qué?

GASPAR. Que ya estamos listos: que cuando usté quiera zalimos *pitando.*

ÁLVARO. Corriente. Bueno, pues... Después de todo, lo mismo dan las cinco y media que las seis y media.

GASPAR. Lo mismo dan, zeñorito: con una campaná ca una.

SOCORRITO. ¡Ja, ja, ja!

GASPAR. A la zeñorita le ha hecho gracia.

ÁLVARO. Calla. Tú, aunque sea de noche, ¿conocerás el camino como el Padrenuestro?

GASPAR. ¡Muchízimo mejó que er Padrenuestro! Zobre que vamos a tené una luna más grande que una zandía de Utrera. No ze ezazone usté.

ÁLVARO. Pues vete allá y espéranos.

GASPAR. ¿Espéranos?

ÁLVARO. Espérame, hombre. Me he equivocado. Vete.

GASPAR. ¡Ejem!

Vase, mirando a Socorrito.

ÁLVARO. Conque, vamos a ver: ¿qué era eso?

SOCORRITO. Dejémoslo ya. Se marcha usted dentro de un cuarto de hora...

ÁLVARO. Y ¿qué tiene que ver? Por lo mismo. Seriedad, Socorrito. Usted me prometió decírmelo, y no debe faltar a su promesa. *Mirando hacia la izquierda y contrariado.* ¡Ay, Dios de Dios! ¡Esto sí que es temible!

SOCORRITO. ¿Qué?

ÁLVARO. ¡No nos van a dejar! ¡Don Rufino, que me persigue y viene ahí!

SOCORRITO. ¡Qué pesado se pone!

ÁLVARO. Y yo, que ya no vivo hasta que usted me diga eso...

SOCORRITO. ¡Jesús, qué novelero es!... ¡Que no vive!...

ÁLVARO. Si nos pudiéramos ocultar... esconder...

SOCORRITO. ¿Escondernos?... Sí.

ÁLVARO. ¿Sí? ¿Dónde?

SOCORRITO. Aquí cerca: detrás de la fuente. Venga usted. Es un sitio que está muy oculto.

ÁLVARO. Vamos, vamos. ¿Me dirá usted...?

SOCORRITO. Venga usted, hombre; que llega don Rufino.

ÁLVARO. Pero ¿me dirá usted...?

SOCORRITO. Por aquí, por aquí...

Se van uno tras otro, sigilosamente, por el primer término de la derecha.

Por la izquierda viene don Rufino, dado a los diablos, y achispado, naturalmente.

DON RUFINO. ¡Esto es una vergüenza! ¡Esto no me ha pasado a mí nunca! Y como Rufino me llamo, que se la voy a jugar de puño. De mí se escurre, pero a ver cómo se escurre de las muchachas. *Mirando hacia la derecha y llamando a gritos.* ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Aquí todas! ¡Tú, ilustre Tonto, ven también! ¡Venid! ¡Venid corriendo!... Ya le diré yo a ese mocito lo que es canela. Él es muy dado a la galantería... Cogíte, cogíte.

Acuden sucesivamente Juanita, Isabel y el Tonto Medina.

JUANITA. ¿Qué es lo que quiere usted, don Rufino?

ISABEL. ¿Qué pasa, don Rufino?

TONTO. ¿Por... por qué nos llama usted, don Rufino? Es... estaba echando una siestecilla...

DON RUFINO. ¿Y las otras?

JUANITA. Las otras, por ahí andarán.

ISABEL. Pero ¿qué sucede?

DON RUFINO. Sucede que me veo en el ridículo más espantoso; que no ha habido persona, personilla ni personaje que pise el *Pinar*, que no

salga tambaleándose de mi bodega; y que ha venido a última hora ese niño bonito, y se me va a ir tan fresco. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿No es esto un descrédito para mis vinos? ¿Eh? ¿No es esto un bochorno para mí? ¿Eh? ¡En esa bodega han hincado el pico veinte generaciones! Mi padre me contaba que el propio don Rafael del Riego — *Entonando el himno de su nombre* —, el de tachín, tatatata chinta, salió gritando: «¡Vivan las caenas!» ¡Cómo llevaría el cuerpo de líquido! Y ¿he de consentir yo que ese don Amadís de tres al cuarto se vaya de aquí como una lechuga? ¡Antes ciegue que tal vea! ¡O lo emborrachamos entre todos esta tarde, para que no se vaya, o se ha perdido el amor propio!

TONTO. ¡Muy bien dicho; sí, señor, muy bien dicho!

JUANITA. Y ¿qué vamos a hacer nosotras?

ISABEL. Eso pregunto yo.

DON RUFINO. Afearle su conducta; beber delante de él para avergonzarlo...

TONTO. ¡Ahí, ahí!...

DON RUFINO. Obligarlo a que beba por galantería...

TONTO. ¡Ahí, ahí!...

DON RUFINO. Comprometerlo a brindar con ustedes... ¡En una palabra: no parar hasta verlo a gatas!...

TONTO. ¡Ahí, ahí!...

DON RUFINO. Y si nos hallamos con que a us-

tedes las desaira también, entonces... entonces ya será cosa de cuadrarse y de mandarlo al cuerno. Cuerno en español, *corne* en francés, *corno* en italiano, *cornu* en latín, etcétera, etcétera, etcétera.

Llegan por el foro mamá Dolores y Clotilde, jadeantes, y se sientan apenas llegan.

JUANITA. Aquí está Clotilde.

ISABEL. Y mamá Dolores.

DON RUFINO. ¡Mejor que mejor! Pero ¿qué les pasa?

ISABEL. ¿Qué es eso, Clotilde?

JUANITA. ¿Qué le sucede a usted, mamá Dolores?

TONTO. ¿De... de dónde vienen tan corriendo?

CLOTILDE. *Soltando un suspiro.* ¡Ay!... De la ermita.

DON RUFINO. ¿De la ermita?

MAMÁ DOLORES. Sí. De darle un susto a San José... Porque el buen señor nos ha visto entrar con la lengua fuera... y nos ha visto salir lo mismo... y se habrá puesto en lo peor.

JUANITA. Pero ¿no les ocurre nada?

MAMÁ DOLORES. Nada. Esta, que tenía una prisa atroz por llegar...

CLOTILDE. No se nos echara la noche encima, ¿sabes? ¿Y Álvaro?

DON RUFINO. ¿Álvaro? ¡Escucha!

CLOTILDE. *Levantándose.* ¿Qué?

DON RUFINO. ¡Frioleras! No te asustes. ¿Qué te

parece a ti la ideíta de alegrarlo en la bodega un poquillo para que no se vaya esta tarde?

CLOTILDE. ¡Superior! ¿qué ha de parecerme? ¡Choque usted, don Rufino!

MAMÁ DOLORES. Eres Barrabás.

CLOTILDE. Pero ¿dónde está Álvaro?

TONTO. Yo... yo no sé... Yo me quedé dormido hace un rato...

JUANITA. Y ésta y yo jugando a las chinas.

MAMÁ DOLORES. ¿Y Socorrito? ¿Dónde está Socorrito? *Se levanta.*

TONTO. Es... estará con Álvaro.

CLOTILDE. ¿Con Álvaro? Pero ¿dónde?

Todos miran a todas partes.

MAMÁ DOLORES. Puede que en la casa.

DON RUFINO. No; en la casa, no. Vengo yo de allá.

MAMÁ DOLORES. Pues ¿en dónde se han metido esas criaturas?

CLOTILDE. Por aquí no se ven.

TONTO. ¡Ji, ji!

MAMÁ DOLORES. No te rías.

CLOTILDE. Cuando le dije a usted que todavía veníamos despacio, mamá Dolores...

TONTO. ¡Ji, ji!

JUANITA. ¿Se habrán caído al pozo, que está a ras del suelo?

MAMÁ DOLORES. ¡Hija, Ave María! ¡Qué atrocidad!

CLOTILDE. *Dando un grito de pronto.* ¡Ay!

TODOS. *Estremeciendose.* ¿Qué?

CLOTILDE. Que sí... que tiene ésta razón...

MAMÁ DOLORES. ¿Cómo?

CLOTILDE. Qué al venir para acá, he oído yo lamentos, como de una persona que se ahogaba...

ISABEL. ¡Ay! ¡no me lo digas!

MAMÁ DOLORES. Mira, mira, calla, por Dios. Esas son tus cosas...

DON RUFINO. *Gritando desentonadamente, como quien pide auxilio.* ¡Socorro!

MAMÁ DOLORES. ¡No alarmes, Rufino!

TONTO. No... no alarme usted.

DON RUFINO. Lógica: la muchacha, ¿no se llama Socorro?

CLOTILDE. ¡Vamos a buscarlos, Dios mío!

JUANITA. A buscarlos; eso.

MAMÁ DOLORES. Lo que es yo no estoy ya tranquila.

ISABEL. Ni yo.

JUANITA. Ni yo.

DON RUFINO. Pero no todos juntos: vamos cada uno por un lado. Lógica. Yo voy por aquí. ¡Socorrito!

TONTO. Y yo por aquí. ¡Álvaro! ¡Socorrito!

JUANITA. Y por aquí nosotras. ¡Álvaro!

ISABEL. ¡Socorrito!

MAMÁ DOLORES. Clotildilla, no me dejes tú.

CLOTILDE. ¡Socorro! ¡Álvaro!

MAMÁ DOLORES. ¡Álvaro! ¡Socorrito!

Se dispersan en varias direcciones, llamando sin

cesar a Álvaro y a Socorrito. Las voces se oyen cada vez más lejos y al cabo se pierden.

Por la izquierda sale Gaspar.

GASPAR. ¡Camará, qué voces! Ze conoce que mi señorito y la Pimienta ze han perdío por ahí... Me alegro. Azí nos queamos. Ca uno tiene zus razones pa no queré irze. *Mirando hacia la derecha.* Pero ¡zi zalen de detrás de la fuente!... ¡Ay qué gracia!... ¡Y ze vienen riyendo!... ¡Y los demás, mientras, creyendo que se han zuicidao!... ¡Ja, ja, ja!

Se aparta un poco, disimuladamente. En efecto, llegan por la derecha Álvaro y Socorrito.

ÁLVARO. Conste que la hago a usted responsable de este revuelo.

SOCORRITO. Desde luego lo soy: no se preocupe usted. Allá que piensen lo que quieran. Hablemos de lo que nos importa. ¿Usted dice que me prometé...?

ÁLVARO. Prometido está.

SOCORRITO. Sabremos el uno del otro.

ÁLVARO. Sabremos. Esta amistad nuestra no se acaba porque nos dejemos de ver.

SOCORRITO. No se acaba. De mí respondo.

ÁLVARO. Y yo de mí. Cuanto ocurra en mi vida que valga la pena de que usted lo sepa, lo sabrá.

SOCORRITO. Lo que a mí me pase, que deba y pueda yo contarle a usted, se lo contaré siempre. Veremos quién se cansa primero.

ÁLVARO. Yo no he de ser.

SOCORRITO. Ni yo tampoco.

Se estrechan las manos... y a su contacto advierten que fácilmente se trocaría su amistad en amor, si ya no lo es. Se miran en silencio. Luego se separan. Álvaro pasea la vista por la escena y repara en Gaspar.

ÁLVARO. *Con resolución.* ¿Los caballos?

GASPAR. Listos.

ÁLVARO. ¿Están ahí los viejos que guardan la finca?

GASPAR. Ahí están.

ÁLVARO. Pues voy a decirles adiós, que ya es hora. Ven conmigo.

Se va por la izquierda, mirando a Socorrito, que baja los ojos. Gaspar lo sigue.

GASPAR. *Como si se lo dijera a Socorrito, pero sin dirigirse a ella.* ¿Qué le vamos a hacé?

SOCORRITO. Se va... Y no vuelve, no... Por cumplir conmigo, me escribirá una semana... dos... un mes... un año... Luego... *Pausa.* ¡Qué fatigada estoy!... Tengo una desazón... un malestar... *Siéntase.* ¡Cómo ha adivinado que lloro!... Pero se va... se va... Hubiera sido preferible no conocerlo... No; eso no.

Van volviendo sucesivamente los demás personajes: el Tonto Medina, Isabel, Juanita, mamá

Dolores, don Rufino y Clotilde. Vienen muy agitados, cada cual por un sitio, y al ver a Socorrito, se sorprenden de hallarla sola y tan tranquila.

TONTO. ¡Me... me... me gusta, hombre!

SOCORRITO. ¿Qué?

TONTO. ¡Que... que... que me gusta! ¡Todos como locos buscándote, y tú aquí echando un sueño!

SOCORRITO. ¿Has visto qué alma?

TONTO. ¿Y Álvaro?

SOCORRITO. Qué sé yo.

ISABEL. Socorrito, pero ¿estás aquí?

SOCORRITO. Me parece. ¿No me estás viendo?

ISABEL. ¿Y Álvaro?

SOCORRITO. Hija mía, no sé.

ISABEL. ¡Ay qué susto, qué susto!

SOCORRITO. ¡Vaya por Dios, mujer!

JUANITA. ¡Socorrito!

SOCORRITO. ¿Qué?

JUANITA. Dame un abrazo.

SOCORRITO. Toma.

JUANITA. Creíamos que te habías perdido.

SOCORRITO. Mujer, soy chica, pero no me pierdo tan fácilmente.

JUANITA. ¿Y Álvaro?

SOCORRITO. ¡Dale con Álvaro! ¡Qué sé yo!

MAMÁ DOLORES. ¡Socorrito! ¿Ya pareciste? ¡Ay, qué carrera! ¡qué carrera! ¿Y Álvaro?

SOCORRITO. Mamá Dolores, no lo sé. ¡Ni que yo tuviera nada que ver con Álvaro!

MAMÁ DOLORES. ¿Cómo?

DON RUFINO. ¡Ah! pero ¿está aquí esta mona?

SOCORRITO. Aquí está esta mona: ¿qué pasa?

DON RUFINO. ¿Y Álvaro?

SOCORRITO. ¡Dichoso Álvaro! Pero ¿soy yo la niñera de Álvaro?

CLOTILDE. ¡Socorrito!

SOCORRITO. ¡Clotilde! *Tapándole la boca.* ¡Calla! ¡No sé dónde está Álvaro!

CLOTILDE. Hija, no te enfades.

SOCORRITO. Dispensa, hija; pero es mucho llegar todos con el mismo pío: «¿Y Álvaro? ¿y Álvaro? ¿Dónde está Álvaro? ¿donde está Álvaro?» Y como a mí no me gustan los rompecabezas, ni Álvaro es mi sombra, ni yo soy la suya, no tengo obligación de saber en dónde está Álvaro. Se concluyó.

MAMÁ DOLORES. ¡Ay, qué humorcito se te ha puesto, *pirula!*

SOCORRITO. Pues no son más que los chispazos, mamá Dolores.

CLOTILDE. Pues cuando una está así, en lugar de pegarla con las amigas, se mete en la cama, se planta un botijo de agua caliente a los pies, y se echa a dormir.

DON RUFINO. O se bebe media bota de vino añejo, e ídem, eadem, ídem.

SOCORRITO. *Viendo venir a Álvaro por la izquierda.* ¡Vaya! ¡Tranquilícense ustedes! ¡Aquí está Álvaro!

Don Rufino. Y en faz de fuga, como dijo el poeta.

Álvaro se presenta, en efecto, dispuesto a marcharse.

Mamá Dolores. ¡Álvaro! Pero ¿qué es esto? ¿La de vámonos?

Socorrito. La de vámonos, no: la de se va.

Clotilde. Menos mal si fuera la de vámonos.

Álvaro. ¿Qué remedio? Llegó la hora, mamá Dolores. Tentado estuve hace un momento de montar en mi jaca, y escapar de aquí sin despedirme, para evitar este mal rato.

Don Rufino. Amigo, a mí me la ha jugado usted serrana.

Álvaro. ¡Ja, ja, ja!

Don Rufino. ¡Yo que hubiera querido que saliera de aquí como para caerse del caballo!

Álvaro. Gracias por la intención, don Rufino.

Tonto. ¡To... todavía estamos a tiempo!

Álvaro. No, no. Ya me voy. *Comienza a despedirse de todos en medio de la general tristeza.* Mamá Dolores...

Mamá Dolores. Adiós, hijo. Yo ya no te vuelvo a ver más.

Álvaro. ¿Cómo que no? Usted nos va a enterrar a todos. Sin contar con que yo pronto vendré otra vez por aquí.

Mamá Dolores. Sí, sí. Te veo. Toma. *Le da un paquetito.*

ÁLVARO. ¿Qué es esto?

MAMÁ DOLORES. Ríete de mí o haz lo que mejor te parezca. Es un pedacito del manto de la Virgen. Está bendito. Cuando tengas un mal pensamiento, lo besas, y se te va en seguida.

CLOTILDE. ¡Mamá Dolores! ¿Qué ha hecho usted? ¡Ahora es cuando no se casa este hombre nunca!

Se ríen todos.

SOCORRITO. Para eso no le hace falta amuleto.

ÁLVARO. Gracias, mamá Dolores. Don Rufino...

DON RUFINO. No soy rencoroso: queda usted perdonado por esta vez. Pero como yo vuelva a cogerlo por mi banda, sale usted de la bodega entre cuatro.

ÁLVARO. Tendré en ello un verdadero honor. Juanito...

TONTO. Mu... mucho gusto en haber conocido a usted. En... en Arenales, calle del Ventisquero, tres y cinco, deja usted un tonto a su disposición. ¡Ji, ji!

ÁLVARO. Gracias, muchas gracias. Yo, en donde pare, estoy a la de usted. Isabelita...

ISABEL. Álvaro...

ÁLVARO. Que no se agranden los hoyitos de la cara; que así están muy monos... y prometen dar mucho ruido.

ISABEL. Sí, sí.

ÁLVARO. Juanita, tantas cosas a su mamá. Y

póngame usted una postal cuando encuentre ese novio seriecito, formal, bondadoso y un poco tenedor de libros, con que sueña.

JUANITA. Bueno, bueno, se la pondré.

ÁLVARO. Clotildita, salud... y hasta que naufraguemos juntos.

CLOTILDE. No caerá esa breva. Viaja usted con mucho corcho, hijo mío.

ÁLVARO. ¡Ja, ja, ja! Socorrito... ¿Lo dicho?

SOCORRITO. Lo dicho. Adiós, Álvaro.

ALVARO. Adiós.

CLOTILDE. Tú, ¿qué es lo dicho?

SOCORRITO. Nada.

ÁLVARO. Conque mil felicidades a todos, y hasta pronto. Prometo volver. No soy ingrato. Adiós, mamá Dolores. *Vase.*

MAMÁ DOLORES. *Conmovida.* Adiós, hijito.

GASPAR. *Asomándose.* Vaya, güenas tardes, y que haiga zalú.

DON RUFINO. Adiós.

MAMÁ DOLORES. Buenas tardes.

SOCORRITO. Adiós.

CLOTILDE. Adiós.

Todos miran hacia la izquierda, donde se supone que Álvaro y Gaspar montan en sus caballos y parten.

TONTO. ¡Qué... qué bonita jaca lleva Álvaro!

JUANITA. Preciosa.

MAMÁ DOLORES. *A las muchachas.* Me afligen estas despedidas. Siento que venga nadie a verme.

SOCORRITO. Todo el que se va parece que se lleva algo de una.

CLOTILDE. Menos mal si deja algo también. Toma y daca.

TONTO. Ya... ya parten.

MAMÁ DOLORES. ¡Adiós...!

DON RUFINO. ¡Adiós, Álvaro!... ¡Otra vez será Troya, amigo!

TONTO. ¡Adiós, adiós...!

Las muchachas los despiden con las manos.

MAMÁ DOLORES. Ahora van a desaparecer un momento, y aparecerán luego por delante del pino grande. Preparad los pañuelos. *Pausa.* Esperad, esperad un poco. ¡Miradlos allí!

SOCORRITO. ¡Adiós!

CLOTILDE. ¡Adiós!

DON RUFINO. ¡Buen galope llevan!

Todos gritan y los saludan con los pañuelos.

MAMÁ DOLORES. Otra vez se ocultan. Ahora volverán a verse por junto a la casita, nada más que un segundo, y ya los perderemos de vista para siempre. *Nueva pausa. Todos miran.* Allí van.

Agitan los pañuelos en silencio. Despues, dejan caer los brazos con desaliento y cambian todos de sitio y de expresión. Socorrito y Clotilde se sientan, pensativas y tristes, en el tronco; Juanita e Isabel quedanse también impresionadas; mamá Dolores mira a unas y a otras; don Rufino se lleva al Tonto del brazo por la izquierda.

DON RUFINO. Me parece a mí que está indi-

cado... ¿eh? que por el buen viaje... ¿eh? ¡Una copita!

TONTO. ¡De... de acuerdo!... ¡Una copita!

Andrea, que momentos antes ha salido, rompe a llorar con amargura.

MAMÁ DOLORES. Chiquilla, ¿qué te pasa?

ANDREA. *Entre sollozos.* ¡Que cuando me iba conzolando de lo del uno... ze me yevan al otro!

MAMÁ DOLORES. Y ¿quién es el otro?

ANDREA. Er criao der zeñorito Árvaro, que me había pedío la converzación.

MAMÁ DOLORES. ¡Bah, bah, bah! Pues ya veo que te consuelas pronto. *A las muchachas.* Pero ¿qué es eso, niñas? Parece que os han dado cañazo.

CLOTILDE. No. *Pausa breve.* ¿Qué tienes tú, Socorro?

SOCORRITO. Lo que tú.

Se besan.

MAMÁ DOLORES. *Al público.* Pasó el amor por Arenales del Río... Ya veis lo que deja tras sí. Pues así anda el mundo. Compasión para estas pobrecitas... y para todas las desheredadas del amor.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, julio, 1904.

EL AGUA MILAGROSA

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Teatro Romea, de Murcia, el 28 de marzo de 1908.

A CONCHA CATALÁ,
A quien hizo Dios... y rompió el molde.
Sus admiradores y amigos,

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FLORENTINA	CONCHA CATALÁ.
EL PADRE JUAN	JUAN BALAGUER.
ANTONIA	JOSEFA ALCOBA.

EL AGUA MILAGROSA

Habitación del Padre Juan, cura de misa y olla, en un buen pueblo castellano. Puerta a la derecha del actor, y al foro dos ventanas grandes, a través de cuyos cristales se ve un corralillo limpio y alegre. Los muebles son pocos y se caen de viejos. Una estera de pleita, vieja también y remendada, cubre el suelo, mucho más viejo que ella y que los muebles. Es por la mañana.

El Padre Juan, sentado en un sillón de vaqueta al lado de una de las ventanas, lee en un libro, que por excepción en este caso do está empastado en pergamino. Es hombre de hasta edad de sesenta años, de aspecto bonachón, y tan pobre y humilde como el cura del Pilar de la Horadada. En sus ojillos, vivos y sagaces, hay un reflejo de socarronería.

Antonia, su criada, sale de improviso en tal guisa que hace inverosímil toda murmuración. Viene muy azorada.

ANTONIA. ¡Padre Juan! ¡Padre Juan!

P. JUAN. ¿Eh? ¿Qué hay?

ANTONIA. ¡Visita!

P. JUAN. ¿Visita? ¿Quién es, tan de mañana? ¿La señora alcaldesa?

ANTONIA. No, señor; no es del pueblo. Es una señorona muy señorona; lo menos de Valladolid. Yo he sentido que me coja en esta facha.

P. JUAN. De Valladolid espero una visita; pero es el hijo de un amigo mío. ¿No te ha dicho lo que me quiere?

ANTONIA. Ni sé lo que me ha dicho, señor. Si estoy aturrullada. ¡Qué sombrero! ¡qué plumas! Tiene aire de cómica.

P. JUAN. ¿De cómica?

ANTONIA. Y ¡qué bien huele!

P. JUAN. A mí no me huele tan bien; ahí verás tú. Pero hazla pasar.

ANTONIA. ¿Cómo?

P. JUAN. Que le digas que pase y la acompañes hasta aquí.

ANTONIA. Y ¿me quedo yo escuchando detrás de la puerta?

P. JUAN. Te quedarás aunque yo no te dé permiso.... con que anda.

ANTONIA. Voy allá, voy allá. *Vase.*

P. JUAN. ¡Cosa más particular que esta visita!... No sé qué pensar de ello... En fin... *Se levanta y espera, fija en la puerta la mirada.*

A poco llega Florentina. Es una mujer hermosa y elegante, aturdida y ligera.

FLORENTINA. Muy buenos días, señor cura.

P. JUAN. Dios guarde a usted, señora. Buenos días.

FLORENTINA. ¿Es usted el mismo Padre Juan?

P. JUAN. El mismo soy.

FLORENTINA. Usted me perdonará que venga a importunarlo a estas horas.

P. JUAN. Todas son buenas para servir a Dios y al prójimo.

FLORENTINA. Muchas gracias. Como es tan temprano...

P. JUAN. Para mí es medio día. Yo amanezco siempre con el sol. ¿Tiene usted la bondad de sentarse?

FLORENTINA. *Sin atenderlo.* ¡Qué cuartito más cuco, señor cura! ¡Qué ambiente de reposo hay en él!...

P. JUAN. Es una pobreza, señora: lo que corresponde a quien lo habita.

FLORENTINA. ¿Adónde dan estas ventanas?

P. JUAN. Al corral.

FLORENTINA. Ya, ya lo veo. Es muy alegre este corral. ¡Cuántas flores! ¿Es usted aficionado a las flores?

P. JUAN. A todo lo que cría Dios.

FLORENTINA. Yo también. Cuando vuelva a mi casa de Madrid, me permitirá usted que le envíe unos cogollos de claveles andaluces que quitan el sentido.

P. JUAN. ¡Oh! ¡tanto honor!... Pero ¿no se sienta usted?

FLORENTINA. Déjeme usted curiosear un poco. Somos tan curiosas las mujeres...

P. JUAN. Bien poco hay que curiosear aquí.

FLORENTINA. ¿Es de marfil este crucifijo?

P. JUAN. No, señora: es imitación.

FLORENTINA. ¡Qué bonito es! *Mirando un cuadro.* ¡Ay, San Lorenzo!

P. JUAN. San Francisco de Asís.

FLORENTINA. Es verdad. Lo he confundido porque yo en mi casa de Córdoba tengo un San Lorenzo muy parecido a este San Francisco de Asís.

P. JUAN. Ya. Los pintores a lo mejor no son muy católicos.

FLORENTINA. *Sacando de un bolso que trae un pomito, y aplicándoselo a la nariz.* Con permiso de usted, padre Juan... ¡Me he levantado con una jaqueca!... ¿Quiere usted aspirar? Es muy agradable.

P. JUAN. Gracias, gracias. Yo no tengo jaqueca.

FLORENTINA. Pues a dársela a usted vengo yo.

P. JUAN. Pues entonces... luego aspiraré.

FLORENTINA. ¡Ay, qué buena sombra! ¿Es usted andaluz?

P. JUAN. No, señora: soy castellano viejo. ¿Y usted?

FLORENTINA. Madrileña. Pero fíjese usted. Ahora ya me siento. *Lo hace. El Padre Juan se sienta tambien.* Mi padre, italiano; mi madre, habanera; el padre de mi padre, de Sevilla; el padre de mi madre, de Lugo; la madre de mi padre, de Soria; la madre de mi madre, de Gibraltar...

Y yo estuve a punto de nacer en Huesca. ¿De dónde soy?

P. JUAN. *Después de vacilar.* Española... para acabar pronto.

FLORENTINA. Española; es verdad. Ha estado usted muy oportuno. Y usted pensará: pero ¿esta señora a qué ha venido? Porque hasta ahora no he dicho a qué he venido.

P. JUAN. Ha dicho usted modestamente que a darme la jaqueca.

FLORENTINA. ¡Ay, qué gracioso! Usted es andaluz.

P. JUAN. No, señora, no. ¿Por qué había de ocultarlo?

FLORENTINA. Pues lo parece. Es usted una estampa de un primo de mi madre que vive en Ronda.

A Ronda voy yo por peros
y a Málaga por manzanas,
a las Indias por dineros
y a la Sierra por serranas.

Bueno; no quiero marearlo. Al asunto.

P. JUAN. Hable usted.

FLORENTINA. He pasado muy mala noche, señor cura. Como que no se me descarga la cabeza. ¡Ay! Usted me dispense. *Del propio bolso saca una bellotita y se frota la frente.* Esto refresca mucho. ¿No quiere usted frotarse?

P. JUAN. Todavía no me duele.

FLORENTINA. Ni lo permita Dios. ¡Ah! Si usted fuma, fume con libertad: a mí no me molesta. Mi marido con la colilla de un cigarro enciende el otro. Para otra mujer esto sería una falta; para mí es un encanto. ¿Querrá usted creer que me divierto con las espirales del humo? Bueno, yo soy un poco soñadora. Soñemos, alma, soñemos... Pero, en fin, al grano, que lo estoy entreteniendo a usted. Mi marido... Es decir, mi marido y yo, para que no se me tache de injusta... Por más que... ¡Ay, padre Juan, yo soy muy desgraciada!

P. JUAN. ¿Usted, señora? Nadie lo diría: su rostro resplandece felicidad. Y la cara es el espejo del alma.

FLORENTINA. Como que si no fuera por lo que yo me sé y usted sabrá dentro de un rato, no habría mujer más dichosa en el mundo.

P. JUAN. ¿Luego no me engaño completamente?

FLORENTINA. No, señor.

P. JUAN. Y ¿no tiene usted esperanza de que Dios le otorgue lo que necesita para ser absolutamente dichosa? ¿Se lo ha pedido usted con unción, con fe?

FLORENTINA. Se lo he pedido hasta bailando sevillanas.

P. JUAN. ¿Bailando sevillanas? No es la actitud más a propósito para hablar con Dios.

FLORENTINA. Quiero decir con ello que no

hay momento de mi vida en que no haya elevado mis súplicas al Señor para que me conceda lo que me falta. Padre cura, yo tengo unos padres que me adoran: no hay otros más buenos: los hizo Dios y rompió el molde. Tengo un marido que es una alhaja: todas mis amigas me lo envidian.

P. JUAN. ¿Las casadas también?

FLORENTINA. También. Y las solteras. Porque de las viudas no hay que hablar: por sabido se calla.

P. JUAN. Señora, señora...

FLORENTINA. ¡Usted no conoce a mi Toto! Se llama Teófilo; pero así es como le digo en la intimidad. Mi Toto, mi Totito... Es noble, es generoso, es guapo, adora en mí... También lo hizo Dios y rompió el molde.

P. JUAN. ¡Qué lástima!

FLORENTINA. ¿Cómo?

P. JUAN. ¡Qué lástima! — pensarán las otras... las que se lo envidian a usted.

FLORENTINA. ¡Ah, ya!

P. JUAN. Y ahora pregunto yo: con unos padres tan ejemplares y un marido tan singular, ¿qué más dicha apetece usted en la tierra? No hay que ser ambiciosa...

FLORENTINA. ¿Se le antoja a usted desatentada ambición pedirle a Dios un hijo... y que no rompa el molde hasta que yo le avise?

P. JUAN. ¡Ah!... ¡Un hijo!... ¿Es por un hijo por lo que usted suspira?

FLORENTINA. ¡Uno siquiera, padre Juan! Así la vida es imposible. Un matrimonio sin hijos es muy soso. ¡Pero muy soso! A mí se me figura que es un matrimonio equivocado. Y pensar yo que mi Toto debiera ser de otra y no mío, me estremece, me espanta. Y mi Toto, en broma, me echa a mí la culpa: me dice que yo no tengo gracia. Y yo le digo que es él quien no la tiene. Esas tonterías de los matrimonios. Y es él, es él, ahora que no me oye. Porque, mire usted: mi hermana la de Cáceres tiene seis querubines —¡seis querubines, padre Juan, y yo ni uno solo!—; otra que vive en Montevideo, Catalina, está esperando al quinto, o al quinto y al sexto a la vez, porque así las gasta Catalina; mi hermano Manolo tiene ya dos de la primera, dos de la segunda y dos de la tercera. Esto parece una charada; pero es que Manolo se ha casado tres veces. Dígame usted ahora si con estos hermanos tiene la culpa Toto de lo que nos ocurre, o la tengo yo.

P. JUAN. Así... a primera vista... la verdad... tiene la culpa Toto.

FLORENTINA. A usted le ha hecho gracia lo de Toto. Usted es andaluz. ¡Vaya si es usted andaluz!

P. JUAN. Le advierto a usted que a los de Castilla la Vieja también nos hacen gracia algunas cosas.

FLORENTINA. ¡Ay, qué salado! Si no es usted andaluz merece serlo. Mi Toto es andaluz.

P. JUAN. Ya me lo he figurado, señora.

FLORENTINA. Pues ésa es mi pena, padre Juan. Yo necesito en mi casa un angelín, una cabeza rubia—mi Toto es rubio...

P. JUAN. Entonces... ahí tiene usted ya la cabeza rubia que necesita...

FLORENTINA. Otra cabeza, padre Juan: una cabecita de serafín que pueda yo dormir sobre mi seno, que pueda yo apretar contra mi regazo, que pueda yo besar hasta volverme loca, delante de mi Toto, para decirle así una vez más todo cuanto lo quiero, y cuando mi Toto no esté en casa, para recordarlo en mi niño y besarlo en él sin que él se entere... ¡Ay, padre Juan, es una obsesión que raya en manía, pero que usted convendrá conmigo en que es muy respetable! A mí me hace falta que en aquella casa de Madrid suene la voz de una criatura; me hace falta quien corra por aquellos pasillos, quien me descomponga los relojes, quien me rompa los muebles, quien asuste al gato; me hace falta un ser a quien yo decirle siete veces al día: «Te voy a matar, te voy a matar, te voy a matar», y no matarlo sino a besos... ¡Me hace muchísima falta, señor cura; muchísima falta!

P. JUAN. Sí lo comprendo, sí; pero ¿qué quiere usted que yo le haga, hija mía?

FLORENTINA. A eso voy; es decir, a eso vengo. Porque con tanto hablar, aún no he hablado del objeto de mi visita. Se me ha secado la gar-

ganta... *Saca del bolso una caja de pastillas y toma una, después de ofrecerle al padre Juan.* ¿Quiere usted una pastillita, padre? Son muy buenas... suavizan las fauces... refrescan la boca...

P. JUAN. Gracias... muchas gracias... Yo no acostumbro...

FLORENTINA. Yo, sí. Como charlo tanto, y soy tan expresiva y tan nerviosa... Porque yo soy muy nerviosa, padre Juan; pero muy nerviosa.

P. JUAN. Ya, ya. (Acabaré por necesitar el pomito y la bellotita y las pastillas y todo lo que traiga en el bolso.)

FLORENTINA. Bueno, pues... Ahora sí que voy a entrar en materia. Mi marido y yo siempre andamos de la Ceca a la Meca, como vulgarmente se dice, buscando antigüedades. ¡Como no tenemos otra cosa que hacer! Él es muy dado a las antigüedades y a ciertos estudios, que a mí no me importarían un comino si no le importaran a él. A este pueblo hemos venido a visitar el castillo en ruinas, y la torre mudéjar, y no sé qué puerta de no sé qué casa de no sé qué calle. Y yo tal vez haya venido, sin sospecharlo, a encontrar mi felicidad.

P. JUAN. ¿Pues?

FLORENTINA. En la fonda donde paramos—que se llama «Fonda del Norte, antes del Sur», cosa que no he entendido...

P. JUAN. Pues es que el primitivo dueño de la fonda era gaditano, y el dueño actual es galle-

go... Por eso la que era del Sur es ahora del Norte.

FLORENTINA. Es muy gracioso. Pues bien, en esa fonda del Norte o del Sur, que el viento no hace al caso, hay una camarera, padre Juan, que tiene doce hijos. Ya ve usted: ¡doce hijos, todos de un camarero!

P. JUAN. Naturalmente: todos de su marido, que es camarero.

FLORENTINA. Quiero decir de un hombre pobre, que no gana para alimentarlos siquiera, por muchas propinas que le den... Y yo, en cambio, yo, en cambio... Pero, en fin, basta de lamentaciones. Esa mujer me ha asegurado anoche mismo—y por eso no he podido dormir: mire usted qué palidez y qué ojeras — que usted tiene una huerta cerca del pueblo, y que en la huerta hay una fuente que da un agua pura y cristalina, y que mujer que bebe ese agua no se queda sin hijos. ¿Es cierto?

P. JUAN. Es cierto que tengo esa huerta, y esa fuente, y ese agua, a la que se le atribuye esa extraña virtud... pero...

FLORENTINA. Pero ¿qué? ¡No me ponga usted inconvenientes!

P. JUAN. Descuide usted, señora.

FLORENTINA. ¿Es cierto que es precisa la autorización de usted para beberla?

P. JUAN. Es cierto.

FLORENTINA. Y ¿es cierto que usted no la concede casi nunca?

P. JUAN. También es cierto.

FLORENTINA. ¿Por qué?

P. JUAN. Porque me ha ocasionado muchos disgustos la dichosa agua... y muchos sinsabores... y ha dado lugar a no pocas calumnias, que es peor. Se llegó a decir que a mí me interesaba que nacieran chicos en el pueblo por lo que me ganaba en los bautizos...

FLORENTINA. ¡Qué picardía!

P. JUAN. Los pueblos son así. Luego, esta es otra: los maridos llegaron a tomarme entre ojos. Esa misma camarera que le ha dado a usted las noticias, bebió el agua a los cinco años de casada, y desde entonces a la fecha... ya ve usted: ¡doce! Y el camarero ¡me echa unas miradas cuando me ve!... ¡Como si yo tuviera la culpa! Además, señora—todo ha de decirse—, dieron en beber el agua algunas solteritas, y... ¡un horror! En resumen: que tuve que cerrar la huerta en absoluto y que negarme a toda súplica y a todo ruego.

FLORENTINA. Me lo explico, padre Juan, me lo explico... Lo obligaron a usted... Hizo usted admirablemente. Pero yo soy aquí un ave de paso; me voy mañana... Beberé el agua sin que nadie se entere de ello más que mi marido, porque para mi marido no tengo secretos... Y si Dios quiere concederme lo que tan de veras le pido, yo bendeciré a Dios una y mil veces, y la hora en que vine a este pueblo, y el agua de la

fuente, y la huerta, y a usted. ¡Ay, señor cura, no me niegue usted la felicidad que tiene en su mano!

P. JUAN. No, hija mía. Beberá usted el agua... ¿Por qué no?

FLORENTINA. ¿Qué me dice usted, padre Juan?

P. JUAN. Que beberá usted toda el agua que quiera.

FLORENTINA. ¿Sí?

P. JUAN. ¡Ya lo creo!

FLORENTINA. ¡Qué bueno es usted! ¡Déjeme que le bese la mano!

P. JUAN. Luego, más tarde, le mandaré a usted a la fonda al guarda que tengo en la huerta, y él la acompañará hasta allá, y la guiará a la fuente, y beberá usted cuanto desee.

FLORENTINA. ¡Ay! Y ¿me podré llevar un cantarito a Madrid?

P. JUAN. ¡Sí, señora!

FLORENTINA. ¿Y Toto? ¿Podrá beberla Toto?

P. JUAN. ¡Que la beba, si gusta! No creo que tenga objeto; pero ¡que la beba! Dicen que para los hombres no vale...

FLORENTINA. ¿Usted la ha bebido?

P. JUAN. ¿Eh?

FLORENTINA. ¡Ay! usted perdone: he dicho una tontería como una casa. Y es que ya no sé ni lo que pienso, ni lo que hablo... Me ha trastornado la alegría. ¡Mi querubín, mi querubín

querido! ¡El ideal de mi matrimonio! ¡El complemento de mi dicha!

P. JUAN. Dígame usted, señora: ¿cuánto tiempo lleva usted de casada?

FLORENTINA. ¡Un año!

P. JUAN. ¿Un año nada más?

FLORENTINA. ¿Le parece a usted poco tiempo?

P. JUAN. Para tener esa impaciencia, sí. Calma, un poco de calma, hija mía.

FLORENTINA. ¡No se arrepienta usted, señor cura!

P. JUAN. No me arrepiento, no... Pero creo que es algo exagerada la impaciencia de usted.

FLORENTINA. ¡Eso me dice Toto!

P. JUAN. ¡Y tiene Toto más razón que un santo!

FLORENTINA. Voy a comunicarle la novedad... Ya no estoy tranquila hasta que lo sepa.

P. JUAN. Es claro.

FLORENTINA. Disimule usted que me vaya tan pronto. Verdad es que así dejo de molestarlo.

P. JUAN. Señora...

FLORENTINA. Ya se me ha quitado la jaqueca, y la sequedad de la garganta, y todo, todo absolutamente. ¡Ah! Va usted a consentirme una cosa. ¡No me diga usted que no, padre Juan! ¡No me diga usted que no!

P. JUAN. ¡Si no he dicho ni que sí ni que no!

FLORENTINA. Sé que en el pueblo hay mucho pobre: he visto a muchos niños... Yo quiero que

por mano de usted vaya esta limosna para ellos... *Le da unos billetes.* Sin que se sepa de quién es.

P. JUAN. Señora, Dios le premiará a usted esta obra caritativa... Yo repartiré la limosna entre los más necesitados, que son infinitos... Gracias, un millón de gracias...

FLORENTINA. Calle usted, por Dios; no vale la pena. Gracias yo a usted... Y me marcho, me marcho ya. ¡Qué mañana le he dado! No deje usted de mandarme prontito al guarda de la huerta. Ya vendré a saludarlo a usted con mi Toto. Mi Toto se alegrará mucho de conocerlo. En fin, adiós... ¿Me dejo algo? ¿me dejo algo? No; no me dejo nada... Será la primera vez que me vaya de un sitio sin dejarme algo... Adiós, padre Juan. No me olvido de los claveles... ¡Ay, padre Juan, si viene el querubín al mundo, usted me lo bautiza! Adiós otra vez. Adiós, adiós, adiós...

P. JUAN. Adiós, señora, adiós. *La acompaña a la puerta, y desde ella hace a poco una cortesía, como si la despidiese. Después se aparta de allí, se santigua y trata de coordinar sus ideas.* ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué visita! ¡qué cosa! ¿Quién había de pensar?... Con ese empaque, con esa charla... ¡Qué mundo éste!... ¡Jesús! ¡Jesús!

Vuelve Antonia.

ANTONIA. Ya se fué... Menos mal que ha dado una limosna para los pobres... ¡Qué tarabilla! ¡qué discursos! ¡qué saltar de una cosa a otra!

P. JUAN. No critiques.

ANTONIA. Y ¿sabe usted lo que le digo?

P. JUAN. ¿Qué?

ANTONIA. Que si su Toto es un sietemesino *escuchimizao* que la estaba esperando en la esquina, ¡ya puede beber la señora hasta cansarse, que no habrá novedad!

P. JUAN. Anda, anda a volcar la olla, y déjate de murmuraciones.

ANTONIA. Ya voy, señor, ya voy. *Se va.*

P. JUAN.

¡Bien merece alcanzar la dicha plena
esa dama habladora
que así socorre la pobreza ajena
al vislumbrar lo que del cielo imploral...
Toda mujer que quiere un hijo, es buena.

FIN

Madrid, marzo, 1908.

LA MUSA LOCA

COMEDIA EN TRES ACTOS

(EL TERCERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS)

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES, de Barcelona,
el 4 de iulio de 1905.

A JACINTO BENAVENTE,
peregrino y aristocrático ingenio, audaz innovador de la comedia española, sus devotísimos admiradores y amigos,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO [1]

PERSONAJES	ACTORES
ACTO PRIMERO	
FIDELA	Nieves Suárez.
DON ABEL SECANO	Fernando Díaz de Mendoza.
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR	Alfredo Cirera.
URRUTIA	José Santiago.
CABRA	Felipe Carsí.
TOLEDO	Emilio Mesejo.
MANOLO	Ricardo Juste.
BARBUDO	Manuel Díaz.
DON JESÚS	Francisco Urquijo.
LUCAS	Francisco Cayuela.
UN PRESTAMISTA	Manrique Gil.
UN CAMARERO	Hilario Fernández.
ACTO SEGUNDO	
DOÑA ANTONIA PACHECO	Josefa Morera.
IRENE	Matilde Asquerino.

(1) Merced a algunas ligeras alteraciones introducidas en el acto segundo de esta comedia después de su estreno en Barcelona, consignamos aquí el reparto de la primera representación en Madrid, en lugar del que allí se le dió.

Debemos, sin embargo, mencionar a la señora Guillén, a la señorita Torres, al señor Palanca y al niño Peral, que interpretaron en Barcelona los papeles de Luisita, Felisa, don Mauricio Regla y Salazar y Eduardo, respectivamente, y que no figuran en la actualidad en la compañía del Teatro Español.

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ANDREA.....	María Guerrero.
FELISA.....	Lola Bremón.
MARIQUITA.....	Esperanza Bedoya.
DON ABEL SECANO....	Fernando Díaz de Mendoza.
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR.....	Alfredo Cirera.
URRUTIA.....	José Santiago.
UN SEÑOR ANÓNIMO...	Mariano Díaz de Mendoza.
BUSTAMANTE.....	Ramón Guerrero.
DON JENARO.....	Luis Medrano.
ROMERO.....	Manuel Soriano Viosca.

ACTO TERCERO

IRENE.....	Matilde Asquerino.
LUISITA.....	María Cançio.
LIBORIA.....	Matilde Bueno.
DON ABEL SECANO.....	Fernando Díaz de Mendoza.
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR.....	Alfredo Cirera.
URRUTIA.....	José Santiago.
FOSO.....	Emilio Mesejo.
DON JOVITO.....	Felipe Carsí.
EDUARDO.....	Niño Quintín.
PARRA.....	Manuel Viñals.
BERMÚDEZ.....	Francisco Urquijo.

LA MUSA LOCA

ACTO PRIMERO

Negociado de don Mauricio Regla y Salazar, en una oficina del Estado, en Madrid. Mampara de entrada, al foro. Ventana grande a la derecha del actor. Puertecilla de escape a la izquierda, empapelada como las paredes. Estera de cordelillo. A la derecha, en primer término, mesa y sillón de don Mauricio. A la izquierda, frente a ella, mesa y sillón de don Abel Secano, oficial primero. En el foro, a la derecha de la puerta, un par de mesas de dos pupitres fronteros cada una. La del rincón está colocada, como las de don Mauricio y don Abel, de suerte que al sentarse ante ella los empleados, el público los vea de perfil. La otra, en sentido contrario: un empleado dará la espalda al público y otro estará de frente a él. Hacia el centro de la habitación, otra mesa análoga a la primera y colocada en igual forma. En las paredes, perchas correspondientes a las mesas y alguna anaquelería con legajos. Sobre todas las mesas, aparte el servicio de escribir, abundancia de papeles y libros. Sillas con asiento forrado de gutapercha. Cerca de la ventana, una estufa. Escupideras y cestos de papeles junto a las mesas. Pendiente del techo, sobre cada una de ellas, una bombilla de luz eléctrica con pantalla verde. Timbres. Almanaque. La vejez y mal estado de los muebles, el polvo de libros y legajos, el borroso color del papel de las

paredes, y aun los remiendos de la estera, patentizan que por la covachuela que hoy rige don Mauricio han pasado algunas generaciones. Es por la mañana.

La oficina está sola. Ábrese la mampara y sale don Abel.

Don Abel, protagonista de esta comedia, es un pobre diablo. Frisa con los cincuenta; tiene poco pelo, y este gris, bigotillo y mosca. Los ojos, mortecinos y tristes. Alguna vez, no obstante, fulgura en ellos siniestra llamarada. Lleva gafas de acero. Sus ropas son humildes, defendidas con maña y bencina de las inclemencias del uso. Al llegar tiende la vista por la estancia, desde la misma puerta, cerciorándose de que aún no hay allí ningún empleado.

Don Abel. Nadie. Parece que es un crimen y no es un crimen. *Corre a su mesa, y sin quitarse sombrero ni capa, se sienta, saca de uno de los cajones un cuaderno, y rápidamente, lleno de turbación y ansiedad, busca una entre sus páginas manuscritas.* Aquí está. *Despues de leer para sí.* ¡Ah! ¡Ya decía yo! El ritmo de la frase era otro. *Leyendo.* «¿Por qué? ¿Por qué no me contestas ahora? ¿Por qué?» ¡Claro! Se repite dos veces el por qué. ¡Qué tontería! Y no he podido pegar los ojos en toda la noche. *Sigue hojeando el cuaderno.* ¡Qué bien me ha salido esta escena!... ¡Qué linda es esta frase!... «No quiero más esclavitud que la de mi cerebro; no quiero más cadenas que las de

mi conciencia.» Aquí un hay aplauso, o sé yo muy poco de estas cosas. *Mirando con recelo a la puerta.* ¿Eh?... Temí... *Volviendo a la obra.* Pues ¿y esto? Esto parece de Echegaray. «No pidamos a la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.» ¡Bravo! Se me saltan las lágrimas. *Guardando el cuaderno.* Al cajón otra vez, drama mío, no me sorprenda alguien... Ahora causaría mofa lo que luego ha de causar admiración y envidia. *Mientras cuelga la capa y el sombrero.* ¡Y dicen los críticos que el monólogo es falso!... ¡que no es real!... Pues ¿no vengo yo hablando solo desde mi casa? Por supuesto, ¿quién había de sospechar en el mundo que Abel Secano, el humilde oficial primero de esta mísera covachuela, iba a sentir bajo su cráneo la llama de la inspiración; iba a escribir un drama como ése?... *Sale Lucas, ordenanza de la oficina, por la puertecilla de escape.* ¿Quién?

LUCAS. Señor Secano, buenos días.

Este Lucas procede de la Guardia civil. Usa grandes bigotes, y conserva en su empaque y modos el sello y los hábitos de su primera profesión. En la mano trae un jarro lleno de agua, que vierte en una cacerola que hay sobre la estufa.

DON ABEL. Buenos días, Lucas. *Abstraído; entre dientes.* «No pidamos a la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.»

LUCAS. ¿Manda usted algo?

DON ABEL. Nada, Lucas.

Lucas va a irse por la puerta del foro, a tiempo que llega Cabra, a quien deja pasar.

CABRA. Hola, Lucas.

LUCAS. Felices, señor Cabra. *Vase.*

CABRA. Buenos días, don Abel. A usted no hay quien le coja la delantera.

El ciudadano Cabra, víctima resignada de la Administración, y miope de añadidura, viene de capa castaña, hongo cafe y gafas de gruesos cristales. En la oficina usa manguitos. Las rodilleras de sus pantalones manifiestan que de los sesenta años que tiene ha pasado sentado cincuenta y cinco. Ocupa el primer pupitre de la derecha. Trae en la mano un rollo de papeles.

CABRA. ¿Cómo sigue el chico?

DON ABEL. Mejor está, Cabra; muchas gracias. ¿Qué papeles son ésos?

CABRA. El trabajo extraordinario que le dió el jefe a Urrutia. Al fin y al cabo tuve yo que cargar con él. Hasta las tres de la mañana no he podido acostarme. *Arranca la hoja del almanaque.*

DON ABEL. Le digo a usted que se está poniendo esta casita... *Saca un periódico y lee de pie, junto a la estufa, sin dejar de atender a Cabra.*

CABRA. Y menos mal ustedes, los que suben. Ya ve usted yo: ayer hizo cuarenta años que tomé posesión de este mismo pupitre.

DON ABEL. ¿Con cuánto?

CABRA. Con seis mil reales. Y hoy tengo cuatro mil.

Don Abel. ¡Sí que es una carrera local

Cabra. *Suspirando.* Aquí me he dejado la vista, el pulso, el pelo, el estómago... No es que yo me queje... Aquí he cogido el reuma que me va a llevar al cementerio; aquí he cogido las jaquecas que padezco alternando con el reuma... No es que yo me queje... Aquí conocí a mi mujer, que en paz descanse. Era hija del entonces portero mayor, que en paz descanse. Se empeñó en casarnos el jefe de esta sección en aquella época, don Inocencio Colmenar, que en paz descanse. La pobrecita me dejó doce hijos, que me viven todos... No es que yo me queje... A otros les va mucho peor... pero de cuando en cuando, un desahoguillo... Iré haciendo el parte.

Se levanta, coge de la mesa de don Mauricio una hoja de asistencia y escribe en ella los nombres de los empleados del negociado, los cuales, a medida que llegan, la van firmando.

Don Abel. Mire usted, Cabra: yo también me veo rodeado de mucha gente. El mayor de mis chicos ya es un pollo; usted lo conoce. Es listo, es bueno; vale. Será un hombrecito. Me tiene muy contento. Pues bien: si algún día se le ocurriera decirme: «Papá, yo quiero servir al Estado», lo disecaba. No le digo a usted más. Lo disecaba.

Cabra. Y haría usted muy bien. ¡Ojalá mi padre me hubiera disecado a mí! Daría gusto de verme ahora.

DON ABEL. En cuanto a un servidor de usted... Pero, bueno; esto es otra cosa... Tiempo al tiempo... No quiero hablar. *Saludando a don Mauricio, que llega.* Dios te guarde, Mauricio.

CABRA. Don Mauricio, muy buenos días.

DON MAURICIO. Hola, señores. ¿Qué hay?

Don Mauricio Regla y Salazar, jefe del negociado, es hombre recto, inflexible, aunque cortés y cariñoso con sus subordinados. Para el, la Administración es un culto y él un sacerdote. Su fisonomía es vigorosa, expresiva, muy española. Tiene cuarenta y tantos años. Viste de chaque.

DON ABEL. ¡Pschél

¡Hoy como ayer, mañana como hoy,
y siempre igual!
¡Un cielo gris, un horizonte eterno,
y andar... andar!

DON MAURICIO. Chico, chico, qué por las nubes me recibes. ¿Es que te has dado a la poesía?

DON ABEL. Tal vez. De poeta, músico y loco...

DON MAURICIO. ¿Y tu pequeño?

DON ABEL. Parece que ha amanecido mejor. La noche ha sido buena. Luego vendrá la muchacha a decirme cómo lo encuentra el médico.

DON MAURICIO. Oye una cosa. *Don Abel se le acerca.* Mira el borradorcillo que he hecho para contestar a la Dirección. *Le da unas cuartillas.* A ver qué te parece.

Don Abel lee para sí. Don Mauricio en tanto lo

contempla con el resplandor del esperado triunfo en la fisonomía.

Llega Manolo.

MANOLO. Buenos días, señores.

DON MAURICIO. Hola, Manolo.

CABRA. Buenos días.

MANOLO. Y frescos.

Deja gabán y sombrero en la percha correspondiente, y antes de sentarse en su sitio, que es uno de los pupitres del centro de la escena, se acerca a la estufa para calentarse. Es un muchacho simpático y listo. El gabán que lleva es de entretiempo y el traje de verano. Como se ve, tampoco nada en la abundancia. Para trabajar en la oficina se quita los puños y trueca la americana de la calle por otra remendada y llena de tinta que guarda en su pupitre.

CABRA. Ahí tienes el parte.

MANOLO. Ahora voy.

DON MAURICIO. *A don Abel, así que acaba la lectura.* ¿Qué tal?

DON ABEL. De lo más bonito que has hecho, Mauricio.

DON MAURICIO. ¿Eh?

DON ABEL. Pero fuerte.

DON MAURICIO. Eso quiero: darle en la tetilla. Y ya habrás visto que le tapo todos los callejones. Que me sale por peteneras: ley de 15 de abril del 94; que esto, que lo otro, que lo de más allá: Real orden de 26 de agosto del 95; que

tal y cual y qué sé yo: Real decreto de 14 de mayo del 96; que si fué, que si vino: instrucción de 12 de setiembre del 97; que patatín, que patatán: circular de 29 de octubre próximo pasado. Y no hay más. Tiene que meterse en el burladero.

DON ABEL. Sí, sí: no hay escape. *Se va a su sitio.*

DON MAURICIO. Manolo.

MANOLO. Mande usted.

DON MAURICIO. Ponga usted la minuta de esto.

MANOLO. Sí, señor.

DON MAURICIO. Y que luego Cabra lo saque en limpio.

CABRA. Está bien.

Llega Barbudo, viejo gruñón de malísimas pulgas. Disfruta un haber de seis mil reales, y toca la trompa en un teatro. Tiene más cejas que bigote. Viene de capa.

BARBUDO. ¡Qué atmósfera! ¡Se masca el carbón! ¡No sé cómo pueden ustedes resistirla! ¡Aquí nos vamos a morir todos! Buenos días, señores.

CABRA. Buenos días.

DON MAURICIO. ¿Quieren ustedes que abramos la ventana un momento?

BARBUDO. ¡Sí, hombre, sí!

MANOLO. ¡No, hombre, no! Estos del Norte no tienen nunca frío.

BARBUDO. ¡Lo que no quieren es respirar veneno!

MANOLO. ¡Ojalá se muera usted mañana! ¡Así puede que ascienda yo!

BARBUDO. Sí, sí; no lo verán tus ojos. Tienes oficial quinto para rato. *Después de colgar la capa y el sombrero, siéntase ante el pupitre de frente a Cabra.*

DON MAURICIO. *Mirando el reloj.* La media ya y faltan cuatro todavía. El mejor día llevo el parte así, y vamos a tener un disgusto. ¿Se sabe de Jiménez?

DON ABEL. Continúa malo. Yo estuve ayer a verlo.

DON MAURICIO. Pues Toledito y Urrutia me van a oír. Y eso que pierde uno la fuerza moral: luego se presenta a las doce ese *niño gótico* de Jorgito, que abusa porque tiene el tío alcalde, y ¿quién les dice nada a los otros?

BARBUDO. Aquí hay dos razas: los que toman el sol y los que toman quina en rama. Y ande el movimiento. *A Cabra.* Ya me ha dado usted dos veces con el pie en la espinilla.

CABRA. Ha sido sin querer.

BARBUDO. Es que sin querer también me duele.

Llega Urrutia todo jadeante. Es el hazmerreír del negociado. Viste malamente: usa un hongo muy alto y un gabán color de hoja seca, entallado y con raja hasta la cintura. Es ligeramente tartamudo.

URRUTIA. Fe... fe... felices.

DON MAURICIO. ¡Vamos, hombre! ¡Firme usted el parte en seguida!

URRUTIA. Us... usted perdone, don Mauricio. ¿So... soy el último?

DON MAURICIO. Firme usted el parte y no se meta en más.

URRUTIA. Us... usted perdone.

DON MAURICIO. No hay de qué. ¿Me quiere usted decir qué ha estado usted haciendo?

URRUTIA. Re... re... retratándome.

DON MAURICIO. ¿Cómo?

URRUTIA. De... de cuerpo entero. Pien... pienso hacerme unas postalitas.

DON MAURICIO. Siempre había usted de irse por los cerros de Úbeda. Oiga usted. Ayer, en este oficio, me puso usted fecha de octubre.

URRUTIA. ¿Y qué?

DON MAURICIO. Que estamos en noviembre.

URRUTIA. Pues... pues tiene usted razón. Me... me habré equivocado.

DON MAURICIO. ¿Qué duda cabe?

URRUTIA. Lo... lo rasparé, y si no queda bien, haré otro. Con... con permiso. Don... don Abel, ¿cómo sigue el enfermo?

DON ABEL. Un poco mejor; muchas gracias.

MANOLO. Es verdad; que yo no le he preguntado. ¿Sigue mejor, eh?

DON ABEL. Así parece.

Deja Urrutia sombrero y abrigo en la percha

correspondiente, y se acomoda ante su pupitre, de frente al público. También se cambia de americana.

Sale violentamente por la mampara un Prestamista, con el sombrero puesto, una estaca de la que Dios nos libre, y unas intenciones peores que la estaca.

PRESTAMISTA. Buenos días.

DON MAURICIO. Buenos días.

PRESTAMISTA. ¿El señor Toledo?

DON MAURICIO. No está.

PRESTAMISTA. ¿No está?

BARBUDO. Pero ¡cúbrase usted!

PRESTAMISTA. ¿Cómo? *Se quita el sombrero.* Ustedes dispensen. ¿De modo que el señor Toledo no está?

DON MAURICIO. No, señor; no está. Creo que salta a la vista.

MANOLO. Espere usted un poco. *Levanta la tapa de su pupitre y mira hacia dentro en son de burla.* No; no está.

PRESTAMISTA. ¿Eso ha sido un chiste? Pues el señor Toledo me anda buscando, y me anda buscando el señor Toledo, y no digo más sino que va a encontrarme el señor Toledo.

URRUTIA. Us... usted a él ya es más difícil.

PRESTAMISTA. ¿Sí, verdad? Buenos días. *Vase como entró.*

MANOLO. ¡Ladronazo!

URRUTIA. ¡Ju... judío!

BARBUDO. ¡Chupa-sangre!

DON ABEL. Pero ¿quién es ése?

CABRA. Un prestamista.

DON ABEL. ¡Ah! El amigo Toledo trae siempre unas combinaciones y unos enjuagues...

Toledo asoma el rostro apicarado por la puertecilla de escape y da los buenos días en voz baja.

TOLEDO. ¡Señores, buenos días!

DON MAURICIO. ¡Toledo!

TOLEDO. ¡Schsss! ¡Por Dios, don Mauricio, no me riña usted!

DON MAURICIO. Firme el parte al momento, que voy a llevármelo.

TOLEDO. *Obedeciendo sin quitarse la capa y con el sombrero en la mano todavía.* Sí, señor. Usted comprenderá que hay peligros superiores al rayo.

DON MAURICIO. Ya, ya estoy. A trabajar ahora. *Vase con la hoja de asistencia.*

Toledo es joven, madrileño de casta. Se peina entre chulo y señorito. Usa cuello bajo, corbata encarnada y bota con caña de color. Su sitio en el negociado es el de frente a Manolo. Deja capa y sombrero y abre su pupitre mientras le interrogan los demás sobre el pasado lance.

MANOLO. Oye, tú, ¿qué belén es éste?

TOLEDO. ¡Poca cosa! Que le huyo el cuerpo a ese Matatías, porque lo he clavado en cincuenta duros.

Regocijo general.

MANOLO. ¿Sí?

CABRA. ¿Sí?

BARBUDO. ¿A ése?

URRUTIA. ¡Me... me alegro!

DON ABEL. Pues es usted el príncipe de los ingenios, amigo mío. ¿Cómo ha sido la cosa? A ver, a ver...

TOLEDO. Ése es mi secreto. El hecho es que no ve una peseta de los cincuenta duros.

BARBUDO. De las pocas veces que ha tenido usted gracia.

URRUTIA. In... infeliz de mí: le tomé veinte a uno de la calle del Salitre, y ya le llevo entregados más de ochenta.

DON ABEL. ¡Qué atrocidad!

URRUTIA. ¿No... no ve usted que hasta que no le dé la cantidad íntegra me está cobrando intereses?

TOLEDO. Tú tienes la culpa. Por bruto.

URRUTIA. Si... si... si fué cuando la enfermedad de mi madre. No... no digo eso: fi... fi... firmo yo la horca.

DON ABEL. Toledo, ¿me da usted *El Imparcial*?

TOLEDO. Sí, señor.

DON ABEL. Tenga usted *El Liberal*.

URRUTIA. ¿Quie... quiere usted *El País*?

DON ABEL. Luego.

Cada uno está sentado en su sitio. Don Abel y

Toledo leen los periódicos; Urrutia raspa y enmienda su equivocación, en que vuelve a incurrir; Manolo compone un reloj, y Cabra y Barbudo trabajan. Todos, sin embargo, intervienen en la conversación. Toledo, antes de sentarse, toca dos veces el timbre, que se oye lejos.

TOLEDO. Beberemos agua, ¡qué diablo! Para que pase el susto.

URRUTIA. ¡Mal... maldita sea mi suerte!

MANOLO. ¿Qué le sucede a usted?

URRUTIA. ¡Que... que he raspado octubre y he vuelto a poner octubre! ¿Es *pata* la mía? Se va a quedar esto como una tela de cebolla.

TOLEDO. ¿Tu raspador no tiene sueldo?

URRUTIA. ¡No... no tiene sueldo!

TOLEDO. ¡Pues es quien más trabaja en el negociado!

Risas.

DON ABEL. Amigo Barbudo: ayer, a su novillerito de usted le echaron un bicho al corral.

BARBUDO. También se los echaban a Lagartijo, amigo Secano.

MANOLO. ¡Ande usted con ésa, don Abel!

URRUTIA. Es... es que en Madrid no se sabe ver toros. ¿Verdad, Barbudo?

BARBUDO. No, señor; no se sabe.

TOLEDO. Para ver toros hay que ir a su pueblo de usted. ¡Creo que los lidian en la sala de sesiones del Ayuntamiento!

CABRA. ¡Ja, ja, ja!

URRUTIA. ¡Hom... hombre: crisis!

Gran alarma.

BARBUDO. ¿Crisis?

CABRA. ¿Crisis?

MANOLO. ¿Cómo crisis?

URRUTIA. En... en Portugal.

CABRA. ¡Ah, vamos!

MANOLO. ¡Nos ha asustado usted!

Viene Lucas con dos vasos de agua en una bandeja.

LUCAS. Agua, señores.

TOLEDO. Déme usted, Lucas.

DON ABEL. Déme usted a mí también.

Beben ambos.

LUCAS. ¿Quiere algún señor más?

DON ABEL. Gracias.

LUCAS. Servir a ustedes. *Vase.*

MANOLO. Cómo se conoce que este Lucas ha sido de la Guardia civil. Siempre está cuadrado.

BARBUDO. Ya lo malearán los otros bigardones.

TOLEDO. *Levantándose.* ¡Ah, señor Barbudo, ahora que me acuerdo! Ya decía yo que había entre nosotros una cuentecita pendiente. Anoche, en casa de Morán, estuve cenando con varias amigas y dos o tres ilustres *concurdáneos;* uno de ellos, este chico que escribe de teatros... este... Calpena.

DON ABEL. ¿Es usted amigo de Calpena?

TOLEDO. Unas miajas. Coincidimos en gustos:

Blázquez o N. P. U. Bueno, pues se me ocurrió preguntarle sobre la discusión que ayer tuvimos, señor de Barbudo, y me aseguró que se puede decir o muy gordo o gordísimo; pero que *muy gordísimo,* como usted sostenía...

BARBUDO. ¡Y sostengo!

TOLEDO. Es un disparate de a folio, impropio de toda persona que ande en dos pies, aunque usted lo haya oído en el Congreso.

DON ABEL. ¡Claro! Escuche usted: un ministro, que ya es académico de la lengua, dice *a por* y dice *riyendose.* Me consta.

TOLEDO. Lo creo.

CABRA. Pues un gobernador de provincia, protector mío, que en paz descanse, a las *cocretas* las llamaba croquetas.

DON ABEL. Y las llamaba bien.

CABRA. ¿Bien? Pero ¿no son *cocretas?*

DON ABEL. No, señor.

CABRA. Pues es un error en que llevo cincuenta años.

URRUTIA. Y... y mi portera con usted.

Risas.

DON ABEL. Bueno, señores, vamos a trabajar, que luego don Mauricio me dice a mí que si no puede dejarme solo, que si yo alboroto el cotarro, etcétera, etcétera.

TOLEDO. Vamos a trabajar.

BARBUDO. ¡Ya era hora!

Todos obedecen a don Abel, a excepción de Urru-

tia, el cual levanta y sujeta con un cuadradillo la tapa de su pupitre, y se oculta tras ella de modo que nadie puede ver lo que hace. Hay un breve silencio. A poco, hacia la derecha, principia a oírse un número popular de zarzuela tocado al violín por un músico callejero.

URRUTIA. *Detrás de su tapadera.* A... ahí viene el ciego.

MANOLO. Pobre hombre: a las dos de la noche está todavía rascando el violin por esas calles.

TOLEDO. Anoche lo vi yo a última hora tocando los *couplets* de *Las enaguas.*

DON ABEL. ¡Oh! ¡No puedo ya con *Las enaguas!* ¿Va gente a ver eso, Barbudo?

BARBUDO. Pican, pican.

DON ABEL. Yo lo sentiría por usted, que toca la trompa en la orquesta y se gana un sueldo honradamente; pero me alegraría de que cerraran ese teatrucho.

BARBUDO. ¡Hombre!

DON ABEL. A mí déme usted arte: a mí no me dé usted pantorrillas.

TOLEDO. Opino todo lo contrario.

El ciego ha ido aproximándose; luego pasa cerca de la ventana, y al fin se aleja. En cuanto lo que toca llega a ser bien perceptible, primero uno de los empleados, en seguida dos, después todos ellos, tararean o silban a compás. Toledo, en algunos momentos, hace de director de orquesta, usando por batuta un cuadradillo.

En el instante en que es más vivo el entusiasmo, preséntase don Jesús por la puerta del foro. Don Jesús es un viejo jubilado, recortadito y pulcro. Lo reciben con mucho afecto.

DON JESÚS. ¡Buenos días, señores! ¡Este es el negociado de la alegría! ¡Je!

DON ABEL. ¡Don Jesús! ¡Dios le guarde!

CABRA. ¡Querido Jesús!

URRUTIA. ¡Ho... hola, don Jesús!

MANOLO. ¿Qué tal, don Jesús?

DON JESÚS. ¿Estábamos de concierto, eh? ¡Cómo se conoce que anda por ahí Mauricio!

TOLEDO. ¡Hay que alegrar la vida, don Jesús!

DON ABEL. ¡Nos tenía usted olvidados!

DON JESÚS. La lluvia, hijo, la lluvia. Ya sabéis que cuando hace sol, vengo a la oficina como si estuviera en activo. No puedo remediarlo: me veo en la calle y se me vienen los pies para acá.

DON ABEL. Por aquello de que

siempre, aunque sea una cárcel,
hay un rincón olvidado...

¿No es cierto, don Jesús?

DON JESÚS. Muy cierto, muy cierto... *Acercándose a don Abel.* ¿Qué hay, amigo Secano?

DON ABEL. Lo de siempre: dejándonos aquí la vida, día por día. ¡Estoy más harto de estas cuatro paredes!...

DON JESÚS. Hombre, pues tú no te puedes quejar: llevas una carrera muy bonita...

DON ABEL. ¡Ay, don Jesús! El mundo es muy grande, muy vario... Hay en él muchas veredas por surcar.

DON JESÚS. Chico, no te entiendo.

Vuelve a salir Lucas.

LUCAS. Señor Toledo: aquí le buscan.

TOLEDO. *Levantándose y escondiéndose aprisa tras de su capa.* ¡No estoy! ¡Diga usted que no estoy!

Manolo y Urrutia contribuyen en seguida al engaño, suponiendo que es el prestamista otra vez.

MANOLO. *Alzando la voz.* ¡El señor Toledo no ha venido! ¡No está en Madrid!

URRUTIA. ¡Es... está en Marruecos!

DON ABEL. ¿Quién pregunta por él?

LUCAS. No conozco... Es una señora muy guapa, de mantón.

TOLEDO. *Saliendo a escape del escondite.* ¡Pero, hombre, haberlo dicho! ¡Si es una peinadora que me protege! *Vase por la mampara corriendo.*

Todos se ríen del lance.

LUCAS. Señor, yo no sabía... *Se va tambien.*

DON JESÚS. Es mucho peine este Toledito... Oye, Abel, ¿y tu gente?

DON ABEL. A Ricardín lo tengo algo malucho. Los demás están buenos.

DON JESÚS. Irenita se ha puesto monísima. El otro día me la encontré. Iba con tu cuñada. Es un pimpollo de criatura.

DON ABEL. Dios me dé fuerzas para verlos en

camino a todos. Y son siete, querido don Jesús.

DON JESÚS. Ya, ya sé que son siete. Pero tú verás cómo los sacas adelante. *Acercándose a Urrutia, el cual se levanta.* ¿Qué hay, pollo?

URRUTIA. Us... usted dirá, don Jesús.

DON JESÚS. Siéntate, hombre. ¿Y tu madre?

URRUTIA. Tan... tan buena: fastidiada con su reuma.

DON JESÚS. ¿Y tu padre?

URRUTIA. Tan... tan bueno: fastidiado con su hígado.

DON JESÚS. Hace un siglo que no los veo.

MANOLO. Don Jesús: ¿se le volvió a parar a usted el reloj?

DON JESÚS. *Acercándosele.* No, hijo mío: desde que tú me lo compusiste...

MANOLO. Diga usted: ¿es cierto que va usted a instalar en su casa la luz eléctrica?

DON JESÚS. Hombre, no sé: eso quiere Gertrudis. Ya veremos.

MANOLO. Pues no se comprometa usted con nadie.

DON JESÚS. ¿También electricista?

MANOLO. También. Hay que agarrarse a todo: tengo ya dos chicos. Quedará usted satisfecho, don Jesús. Es más: le enseñaré a usted una trampa para que no corra mucho el contador.

DON JESÚS. ¡Je! Lo que tú no discurras... Y ahora ¿qué te haces, Manolillo?

MANOLO. Pues aparte esas menudencias que

suelen salirme, cuando acabo aquí en la oficina me voy a casa de Rodríguez Rincón, donde llevo el correo; allí estoy hasta las seis o las siete, según el número de cartas; luego, al Real—ya sabe usted que soy acomodador de las plateas...

DON JESÚS. Sí: eso es de mis tiempos. ¿Y a casita después?

MANOLO. ¿A casita? ¡A la buñolería!

DON JESÚS. ¿A qué buñolería?

MANOLO. A una que he abierto a medias con un francés en la calle del Mesón de Paredes.

DON JESÚS. Ya.

MANOLO. Mi socio ha puesto el dinero y yo la inteligencia. Y hay que estar encima. Porque no es posible fiarse de nadie. Ni siquiera del socio.

DON JESÚS. Chico, chico...

MANOLO. Al amanecer me retiro a casa, y trabajo un poco en marquetería, compongo relojes, ilumino algún retratillo... Lo que cae.

DON JESÚS. Pero, muchacho, y ¿cuándo duermes?

MANOLO. Los domingos.

DON JESÚS. ¡Je! *Volviéndose a don Abel un momento.* Escúchame, Abel: ¿contestaron de la Administración de Huelva, o hubo necesidad de conminarles con multa?

DON ABEL. No, no; contestaron.

DON JESÚS. ¿En la forma que yo indicaba?

DON ABEL. Sí, señor.

DON JESÚS. ¡Claro! ¡Si aquello era de sentido

común! *Acercándose a la otra mesa.* ¿Qué hay, señor Barbudo?

BARBUDO. ¿Qué ha de haber? ¡Rabiando!

DON JESÚS. ¿Y la señora?

BARBUDO. ¡Calcule usted: rabiando!

DON JESÚS. ¡Vaya por Dios! Tú, amigo Cabra, siempre dando ejemplo de laboriosidad.

CABRA. ¡Pschés!... ¡qué remedio!

DON JESÚS. Ya supe que se murió tu cuñada Pepa.

CABRA. La pobrecita descansó. Lo que no sabes es que toda la familia está conmigo.

DON JESÚS. ¿Sí, eh?

CABRA. Una de esas gangas que a mí me caen... No es que yo me queje, pero hazte cargo: añade cuatro bocas más a las doce que ya tenía, y dime si con cuatro mil reales es posible vivir. ¡Catorce nos sentamos a la mesa!

DON JESÚS. ¿Catorce?

CABRA. ¡Catorce! Nos levantamos en seguida, ¿eh? pero nos sentamos catorce.

DON JESÚS. ¿Tu hijo mayor te ayuda?

CABRA. Me entrega lo que gana el pobrecillo: una miseria que le dan en ferrocarriles. El segundo quiere ser actor: me trae frito.

DON JESÚS. ¿Y Leopoldín?

CABRA. A ése lo tengo en una imprenta, y a Salvador en un comercio. Me los exprimen como limones y les dan dos reales los sábados, pero siquiera aprenden a trabajar.

DON JESÚS. ¿Y Asunción?

CABRA. Asunción se casa en febrero.

DON JESÚS. Que sea enhorabuena. ¿Con quién?

CABRA. Con un sacristán. Lo primero que ha salido; no íbamos a escoger... Parece buen muchacho; la quiere...

DON JESÚS. Bueno, hombre, bueno... Está bien, está bien... Voy a saludar a los de aquí junto.

MANOLO. Vaya usted con Dios, don Jesús.

Vuelve Toledo.

TOLEDO. Don Jesús, vaya usted con Dios. Siempre ha habido pobres y ricos.

DON JESÚS. Adiós, buena pieza... Si como eres listo quisieras trabajar...

TOLEDO. Es que si quisiera trabajar ya no sería listo.

DON JESÚS. ¡Je! Quedaos con Dios. Hasta otro diíta.

DON ABEL. Adiós, don Jesús.

URRUTIA. Va... vaya usted con Dios.

TOLEDO. Déjese usted ver de cuando en cuando.

MANOLO. No me eche usted en olvido, don Jesús.

DON JESÚS. Quedaos con Dios, quedaos con Dios... *Se va por la puertecilla de escape.*

TOLEDO. Pues, señor, ¡vaya un día! Después de la buena vista de mi peinadora, se me ocurre entrar en el negociado de Bermúdez, estaban tallando al monte y he ganado cuarenta céntimos.

MANOLO. Eres el niño de la suerte.

Vuelve don Mauricio con unos papeles en la mano.

DON MAURICIO. Hoy viene el jefe con los pantaloncitos de montar. *A don Abel.* Chico, a Marchena lo ha puesto verde.

DON ABEL. ¿Sí, eh? Pues quiera Dios que no me llame a mí, porque traigo los nervios de punta.

DON MAURICIO. Urrutia, ¿qué hace usted?

URRUTIA. *Asomando la cabeza por encima de la tapa del pupitre.* Pi... pi... pitillos.

DON MAURICIO. No es ocasión de hacer pitillos. ¿Enmendó usted aquel oficio?

URRUTIA. Sí, señor; tome usted.

DON MAURICIO. *Indignado al ver lo tosco y sucio de la raspadura.* ¡Hombre, por Dios! ¿Usted cree que esto se le puede presentar al jefe? ¡Ni que raspase usted con un cuchillo de cocina! Cabra, copie usted esto en limpio.

CABRA. En seguida.

URRUTIA. Pue... puedo copiarlo yo, don Mauricio.

DON MAURICIO. No hace falta. Usted sume estas cantidades y ponga en un papel aparte el total que arrojen. Manolo, déme usted mis cuartillas, que el jefe las quiere leer. Probablemente

no servirá una letra; pero quien manda, manda. ¡Ah! y todos en su sitio, que me temo que le dé hoy la ventolera de visitar los negociados. *Se va de estampía.*

TOLEDO. ¡Cómo me molestan las lumbreras de la Administración!

URRUTIA. Y... y a este cura.

DON ABEL. A mí me molestan la Administración y las lumbreras.

BARBUDO. Milagro será que no nos haga venir esta noche.

MANOLO. Sí; porque empieza a torcerse el día.

TOLEDO. Lo que será milagro es que nos escapemos sin aquello de... *Imitando a don Mauricio, pasea y dicta en tono campanudo.* Manolo, coja usted cuartillas y escriba. *Los demás se ríen.* Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, coma...

Aumentan las risas.

DON ABEL. Señores, señores, que no está ni medio regular burlarse así de nuestro jefe... a espaldas suyas.

URRUTIA. Y... y ¿cómo vamos a burlarnos cuando esté delante, don Abel?

TOLEDO. ¡Claro!

CABRA. ¿Tiene usted papel de membrete, Urrutia?

URRUTIA. Ten... tengo un pliego; pero está manchado de queso.

MANOLO. Yo tengo limpio. Tome usted.

Sale con un servicio el Mozo de café por la puertecilla de escape, y lo deja sobre la mesa de Manolo.

MOZO. Buenos días.

TOLEDO. Hola, Sebastián.

MANOLO. ¿A quién le toca hoy?

MOZO. Al señor Urrutia.

URRUTIA. Pues apún... púntalo.

MOZO. Está bien. Hasta luego. *Se va por la mampara.*

Suena el timbre correspondiente a la mesa de don Abel.

DON ABEL. ¡Hombre, qué gracia! ¿Qué tripa se le habrá roto a ese don Finchado, que tenga yo que componer? *Se levanta de mala gana.* Vamos a ver a su excelencia. ¡Como si nosotros tuviéramos la culpa de que él se haya casado con una señora que lo trae de cabeza! *Vase.*

MANOLO. Caballeros, ¿ustedes han visto cómo está cambiando este don Abel?

BARBUDO. De eso justamente iba a hablar yo. Hace una temporada que es otro hombre. ¿Qué diablos le pasa?

URRUTIA. A... anoche, serían las doce y media, lo vi yo por la calle del Colmillo discutiendo solo.

TOLEDO. Pues el domingo por la tarde—miento, el lunes—estaba en un cafetín de la calle de Toledo con tres o cuatro tipos que si no eran cómicos andaban muy cerca.

MANOLO. ¿Cómicos?

TOLEDO. Así parecían. ¡Vaya usted a saber en qué andará metido!

Se presenta de nuevo Lucas.

LUCAS. ¿El señor Secano?

CABRA. Está con el jefe.

TOLEDO. ¿Quién lo busca?

LUCAS. La doncella que tiene ahora: esa que vino el otro día.

TOLEDO. ¡Ah! ¡Esa tan guapa!

MANOLO. ¡Que pase!

TOLEDO. Hombre, sí; dígale usted que pase; que don Abel ha de tardar un rato.

LUCAS. Perfectamente. *Se va.*

CABRA. ¿No se incomodará, señores?

TOLEDO. ¿Por qué?

MANOLO. La chica es preciosa.

URRUTIA. Y... y muy distinguidita, ¿verdad?

TOLEDO. Eso es lo mejor: sus pretensiones de persona fina.

MANOLO. Digo yo: ¿si todo lo que tendrá don Abel será que ha perdido el seso por la doncellita?

TOLEDO. No: me parece que no.

Lucas abre la mampara y deja pasar a Fidela.

LUCAS. Aquí. Pase usted.

Aparece Fidela, en actitud entre resuelta y comedida, que ella cree de suprema distinción. Es una muchacha de pueblo, que por azares de su vida se encuentra en Madrid, dedicada al servicio doméstico. Viste con arreglo a su posición actual, pero con ciertos detalles que quieren ser de señorío.

FIDELA. Con permiso. Muy buenos días. ¡Ay, todos son hombres!

MANOLO. Buenos días.

URRUTIA. Bue... buenos días.

FIDELA. ¿Cómo están ustedes? ¿Están ustedes buenos?

MANOLO. Bien, ¿y usted?

FIDELA. Yo, bien; muchas gracias. ¿Sus familias de ustedes están bien?

TOLEDO. Bien; muchas gracias.

URRUTIA. ¿Y... y la de usted?

FIDELA. Una servidora no tiene familia; pero muchas gracias.

TOLEDO. Siéntese usted aquí. *Le ofrece una silla junto a la estufa.*

FIDELA. Ahí, no; muchas gracias. Con permiso de usted, me arrebata demasiado el calor.

TOLEDO. *Trasladando la silla junto a la mesa de Secano.* Pues aquí, entonces.

FIDELA. Ahí, tendré muchísimo gusto. Muchas gracias. *Se sienta.*

TOLEDO. ¿Hace frío en la calle?

FIDELA. Sí, señor; muchas gracias.

Pausa. Todos la miran y ella alardea de que no siente turbación.

TOLEDO. En seguida vendrá don Abel. Lo ha llamado el jefe a su despacho.

FIDELA. Una servidora no tiene prisa mayormente. ¡Ay, mayormente!... Esto no lo dicen más que las personas de cierta clase. Todo se pega menos lo bonito.

Manolo ha repartido el cafe en tres vasos. Le lleva uno a Urrutia, el se queda con otro, y el otro lo deja en el pupitre de Toledo.

TOLEDO. Puede usted expresarse con libertad. Aquí no nos asustamos de nada.

MANOLO. Y que, diga usted lo que diga, sus modales y sus palabras dicen bien claro que no es usted lo que parece.

FIDELA. ¡Ay, no, señor; no soy lo que parezco!

URRUTIA. Ya... ya se ve que es usted una persona muy distinguida.

FIDELA. Muy distinguida, sí, señor. ¿Para qué voy yo a negar lo que salta a la vista? *Suspirando.* ¡Ay!... Los azares del mundo me han hecho descender unos cuantos peldaños en la sociedad... Por eso digo que no tengo familia; pero la tengo... y muy honrada... Si yo les declarase a ustedes el nombre de mi señor padre, tal vez se asustarían.

URRUTIA. ¿Ra... Ravachol?

FIDELA. Dispénseme usted que lo oculte.

TOLEDO. ¡Sí, señora! ¡Pues no faltaba más! *Bajo a Manolo, al ir por su vaso.* (¡Es una doncella de abrigo!) ¿Quiere usted un sorbo de café?

FIDELA. ¡Ay, muchas gracias!

TOLEDO. ¿De veras?

FIDELA. Muchas gracias.

URRUTIA. ¿La... la irrita a usted?

TOLEDO. ¿Es que no la gusta?

FIDELA. Sí, señor; sí que me gusta. He tomado mucho café en este mundo. Pero de otro modo.

URRUTIA. ¿En... en grano?

TOLEDO. ¿Quieres callarte, estúpido?

FIDELA. Ese caballero se burla. No hay como bajar unos peldaños en la sociedad para ser la diversión de la gente.

URRUTIA. No... no me burlo. Ha sido una broma, señorita.

FIDELA. Señorita, bien dicho está: señorita. Empleada hoy día por mi desgracia en bajos menesteres, pero muy señorita. ¡Ay, si mi familia ganara un pleito que tiene en Portugal sobre unos títulos de nobleza! No lo ganará, porque cuando viene la mala todos son reveses. Pero sin *arremontarme* tanto: si usted supiera quién fué el padrino de boda de mi hermano el fraile... *Risas.* De mi hermano el fraile, no es equivocación. Casó muy bien, enviudó el pobrecito, y de pena se metió en un convento.

URRUTIA. Co... como don Álvaro.

TOLEDO. Hombre, don Álvaro no enviudó.

MANOLO. ¡Ni se casó siquiera!

URRUTIA. Pe... pero se encerró en un convento, que es lo que yo digo.

FIDELA. ¡Ay!

MANOLO. Y ¿está usted a gusto en casa de don Abel?

FIDELA. Contenta estoy, porque todos allí son muy cariñosos conmigo; pero derramo lágrimas interiores, porque quien ha sido y no es... usted calcule. Con todo, bendigo a Dios que me los puso en mi camino por una dichosa casualidad.

TOLEDO. ¿Luego usted no tenía relaciones anteriores con ellos?

FIDELA. No, señor. Yo, hace ya algunos meses, venía en el tren sola con mis penas, huyendo de una ciudad de cuyo nombre no quiero acordarme, como dicen en el *Don Quijote*—ya ven ustedes cómo tengo mi poquito de ilustración—. Y, lo que pasa en las *línias* férreas, en la segunda estación del *trayeto* se subió en mi coche una señora. Yo no podía contener los sollozos, y la señora, a poco de oírme, se interesó por mí y me preguntó lo que me pasaba. Le *riferí* mi historia y me tuvo mucha piedad. ¡Mi historia es muy triste, señores míos, muy triste! Si supieran ustedes quién fué mi padrino de confirmación, comprenderían lo bajo que ha caído esta desgraciada. La señora aquella era la hermana política de don Abel—cuñada, que se dice ordinariamente—, y como

se enteró de mis intenciones y la conmoví tanto con mis lágrimas, me ofreció su casa desde luego y me llevó a ella, porque vió el peligro que en un Madrid corría una joven tan decentita como yo y tan bien dotada por la naturaleza, aunque esté mal que yo lo diga.

BARBUDO. *Dando un puñetazo en la mesa.* (¡Ya me ha equivocado tres veces!)

FIDELA. En fin, señores míos, qué cosa no será mi historia, cuando un señor de tanto talento como el señor Secano, ha compuesto un drama con ella.

El empleado que menos abre un palmo de boca al escuchar tal revelación.

TOLEDO. ¿Eh?

MANOLO. ¿Cómo?

URRUTIA. ¿Un... un drama?

FIDELA. Un drama, sí. Pero ¿ustedes no lo sabían?

TOLEDO. ¡Ya lo creo! ¡Si nos lo ha leído! *Les guiña a los demás.* Se titula...

FIDELA. *La paloma herida.*

TOLEDO. *La paloma herida;* eso es. Lo que no sabíamos nosotros era que usted fuese la heroína de ese drama.

FIDELA. La heroína, justo: la heroína. Sí, señor; pues yo soy.

TOLEDO. ¡Vaya por Dios! ¿Tan desgraciada es usted como aquella... no recuerdo el nombre... como aquella...?

FIDELA. Alfonsa.

TOLEDO. Alfonsa: cabalmente.

FIDELA. No ha querido ponerle Fidela, que es mi gracia, por no echar un borrón sobre mi familia. En el primer *ato* y en el segundo *ato*, pasa todo de la misma manera que me ha pasado a mí. En el tercer *ato* ya varía un poquito.

MANOLO. ¿Y eso?

FIDELA. Pues usted imagine: varía en que Alfonsa muere del pecho... y yo... en buena hora lo diga... me parece que... Don Abel no quería matarme; pero dice que luego los críticos, si no muere alguien en la obra, salen con que no es drama...

TOLEDO. Ya.

FIDELA. Y él quería que lo fuese.

URRUTIA. Y... y lo probable es que lo sea.

MANOLO. Sobre todo, si llega a representarse.

FIDELA. En eso anda. Aquí le traigo yo una gran noticia: una carta de un señor que tiene mucha mano con los cómicos, que lo cita mañana en su casa para que le lea el drama a un primer *ator*, a ver si lo quiere echar en su teatro. Yo me alegraré mucho de que lo eche.

TOLEDO. ¡Ah! pues lo echará, lo echará... ¡En cuanto que lo oiga!

MANOLO. Si no echa el drama, echa a don Abel...

FIDELA. ¿Cómo?

TOLEDO. *Por don Abel, que vuelve.* Aquí está nuestro hombre.

Llega, en efecto, don Abel.

DON ABEL. Hola, Fidelita. A ver, qué carta es ésa...

FIDELA. Tome, señor. La que usted esperaba.

DON ABEL. ¿Sí? *Loco de júbilo lee la carta repetidas veces.*

FIDELA. La señorita Irene se atrevió a abrirla, porque conoció la letra del sobre, y nos la leyó a todos. Figúrese usted qué alegría. Por eso me mandó al instante con ella.

DON ABEL. Ya, ya. ¿Y el chico?

FIDELA. Mejor está. La fiebre ha *rimitido.*

DON ABEL. Pues vete allá y diles que me quedo saltando de gozo, y que hoy me marcharé más temprano.

FIDELA. Bueno, señor.

DON ABEL. ¡Ah! mira. Ten ahí. *Dándole dinero.* Compra unos pasteles.

FIDELA. ¿De *clema?*

DON ABEL. De todos.

FIDELA. Hasta luego, señor.

DON ABEL. Adiós, Fidela. *Relee la carta radiante de alegría.*

FIDELA. *A los empleados.* ¿Mandan ustedes algo a una servidora?

TOLEDO. Gracias.

MANOLO. Muchas gracias.

FIDELA. Pues con su permiso... Yo he tenido

mucho gusto en conocerlos... *Se encamina hacia la puerta de la izquierda.*

TOLEDO. Por ahí no...

FIDELA. ¡Ay, me había confundido! Es la primera vez que entro en este local... A cualquiera le pasa... No es por falta de trato... Servidora de ustedes... *Encamínase a la ventana.*

TOLEDO. Por ahí tampoco: ésa es la ventana.

FIDELA. Ya, ya lo veo. Es que iba a mirar si llovía... No es por falta de trato...

URRUTIA. *Abriéndole la mampara.* Pa... pase usted.

FIDELA. Muchas gracias. Servidora de ustedes... *Saludando a don Mauricio, que llega a tiempo y la deja pasar.* Beso a usted la mano.

DON MAURICIO. Adiós.

DON ABEL. *Frotándose las manos gozoso.* ¡Bien, hombre, bien! ¡Perfectamente bien!

TOLEDO. ¡Vaya una doncellita que gasta usted para andar por casa!

DON ABEL. Guapa chica es, en efecto.

DON MAURICIO. ¿Es ésta quizás aquella de que tú me hablaste?

DON ABEL. La misma.

DON MAURICIO. Sí que tiene buen ver.

DON ABEL. Lo que siento es que un pobre

oficial primero como yo, cargado de familia, no puede sostener doncellas de tal fuste.

BARBUDO. *Acercándose a don Mauricio.* Don Mauricio, ¿me permite usted que me llegue un momento al teatro?

DON MAURICIO. Sí, hombre, sí.

BARBUDO. Muchas gracias.

TOLEDO. ¿Va usted a seguir a la doncellita, eh?

BARBUDO. Ni más ni menos. Muérase usted de envidia. *Se pone el sombrero y la capa, y se va en medio de las risas de todos.*

Don Abel no se puede estar quieto. La satisfacción no lo deja. Así, pues, mientras trabajan los demás, el pasea hablando de lo suyo.

DON ABEL. Fidelita, Fidelita... Ha impresionado Fidelita... Ustedes, los jóvenes, claro es, se fijan más en el rostro hechicero, en los labios de grana, en el seno turgente... ¿eh? Pero créanme a mí: Fidela, con ser tan hermosa, es mujer, más que para vista por fuera, para vista por dentro.

TOLEDO. Eso no lo niego yo, don Abel.

DON ABEL. Sin mostaza. Su historia, que ya les he contado a ustedes a grandes rasgos, es interesantísima de veras.

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

DON MAURICIO. ¿Nos la vas a contar otra vez?

DON ABEL. *Sin atenderlo.* Es la historia hermosamente vulgar y sencilla de la mujer que cae por amor. *En sus ojos reluce la llamarada si-*

niestra que se ha mencionado al principio. Un hombre le miente al oído palabras engañosas: el niño ciego acecha entre flores: no pidamos a la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.

DON MAURICIO. Pero, Abel, ¿qué dices?

TOLEDO. *A Manolo.* Me da el corazón que está *probando* una escenita.

DON ABEL. Y yo pregunto... *Don Mauricio lo mira asombrado por cima de los lentes.* Y pregunto yo: ¿qué sociedad es ésta que tiene vítores y aplausos para el ladrón de honras, ¿eh? y no más que desdén y lodo para la víctima? ¿eh? ¿eh?

MANOLO. Eso se pone en un drama y lo aplauden.

DON ABEL. ¿Lo aplauden, verdad? ¿Qué mundo es éste en que vivimos, tan mezquino, tan miserable, tan pequeño...?

DON MAURICIO. *Interrumpiendolo en el mismo tono, al oír el timbre correspondiente a la mesa de don Abel.* ¿En que a lo mejor te llama el jefe y tienes que ir a su despacho?

Risas aduladoras de los subordinados.

DON ABEL. *Un poco corrido.* Pero ¿es a mí?

Vuelve a sonar el timbre.

DON MAURICIO. A ti; no lo dudes. Ya lo estás oyendo.

DON ABEL. *Contrariado.* Nuestro dignísimo superior jerárquico, sobre ser imbécil, es inoportuno.

DON MAURICIO. Paso, paso, querido Abel: sabes que no me gusta que se trate así a quien debe merecer nuestro respeto.

DON ABEL. Pues son dos trabajos, si bien lo miras: es el uno, que no te guste, y es el otro, que tienes que aguantarte. *Al timbre, que vuelve a sonar.* ¡Voy, hombre, voy! *Yéndose.* ¡Qué fastidio!

DON MAURICIO. Señores, necesito verlo para creerlo. Este Secano era trabajador, incansable, obediente, respetuoso; y de algún tiempo acá, yo no sé qué mala yerba habrá pisado, que se nos ha vuelto del revés: gandul, charlatán, alborotador, levantisco... Por las barbas de mi abuelo, que no sé, no sé...

TOLEDO. *Con júbilo.* ¡Nosotros, sí!

DON MAURICIO. ¿Cómo?

MANOLO. *Lo mismo.* ¡Hace diez minutos hemos descubierto la clave!

DON MAURICIO. ¿De veras? Pues ¿qué hay?

TOLEDO. Hay, que don Abel ha escrito un drama con el argumento de la chica; es decir, que de la historia de Fidela ha sacado el argumento para un drama, y ese drama es el que le ha hecho perder la chaveta.

DON MAURICIO. ¿Qué me cuenta usted?

TOLEDO. ¡Lo que nos ha contado la muchacha!

DON MAURICIO. Pero ¡si hace falta estar loco!

MANOLO. ¡Pues lo estará!

DON MAURICIO. ¡Cristo, qué desgracia!

CABRA. Tremenda, don Mauricio; tremenda... Y cuenta que una cosa así le sucedió a mi hermano Baldomero, que en paz descanse.

DON MAURICIO. ¡Pobre Abel! ¡Pobre amigo mío! *Manolo y Toledo se ríen.* No, no; no es caso de risa.

TOLEDO. Pues ¿de qué ha de ser, don Mauricio?

DON MAURICIO. De lástima; créanme ustedes. Conozco ejemplos estupendos. El *bacillus* del autor es más temible que el del cólera morbo. El hombre que escribe un drama sin deber escribirlo, ya no tiene una hora feliz. Y siéntense ustedes, no venga y nos coja murmurando de él. *Reparando en el pupitre de Urrutia, que tiene la tapa levantada y a Urrutia detrás.* Urrutia, ¿usted qué hace?

URRUTIA. *Asomando la cabeza como la otra vez.* Li... limándome una uña.

DON MAURICIO. Pues esa operación la deja usted para su casa. ¿Sumó usted las cantidades que le di?

URRUTIA. *Yendo con los papeles a la mesa del jefe.* Sí... sí, señor; aquí está el resultado.

DON MAURICIO. ¿Qué saca usted?

URRUTIA. Vein... veintisiete mil quinientas cuarenta y cinco pesetas... con quin... con quin... con quince céntimos.

DON MAURICIO. ¿Ve usted, hombre? ¡Luego dice usted que le tengo ojeriza! ¿Cómo han de

dar estas cifras un total de veintisiete mil pesetas, si una sola de las partidas es de cuarenta mil?

URRUTIA. Me... me... me habré equivocado.

DON MAURICIO. *Mirándolo con indignación.* ¡Naturalmente! Cabra.

CABRA. Señor.

DON MAURICIO. Haga el favor de sumar esto.

CABRA. En seguida.

Suenan sucesivamente y a diversas distancias varios timbres. Uno de ellos es el correspondiente a don Mauricio.

DON MAURICIO. *Levantándose.* ¡Bueno va! Tenemos reunión magna. *A don Abel, que llega cuando el va a marcharse.* ¿Qué sucede, chico?

DON ABEL. Nada, hombre, nada: que las contrariedades domésticas de ese don Botijo las hemos de pagar aquí.

DON MAURICIO. Mira, Abel, no olvides lo que te dije antes.

DON ABEL. ¡Pues no olvides tú tampoco lo que te repliqué!

Se va don Mauricio.

DON ABEL. *Barajando en la mesa papeles y libros y tomando notas en una cuartilla.* ¡Ganas de pedir datos ridículos para darse tono!... ¡Mentecato!... *Suena el timbre correspondiente a el.* Aguarda un poco, vida mía. ¿En dónde tendré yo esos papeles? *Vuelve a sonar el timbre.* Aguarda un poco, digo, hijo del alma; que es más fá-

cil dar con el dedo en el botón, que dar con estas sandeces que tú quieres. *Tararea cualquier musiquilla.* ¡Jesús, qué carambal *Suena el timbre de nuevo.* ¿Otra vez? ¡Mira no me cruce de brazos si hurgas mucho!

CABRA. *Inquieto.* ¡Que se juega usted el destino, don Abel!

DON ABEL. ¡Y me lo juego a usted al mus, mi querido amigo! *Risas.* ¡Pues, hombre! ¡A fe que estoy yo para templar gaitas!

Llega don Mauricio y se encara seriamente con su amigo.

DON MAURICIO. Abel, ¿qué es esto? ¿No has oído el timbre del jefe?

DON ABEL. Sí.

DON MAURICIO. Y ¿por qué no has ido inmediatamente al despacho?

DON ABEL. Porque... tengo reuma en los tobillos; ¿te enteras?

DON MAURICIO. Para tener ese reuma es preciso ser accionista del Banco; ¿te enteras tú? Y por la amistad particular que nos prefesamos, y por la subordinación que como inferior jerárquico me debes, te suplico que mientras sirvas a mis órdenes no des espectáculos como este que acabas de dar. Conque vé al despacho del jefe en seguida, y tengamos en paz la fiesta. Si no basta el ruego del amigo, valga el mandato del superior.

DON ABEL. *Un tanto amostazado y nervioso.* Mira, mira, Mauricio; no quiero contestarte.

DON MAURICIO. Mejor es.

DON ABEL. Para ti, por lo menos.

DON MAURICIO. Y para ti.

DON ABEL. Bien está.

DON MAURICIO. Pues bien está. Y silencio, ¿eh?

DON ABEL. *Con desden soberano.* ¡Eres un legajo que habla! *Se va de mal temple.*

DON MAURICIO. *Paseándose preocupado.* ¡Inaudito! ¡inaudito! Y lo pongo a raya: esto no; esto no. Ni amigo, ni hermano; esto no. Si se ha vuelto loco, que lo encierren. Ante todo, subordinación y respeto.

CABRA. *Que hasta ahora no ha podido respirar.* Amigo Urrutia.

URRUTIA. Man... mande usted.

CABRA. ¿Qué total era el que usted sacaba?

URRUTIA. Vein... veintisiete mil quinientas cuarenta y cinco pesetas, con quin... con quin... con quince céntimos. ¿Y usted, qué saca?

CABRA. Catorce millones, trescientas veintidós mil novecientas ocho pesetas, con quince céntimos.

URRUTIA. Es... estaban bien los céntimos.

DON MAURICIO. *Prestando atención hacia el foro.* ¿A ver?... ¿Oyen ustedes?

TOLEDO. ¿Qué pasa?

Óyese lejos un violento altercado entre el jefe superior y don Abel. Todos escuchan.

DON MAURICIO. Ya se armó: la que yo me temía.

MANOLO. Pero ¡si don Abel está desatado!...

DON MAURICIO. Callar.

Siguen escuchando. La tormenta arrecia allá dentro.

TOLEDO. ¡Buena banderilla!

DON MAURICIO. ¡Qué bruto!

MANOLO. Va a costarle el destino.

URRUTIA. ¡De... demonio de hombre!

CABRA. ¡Ay, ay, ay!... ¡Pobre familia! ¡Pobre don Abel!

Llega Barbudo en plena algarabía.

BARBUDO. ¡Parece que hay bronca en el ocho!

DON MAURICIO. Pero ¿han visto ustedes qué insensatez? ¡Estoy horrorizado! ¡Estoy perplejo! ¡Ese pobre diablo ha perdido el sentido común!

MANOLO. Aquí viene, aquí viene...

DON MAURICIO. Pues ahora me va a escuchar a mí. Señores, cada cual a su puesto.

Obedecen todos, en expectativa de una escena sabrosa. Don Mauricio también se va a su sitio.

Vuelve don Abel. Viene el hombre fuera de sí: lívido, descompuesto, temblón, el cabello en desorden, los ojos chispeantes.

DON ABEL. ¡Pues, hombre!... ¡pues, vaya!... ¿Es que somos una piara de borregos? *Como si tuviera delante al jefe.* ¿Qué se ha figurado usted, señor vacío? ¿Eh? ¡Lo que le he dicho a usted en su despacho se lo repito con ilustraciones en la Puerta del Sol! *Buscando en sus interrogaciones el*

asentimiento de los compañeros. ¿Eh? ¿eh? ¡Es usted una calabaza con gaban de pieles! ¿Eh?

DON MAURICIO. *Levantándose.* ¡Abel: no puedo consentir que sigas por ese derrotero!

DON ABEL. ¡Pues vete, si no quieres oírme! ¡Yo tengo la lengua para hablar, y nada más que para hablar! ¡No es mi camino el de la adulación servil y baja, que dijo Cervantes! ¿Eh? ¿eh? ¿eh?

DON MAURICIO. ¡Daré parte al director general y al ministro!

DON ABEL. ¡Yo me salto al uno y al otro! *Encarándose con la ventana.* ¡Sí, señor ministro! ¡me lo salto a usted, que todo lo que ha hecho en esta oficina es quitarnos al empleado más útil, para traernos a un sobrinito imbécil, que discurre menos que un raspador! ¿Eh? ¡Ministros a mí!... ¡Si nadie ignora que entró vuecencia en el ministerio con un trapo atrás y otro delante, y ya tiene dos fincas en El Escorial y una casa de vacas en los Cuatro Caminos! ¿Eh? ¿eh? ¿Me muerdo yo la lengua? ¿Eh?

DON MAURICIO. *En tono duro, tratando de imponerse.* ¡Basta ya! ¡No quieras que apele a la violencia ¡Basta ya!

DON ABEL. ¡Basta, sí, basta, porque yo me voy a la calle!

DON MAURICIO. ¡Si te autorizo para ello!

DON ABEL. ¿Si me autorizas tú?... ¡Hombre, no suelto una carcajada volteriana, porque no sabes quién fué Voltaire! *Murmurando palabras*

incoherentes, saca del cajón de su mesa el cuaderno del drama, y luego coge su sombrero y su capa dispuesto a marcharse. ¡Pues tendría salero!... ¡Qué salidita!... ¡Ministros... jerarquías... autorizaciones... ¡Ja, ja! ¡A mí con ésas!... Sí, sí...

Don Mauricio. *Yéndose a las buenas, compadecido de su amigo.* Abel: no es el jefe, es el amigo quien te suplica que te quedes; que te tranquilices.

Don Abel. Déjame, déjame... ¡Si es que me ahogo! ¡si es que necesito aire puro en donde respirar!...

Cabra. Pero aguarde usted un ratito, y ya más sereno...

Don Abel. ¡Nadie me chiste!

Manolo. ¿No comprende usted que si sale así...?

Don Abel. ¡Nadie me conteste! ¡Hay más horizontes que el de esta mísera covachuela! ¡Hay más luz que la que entra por esa ventana! ¡Adiós, compañeros! ¡Quiero, aunque sea un día, gozar del sol de la libertad! *Blandiendo el drama.* ¡En la mano tengo la llave de mi cárcel! ¡No me compadezcáis, porque no soy digno de vuestra compasión, sino de vuestra envidia! ¡Quédese la compasión para vosotros todos; para usted, desdichado Cabra, que tendrá que seguir por los siglos de los siglos comiendo y almorzando obleas! ¡Esto dice el amigo; esto dice el caballero particular! ¡El empleado grita, para que hasta los

sordos lo oigan, que se salta al jefe del negociado, y al de la sección, y al director general, y al ministro del ramo, y al presidente del Consejo, y a la Constitución vigente! ¡Abur!

Vase descompuesto en medio del asombro general.

Hay unos momentos de estupor. Los empleados se miran en silencio como ante una cosa nunca vista. Luego rompen a comentar el lance y acaban por charlar todos a la vez.

MANOLO. ¡Qué atrocidad!

CABRA. ¡Pobre don Abel! ¡Cesantía segura!

URRUTIA. Pe... pero ¿han visto ustedes?

TOLEDO. ¡Está más loco que un cencerro!

URRUTIA. ¡A... a mí me da pena, la verdad!

CABRA. ¡Es otro, es otro!

BARBUDO. ¡Y tiene más razón que un santo; esto es aparte!

DON MAURICIO. *Dando en su mesa un formidable puñetazo, para imponer su autoridad.* ¡Silencio! *Todos lo miran.* ¡Silencio he dicho! Esto se acabó. *Con dignidad y energía.* No piensen ustedes que vamos ahora a hacer comidilla de la desgracia de nuestro compañero, que como desgracia la juzgo. El señor Secano ha sido hasta hoy un funcionario idóneo, un amigo leal, un compañero intachable. Censuremos en nuestra conciencia sus flaquezas, pasajeras sin duda, pero sepamos no imitarlas. ¡A trabajar todos! *Ante algún murmullo que no da la cara.* ¡A trabajar he dicho!

Ese es nuestro deber. *Cada cual ocupa su puesto.* Manolo: escriba usted lo que voy a dictarle.

MANOLO. Usted dirá.

DON MAURICIO. Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, coma... de la Armada, coma... de la Agricultura, coma... de la Industria, coma... de... *Dicta, paseándose, con candorosa solemnidad. Los empleados lo miran a hurtadillas. Algunos se ríen disimuladamente. Por la calle, en sentido contrario que antes y tocando lo mismo, pasa el ciego del violín. El telón va cayendo con lentitud.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior del cuarto de doña Antonia Pacheco, antigua actriz, en un teatro de la corte. Al foro, la puerta de entrada. A la derecha del actor, una cortina abierta por medio, que da al cuartito tocador. Decorado sencillo. Sillas y divanes. Una butaca. Una mesita. En las paredes, algunos retratos de autores y actores ilustres, muertos ya. En el techo, un globo de luz. Sobre la puerta, un timbre. Es de noche.

El cuarto está a oscuras y cerrado. De pronto se ilumina, ábrese la puerta y salen Felisa e Irene.

Irene es hija de don Abel: viste con pobreza. Felisa es la doncella de doña Antonia Pacheco, joven y bonita.

FELISA. Pasa, pasa... ¿Ves tú cómo nadie te ha visto? Estás temblando... ¡Pobrecita!

IRENE. Si vieras que me da vergüenza... con estos guiñapos... Y que no quiero que papá se entere...

FELISA. Tu papá estará en el saloncillo, si es que ha venido ya. Mi señora está en escena todavía.

IRENE. Nunca he entrado en el cuarto de una

actriz hasta ahora... *Fijándose en uno de los retratos.* ¿Quién es este señor?

FELISA. Uno que escribía comedias muy bonitas... no recuerdo su nombre. A todos éstos los conoció mi señora.

IRENE. ¡Ay! ¿Saldremos con bien de nuestro empeño, Felisa?

FELISA. ¿Qué duda cabe, tonta? ¿Es posible que sea para mal nuestro encuentro del lunes, después de más de un año de no vernos? Además, mi señora goza haciendo bien.

IRENE. ¡Ay, Felisa! ¡Ojalá me atienda y me ampare! Porque si se nos hunde también esta tabla, yo no sé qué va a ser de nosotros.

FELISA. ¡Pobrecita! *A un movimiento de Irene.* Calla. *Se asoma a la puerta.* ¡Dios mío!

IRENE. ¿Qué? ¿Viene alguien?

FELISA. Sí.

IRENE. ¿Quién?

FELISA. Tu papá.

IRENE. ¡Mi papá! ¡El Señor nos valga!

FELISA. No te apures. Escóndete aquí. *Entreabre la cortina del tocador.*

IRENE. *Obedeciendola.* ¿Ves qué mala suerte?

FELISA. No te apures, mujer. Está tranquila. Yo te avisaré cuándo has de salir.

Presentase don Abel con las huellas de su padecer en el rostro y de su penuria en las ropas.

DON ABEL. Felisa, Dios te guarde.

FELISA. Don Abel, buenas noches.

DON ABEL. *Sentándose con abatimiento y soltando un profundo suspiro, que es el primero de una serie.* ¡Ay! ¿Tu señora está en escena aún?

FELISA. Sí, señor. Y todavía tarda.

DON ABEL. Me parecen siglos los momentos. Tú sabes que esta noche va a hacerme la merced de escuchar mi obra.

FELISA. Sí, señor; ayer me enteré. Como sólo trabaja en los dos primeros actos de esta comedin, y quedan otros dos, tiene tiempo.

DON ABEL. ¡Ay!

FELISA. Y a propósito, señor don Abel: si usted me diera su permiso, yo me quedaría a la lectura.

DON ABEL. Desde ahora lo tienes. Más entiendes tú que algunos zopencos.

FELISA. Gracias: es favor.

DON ABEL. ¡Ay!

FELISA. Pero ¿a qué vienen esos suspiros? ¿Por qué está usted triste esta noche?

DON ABEL. Hija de mi alma, ¿cómo he de estar, si llevo ya cuarenta y dos lecturas en año y medio? Me falta la fe, me falta el entusiasmo... y aun temo que me falte la campanilla. Permíteme este rasgo de humorismo: también cantan los pájaros en el sauce.

FELISA. ¡Pobrecito don Abel! En cualquier tontería que dice se echa de ver el talento que tiene.

DON ABEL. ¡Ay!

FELISA. Váyase usted al saloncillo, que estará más animado que esto.

DON ABEL. *Levantándose maquinalmente.* Me iré... me iré al saloncillo... Como me iría a la casa de fieras, si me enviases... Bien es verdad que tanto monta. Adiós, Felisa.

FELISA. Vaya usted con Dios, don Abel.

DON ABEL. *Marchándose.* ¡Ay!

FELISA. ¡Pobrecito! ¡Qué acabadito y qué derrotadito está! *Acércase a la cortina del tocador y habla con Irene.* Irenita, pasó el peligro. Ya se fué. Pero bueno es que te quedes ahí, para que no te vea nadie hasta que mi señora llegue y yo la prevenga. *Asómase a la puerta del cuarto y luego vuelve al tocador.* Me parece que ha acabado ya el acto primero. Hay tiempo de todo, porque en el segundo sólo toma parte en una escenita. *Va otra vez a la puerta.* Ya viene, ya viene.

Llega doña Antonia del escenario. Viste un traje de época.

DOÑA ANTONIA. ¡Jesús, lo que me fatiga esta pícara obra! Gracias a Dios que acabo pronto. *Sientase en la butaca.*

FELISA. ¿Hay gente?

DOÑA ANTONIA. ¿Quién ha de haber? ¡Nadie! La familia del autor en un palco, y el autor entre cortinas mordiéndose el bigote.

FELISA. Pues ya ve usted que los críticos dijeron que esto era un asombro, y una maravilla, y qué sé yo qué...

DOÑA ANTONIA. Pues ningún crítico de ésos ha vuelto otra noche. De modo que o tienen mucho que hacer o no les gusta tanto como dijeron. *Pausa. Felisa mira hacia el tocador y luego va a la puerta del cuarto y la cierra.* ¿Qué haces, chica?

FELISA. Perdone usted, pero ahora...

DOÑA ANTONIA. ¿Qué pasa?

FELISA. Esta noche es noche de audiencia. ¡Tiene usted tan buen corazón!

DOÑA ANTONIA. ¡Ay, Dios mío! Siempre serán tus cosas. ¿Quieres decirme...?

FELISA. *Entreabriendo de nuevo la cortina del tocador.* Sal, Irenita, sal.

DOÑA ANTONIA. Pero ¿quién está ahí?

Sale Irene cohibida y emocionada.

IRENE. Buenas noches.

DOÑA ANTONIA. *Levantándose.* Buenas noches.

FELISA. Esta señorita es hija de don Abel Secano.

DOÑA ANTONIA. ¡Ah! Celebro mucho...

IRENE. Servidora.

DOÑA ANTONIA. Sí se le parece.

IRENE. Usted dispensará mi atrevimiento al presentarme sin mi papá.

DOÑA ANTONIA. Atrevimiento no hay ninguno. Siéntese. Venga aquí.

IRENE. *Obedeciendo.* Con licencia.

FELISA. Si no es por mí no viene, le advierto a usted. Le daba vergüenza; le daba miedo.

Doña Antonia. ¿Miedo? ¿Es que se asusta usted de las viejas?

Irene. *Sonriendo.* No, señora. Temía lo que pudiera usted pensar de mí.

Doña Antonia. Seguramente nada desfavorable.

Felisa. Verá usted, doña Antonia; porque si no, todos van a ser cumplimientos... Es el caso que Irenita y yo fuimos compañeras en el taller de una modista de sombreros... «Madame Lulú»: una de Triana. Y hará cosa de cuatro días nos encontramos en la calle. ¡Lo que nos alegramos las dos! Irenita me contó sus penitas, yo le conté las mías—que algunas tengo—, y lo demás... usted lo comprenderá sin que yo se lo explique.

Irene. Dice bien: usted ya lo habrá comprendido, con sólo ver cómo me presento. Vengo a pedir por mi papá. A pedir es poco: a rogar, a implorar, a llorar, si fuese necesario.

Doña Antonia. Conmigo no lo es, no se aflija. Usted quiere hablarme de *La paloma herida,* ¿no es eso?

Irene. Sí, señora.

Doña Antonia. Pierda usted cuidado, que en mi no influye poco ni mucho la desventurada leyenda que ese drama tiene, ni menos aún la condición humilde de su autor. Los viejos somos compasivos. De algo bueno han de servir los años.

IRENE. Dios se lo pagará. Todo el mundo se burla de los autores desconocidos.

DOÑA ANTONIA. Yo, no. En todo caso, de los conocidos. A los otros creo que es un deber escucharlos. ¿Qué sabe nadie lo que hay en un manuscrito que no ha abierto? Algunas veces, entre el trigo asoman dos orejas; pero ¡caramba! también pueden asomar dos amapolas. ¿No es verdad?

IRENE. ¡Qué buena es usted!

FELISA. ¿Lo estás viendo? Tiene mi señora un corazón que es una posada: para todo peregrino hay albergue. Mira: el otro día vino aquí un autor, tan mal de ropa el ángel de mi alma...

DOÑA ANTONIA. Tú, tú: deja las anécdotas sentimentales. Por hablar no sabes lo que dices. *A Irene.* Diga usted, niña: su papá de usted, y perdone la indiscreción, ¿no es más que autor dramático?

IRENE. Ahora, nada más. Antes era empleado; pero hace ya cerca de año y medio que quedó cesante. Cuando escribió el drama, el jefe lo tomó entre ojos.

DOÑA ANTONIA. ¿Por qué?

FELISA. Por envidia, y nada más que por envidia.

DOÑA ANTONIA. Calla. Y ¿son ustedes muchos hermanos?

IRENE. Siete. Sino que desde la cesantía nos quedamos con papá sólo dos, porque así lo ha

querido la necesidad. Los otros cinco, uno aquí, otro allá, están en casa de varios parientes.

DOÑA ANTONIA. ¿Su mamá vive con ustedes, por supuesto?

IRENE. No, señora: mi mamá nos faltó cuando yo tenía nueve años. Y soy la mayor.

DOÑA ANTONIA. Y ¿cómo nació en su papá de usted la idea de escribir ese drama a su edad, y de lanzarse a estas andanzas? ¿O es que su vocación desde joven le empujó a ello?

IRENE. ¡Ca! no, señora. ¡Si todos en casa nos quedamos con la boca abierta! Le sopló la musa de pronto.

DOÑA ANTONIA. ¿Le sopló la musa?...

IRENE. Papá sacó el drama de la historia desgraciada de una tal Fidela; una doncella que tuvimos en casa... cuando podíamos permitirnos esos lujos. Por cierto que luego hemos sabido que se casó con un cacharrero de Pozas, y que son felices. A papá le ha contrariado, porque dice que su heroína no debe acabar de tan prosaica manera; pero no varía el final de su obra, porque también dice que el arte tiene derecho a modificar la realidad.

DOÑA ANTONIA. Indudablemente. Sólo que suele ser la realidad la que lo modifica todo.

IRENE. Esa sí que es una sentencia. Ahí está la triste realidad de mi casa. ¡Qué cambio! ¡qué vueltas! ¡qué carecer aun de lo más preciso! ¡Ay, señora; crea usted que nos van faltando los alien-

tos! Ya no nos queda más tabla a que agarrarnos que *La paloma herida*, ni tenemos otra esperanza que la que usted nos dé. Mi papá espera de su drama tranquilidad, satisfacción, dinero, alegría; yo, tal vez casarme: tengo un novio que me quiere mucho; mi hermano el mayor, librarse de las quintas; mis hermanitos los pequeños, volver a casa... Por eso me he determinado a llegar hasta usted, venciendo mis escrúpulos. De usted depende la salvación de esta familia desgraciada. Usted puede llenar nuestra casa de luz.

Doña Antonia. ¿Qué más quisiera yo, criatura? Yo no puedo hacer más que escuchar la obra, y pedirle a Dios que me guste mucho. Yo no soy aquí más que una actriz vieja; respetada y querida, eso sí, pero a la que no se la atiende... si no le conviene al empresario. De todos modos, haré cuanto esté de mi parte. No lo dude usted.

Irene. *Levantándose.* Pues no molesto más. Señora, le doy a usted infinitas gracias... A mi papá no le diga usted nada de esto. Adiós, señora.

Doña Antonia. Adiós, niña.

Irene. Felisa, ¿quieres acompañarme por los pasillos?

Doña Antonia. Sí, sí; acompáñala hasta la salida.

Irene. Muchas gracias.

Doña Antonia. Adiós.

IRENE. Me voy muy contenta, muy contenta.

Se marchan las dos.

DOÑA ANTONIA. ¡Pobre niña! ¡Qué ilusiones más desatinadas! Esta locura del teatro la debían estudiar los médicos. ¡Una familia que fía su porvenir, su vida, del drama de don Abel Secano, hazmerreír de bastidores!... ¡Jesús, Dios mío! Y dice que le sopló la musa... ¡Pobre señor! ¡Más valía que le hubiera soplado el Guadarrama!

Asómase doña Andrea con Mariquita a la puerta del cuarto.

DOÑA ANDREA. ¿Hay permizo?

DOÑA ANTONIA. ¡Hola! Adelante.

Pasan doña Andrea y Mariquita, madre e hija, andaluzas las dos, y meritoria esta última en el teatro. Viste también un traje de época, en armonía con el de doña Antonia.

DOÑA ANDREA. Nos vamos en zeguía; no molestamos. Venimos na más que a darle a usté las gracias, y a darle a usté las gracias, y a darle a usté las gracias. Da las gracias, niña.

MARIQUITA. Muchísimas grasias.

DOÑA ANDREA. Esta es mu corta y no ze atreve a hablá delante e nadie. Místela ya como una amapola. Y yo le digo que en er teatro la vergüenza no zirve pa na. ¿Ez o no es?

DOÑA ANTONIA. Yo creo que no es.

Doña Andrea. ¡Ay, qué gracioza ha estao! Po zí, po zí; a usté ze lo debemos to. Yevaba la pobrecita mía arrinconá zeis mezes de meritoria. Lo más que hacía era entre bastidores: de mormuyo. Y usté la ha zacao, usté la ha zacao: usté la ha puesto en las candilejas. Dios ze lo pague a usté, doña Antonia. En er teatro, ardabas, y ardabas, y ardabas.

Doña Antonia. No, doña Andrea: en el teatro, como en todas partes, mérito, afición, estudio...

Doña Andrea. ¡Y ardabas, y ardabas!

Doña Antonia. Bueno, y *ardabas,* si usted quiere.

Doña Andrea. ¡Ay, me remea, me remea! ¡Qué gracioza es! Ahora, un papelito, un papelito. Porque lo de esta noche no ha zío na; zacá dos velas, y apagá una. Zoplá, zopla cuarquiera. ¿Ez o no es? Usté, que es tan güena y tiene tanta mano con loz autores, a vé zi le conzigue un papé. Ya zabe usté lo que zon estas cazas: ze está oscurecía hasta que ze agarra un papé. ¡Un papé, un papé, doña Antonia Pacheco; búsquele usté un papé! Esta lo hace to, lo hace to. Le da usté una tonta, y la hace; le da usté una lista, y la hace—*Acercándose mucho a doña Antonia y bajando la voz*—: le da usté una tunanta, y la hace — que no zé dónde lo ha aprendío la chiquiya.

Doña Antonia. Descuide, que no he de abandonarla.

Vuelve Felisa.

DOÑA ANDREA. Ya lo estáz oyendo. ¡Güena madrina te haz echao! No la dejes tú a eya. Pínchale, pínchale; que en er teatro, ardabaz y papeles, y ardabaz y papeles, y ardabaz y papeles. ¿Ez o no es? Y vámonos ya, que no me gusta que incomodes.

DOÑA ANTONIA. La niña no incomoda.

DOÑA ANDREA. Yo zí, ¿verdá? ¡Me la ha zortao! ¡me la ha zortao! ¡Con qué zalero me la ha zortao! ¡Quéeze usté con Dios, zo graciozal Y muchízimas gracias, muchízimas gracias, muchízimas gracias.

MARIQUITA. Muchísimas grasias.

DOÑA ANTONIA. Vayan con Dios. No las merece.

DOÑA ANDREA. *Volviendose desde la puerta.* ¡Doña Antonia Pacheco... que zoy una madre... que zoy una madre... que zoy una madre!

DOÑA ANTONIA. Ya, ya lo sé.

Se retiran la madre y la hija.

FELISA. Pero ¿por fin ha trabajado Mariquita esta noche?

DOÑA ANTONIA. Sí, hija, sí: por no oír a la madre; que es una madre, como ella dice; pero que habla por toda una familia.

FELISA. Pues tengo que darle el parabién a la muchacha. ¡Pobrecita! ¡Es más buenecita y más pavita! ¿Qué ha hecho?

DOÑA ANTONIA. Figúrate: tenía que apagar

una vela, y la apagó diez minutos antes. La Ristori no es.

Llega Bustamante, autor joven, de aspecto simpático.

BUSTAMANTE. Ilustre doña Antonia.

DOÑA ANTONIA. Hola, Manolillo. ¿Cómo lo pasas?

BUSTAMANTE. Bien, ¿y usted?

DOÑA ANTONIA. No te agradezco la visita. Sé que vienes aquí porque están cerrados los cuartos de las jóvenes.

BUSTAMANTE. No sea usted mal pensada.

DOÑA ANTONIA. No seas tú hipócrita. *Viendo que Felisa se entra en el tocador.* Y también vienes porque te gusta mi doncella.

BUSTAMANTE. Me gusta, sí; pero no vengo por eso. Yo, como autor, seré una desdicha; pero como particular, soy de lo más formalito que pisa escenarios.

DOÑA ANTONIA. Ya, ya te conozco.

BUSTAMANTE. Vengo del saloncillo, doña Antonia; y vengo a respirar, le soy a usted franco. ¡Ese señor Secano es un ciprés! ¡No habla más que de asuntos tristes! Me ha entrecogido en un rincón y me la ha dado buena. Va a limpiar aquello de gente.

DOÑA ANTONIA. ¡Pobre don Abel!

BUSTAMANTE. Pobre, sí; pero que no se meta en el saloncillo a amargarnos la vida a todos.

DOÑA ANTONIA. Pues tú, y otros como tú, te-

néis la culpa. Porque os divertía, le dabais bromas verdaderamente crueles, haciéndole creer que era un genio, y entre todos le habéis vuelto el juicio. Ayer recibió una carta de París, pidiéndole su obra para la Comedia Francesa. ¿Te parece? El otro día le hicieron un retrato en el cuarto de la Peral, diciéndole que iba a publicarse en un periódico de Alemania. En fin, horrores.

BUSTAMANTE. Esas son cosas de Rufete.

DOÑA ANTONIA. Pues bien podía Rufete emplear más ingenio en las obras y menos en el saloncillo.

BUSTAMANTE. Más en las obras, lo comprendo; pero menos en el saloncillo, no puede ser.

Se ríen los dos.

Se presenta en la puerta del cuarto un Señor Anónimo. Es uno de esos señores insignificantes y entrometidos que conocen a todo el mundo, y a quienes no conoce nadie. Habla de lo suyo como si la Humanidad viviera consagrada a pensar en el. Viste con pulcritud, está siempre contento, y saborea la dicha de vivir.

SEÑOR ANÓNIMO. ¿Se puede?

DOÑA ANTONIA. Adelante.

SEÑOR ANÓNIMO. ¿Cómo está usted, mi señora doña Antonia?

DOÑA ANTONIA. *Sin saber con quién habla.* Bien... ¿y usted?

SEÑOR ANÓNIMO. Bien, muchas gracias. ¡Caballero Bustamante! ¿Qué tal?

BUSTAMANTE. *Lo mismo que doña Antonia.* Bien... ¿y usted?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Vamos tirando de esta vida perra! ¡Je! He llegado hoy. Me voy mañana.

DOÑA ANTONIA. ¿No se sienta usted?

SEÑOR ANÓNIMO. Con mucho gusto. Estaré un ratillo.

DOÑA ANTONIA. *A Bustamante.* (¿Quién es, tú?)

BUSTAMANTE. *A doña Antonia.* (No lo sé, doña Antonia.)

SEÑOR ANÓNIMO. Pues, sí; he llegado hoy.

BUSTAMANTE. Y ¿se va usted mañana?

SEÑOR ANÓNIMO. Mañana, sí; no puedo abandonar aquello.

DOÑA ANTONIA. Claro.

SEÑOR ANÓNIMO. Yo siempre como un meteoro. ¡Je! ¡Ni visto ni oído! ¡Tan pronto aparezco como desaparezco! ¡Je! ¿Usted se casó, Bustamante?

BUSTAMANTE. No, señor.

SEÑOR ANÓNIMO. ¿No? Pues ¿quién se ha casado?

BUSTAMANTE. ¡Mucha gente! ¡Como que es no parar!

DOÑA ANTONIA. ¡Cualquiera pesca a este *mariposón!*

SEÑOR ANÓNIMO. Ya; eso sí; pero yo juraría haber leído... ¡Ah, doña Antonia! Muy encarecidos afectos de Julia; ¡pero muy encarecidos!

DOÑA ANTONIA. ¿De quién?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡De Julia!

DOÑA ANTONIA. ¡Ah!... de Julia. Devuélvaselos usted de mi parte.

SEÑOR ANÓNIMO. Lo agradecerá muy de verás. Está encantada con usted; ¡encantada! ¿Se acuerda usted del día del chocolate?

DOÑA ANTONIA. No. Digo, sí; sí me acuerdo.

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Ya ha llovido! ¿Se lo ha contado usted a éste? Puede que le saque partido para una piececilla.

DOÑA ANTONIA. Momentos antes de llegar usted—mire usted qué casualidad—hablábamos precisamente de eso.

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Lo que nos reímos! ¿Se acuerda usted?

DOÑA ANTONIA. ¡Como que yo me puse mala!

BUSTAMANTE. Y yo, cuando me lo contó. *A doña Antonia.* (Es que no tengo la menor idea de este caballero.)

Se ríen los tres: doña Antonia y Bustamante, del Señor Anónimo, y éste, del día del chocolate.

Llega don Jenaro, caballero elegante.

DON JENARO. Pues, señor, a ese don Abel va a haber que darle un destino en Caracas. ¡Muy lejos!

BUSTAMANTE. ¿Otro que huye?

DON JENARO. ¡Y huirán hasta los retratos de la pared! ¡Si es tétrico! ¡Si es abrumador! ¡No hay digestión tranquila con ese hombre!

DOÑA ANTONIA. ¡Ja, ja! Mi cuarto es un refu-

gio esta noche. ¡Qué poco pueden ustedes sufrir al prójimo!

Don Jenaro. ¡A prójimos patibularios, desde luego! Yo, no; yo, no. He comido con la Vista Alegre: estaba guapísima. Nos ha dado una comida espléndida: vinos y licores exquisitos... Yo terminé con *pippermint*. ¡Pues por causa de ese señor Secano, se me ha puesto la langosta de pie! ¡Imposible, imposible!

Señor Anónimo. *Sorprendido de que don Jenaro no lo salude.* ¡Amigo don Jenaro! ¡Desde que no nos vemos no nos conocemos! ¡Je!

Don Jenaro. *Confuso.* ¡Ah!... usted dispense... No había reparado...

Señor Anónimo. ¿Cómo está usted?

Don Jenaro. Bien... ¿y usted?

Señor Anónimo. He llegado hoy. Me voy mañana.

Don Jenaro. Ya.

Señor Anónimo. Si quiere usted algo para aquella gente... ¡Je!

Don Jenaro. Nada; expresiones... *A doña Antonia.* (¿Quién es este señor tan regocijado?)

Doña Antonia. *A don Jenaro.* (Por lo visto, se trata de un anónimo: ha llegado hoy, pero viene sin firma.)

Señor Anónimo. Vaya, vaya, con don Jenaro... ¡Je! ¿Se acuerda usted del día de las ostras? ¡Je! ¡Ya ha llovido!

Don Jenaro. Le diré a usted... tomo ostras

casi todos los días; de modo que no es fácil...

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Je! ¡Cómo nos divertimos!

Aparece Romero en la puerta. Viste, como doña Antonia, de epoca.

ROMERO. ¿Está aquí Bustamante? *Viendolo.* Bueno, chico, esto es cosa resuelta: hay que sortearse para ver quién mata a Secano.

Risas.

DOÑA ANTONIA. Calle usted, mala sangre.

ROMERO. ¿Mala sangre? Mire usted, doña Antonia...

SEÑOR ANÓNIMO. *Cortándole la palabra con un abrazo que no puede retardar más tiempo.* ¡Romerillo! ¿Cómo te va? ¡Dichosos los ojos, hombre, dichosos los ojos! ¿Qué hay?

ROMERO. *Perplejo.* ¿Que qué hay? Pues... nana... Aquí representando comedias.

SEÑOR ANÓNIMO. Confiésalo: ¿a que lo que menos esperabas era verme?

ROMERO. Sí, sí; efectivamente: lo que menos. *A don Jenaro.* (¿Quién es?)

DON JENARO. *A Romero.* (Se ha perdido la fe de bautismo.)

SEÑOR ANÓNIMO. Yo las gasto así: cuando menos se piensa... ¡Je!

DOÑA ANTONIA. Ha llegado hoy.

SEÑOR ANÓNIMO. Sí: he llegado hoy.

DOÑA ANTONIA. Y se va mañana.

SEÑOR ANÓNIMO. Sí: me voy mañana. ¿Qué he de hacer? No tengo más remedio. El ojo del

amo... ¡Je! Al yunque, al yunque. Además, tú sabes lo que es Julia.

ROMERO. ¡Oh! No me hables de eso. ¿Está buena, eh?

SEÑOR ANÓNIMO. Sí, ya está buena. Aquello no fué nada. Un parto doble; lo de todos los días. ¡Je! Ahora sueña con su automóvil.

BUSTAMANTE. Amigo, cómo se conocen los ricos.

SEÑOR ANÓNIMO. ¡El que habla, y escribe cuatro patochadas y gana un dineral! ¡Je!

BUSTAMANTE. ¡Hombre!

SEÑOR ANÓNIMO. No lo niegue usted, porque lo han dicho los periódicos muchas veces. Siempre que estrena usted le ajustan las cuentas los críticos. ¡El teatro es un filón! ¡un filón!

DOÑA ANTONIA. ¡Un filón! ¡Y todos los autores, ricos! Ahí está don Abel Secano.

Movimiento en todos como para irse.

ROMERO. ¿Dónde?

DOÑA ANTONIA. Lo cito como ejemplo.

ROMERO. Ya. Hasta esta noche no me ha colmado las medidas el tal Secano. Antes no era así. ¡Se ha puesto de un fúnebre que aterra!

SEÑOR ANÓNIMO. Pero ¿quién es él? ¿Quién es ése?

DOÑA ANTONIA. Un pobre señor que ha escrito un drama y no consigue verlo representado. ¿Le parece a usted floja desdicha?

SEÑOR ANÓNIMO. Si fuese divertido me lo

llevaba mañana a almorzar. ¡Je! Yo me río mucho con esos tipos.

ROMERO. A eso estamos: a reírnos lo unos de los otros. ¿No es verdad?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Je! ¡Qué punto! Romerillo, Romerillo... ¿Te acuerdas del día del arroz? ¡Je!

ROMERO. ¡Calcúlate: no pienso en otra cosa!

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Ya ha llovido, caramba, ya ha llovido!

DON JENARO. Oiga usted, doña Antonia: y ¿hay catástrofe en ese drama?

DOÑA ANTONIA. Yo no lo conozco todavía.

BUSTAMANTE. ¿Que si hay catástrofe? ¡Espantosa!

DON JENARO. ¡Por Dios, que no nos pongan eso! ¡Va a ser imposible venir! ¡Si el teatro no es un sitio para digerir bien, no sé qué es el teatro!

DOÑA ANTONIA. Compadezco a ese pobre hombre. Son tantos los que se han soltado a escribir comedias a la buena de Dios, que ya va habiendo más autores que público.

Asoma Urrutia en la puerta sombrero en mano, azoradísimo.

URRUTIA. ¿Se... se puede pasar?

DOÑA ANTONIA. Adelante.

URRUTIA. *Sin oírla.* ¿Se... se puede pasar?

DOÑA ANTONIA. Adelante.

URRUTIA. Bue... buenas noches.

DOÑA ANTONIA. Buenas noches.

DON JENARO. Buenas noches.

Urrutia mira a todos, con cuya presencia no contaba, y no acierta a decir palabra. Pausa angustiosa.

DOÑA ANTONIA. ¿A quién busca usted?

URRUTIA. A... a la señora Pacheco.

DOÑA ANTONIA. Yo soy.

URRUTIA. Lo... lo siento mucho.

DOÑA ANTONIA. ¿Cómo?

URRUTIA. No... nada... Me... me he equivocado.

Nueva pausa y nuevas miradas. La reunión se ríe con disimulo.

DOÑA ANTONIA. Usted me dirá lo que quiere.

URRUTIA. A... ahora no es ocasión. Está usted ocupada. Vol... volveré.

DOÑA ANTONIA. Como usted guste.

URRUTIA. Tra... traía una cartita.

DOÑA ANTONIA. ¿Para mí?

URRUTIA. Pa... para usted.

DOÑA ANTONIA. Pues démela, y la leeré con permiso de estos señores.

URRUTIA. Sen... sentiría incomodar.

DOÑA ANTONIA. No; no, señor; no.

URRUTIA. To... tome usted, entonces. *Al adelantarse hacia doña Antonia para darle la carta, pisa a uno, y al retroceder para ponerse donde estaba, pisa a otro.* Us... usted dispense, caballero.

DON JENARO. No hay de qué.

URRUTIA. ¿Le... le he hecho a usted daño?

SEÑOR ANÓNIMO. No, señor.

DOÑA ANTONIA. *Leyendo la carta para sí.* ¡Ah, es de Roviral Perfectamente. *Apartándose a un lado.* Haga usted el favor.

URRUTIA. Sen... sentiría incomodar.

DOÑA ANTONIA. Siéntese usted.

URRUTIA. Gra... gracias: no tengo prisa.

DOÑA ANTONIA. Pues soy toda oídos.

URRUTIA. ¿To... toda oídos?

DOÑA ANTONIA. Quiero decir que ya le escucho.

URRUTIA. No... no la entendí a usted. Se... se trata de un monologuito, escrito para usted ex profeso.

DOÑA ANTONIA. ¿De usted?

URRUTIA. Y... y de tres compañeros de oficina. La idea es de un servidor.

DOÑA ANTONIA. ¿Cómo se titula?

URRUTIA. *El... El baúl mundo se vende.*

DOÑA ANTONIA. ¿Es cómico?

URRUTIA. Tie... tiene *lo suyo.*

DOÑA ANTONIA. Bueno; pues yo lo leeré con todo cariño, y usted se da una vuelta por aquí dentro de unos días.

URRUTIA. ¿Co... como cuándo?

DOÑA ANTONIA. ¿Hoy qué es, jueves? El lunes próximo.

URRUTIA. Mu... muy bien. Me... me alegro de que no sea el martes. Le suplico a usted benevolencia; y que influya para que lo pongan:

que está todo muy malo, y... y un servidor tiene a su padre, y... y tiene a su madre, y... y tiene a su novia, y... y tiene cuatro mil reales de sueldo.

DOÑA ANTONIA. Ya, ya me hago cargo.

URRUTIA. Pues... pues muchísimas gracias. Us... usted perdone la libertad... y hasta el lunes.

DOÑA ANTONIA. Pero ¿y el monólogo?

URRUTIA. ¿El... el monólogo? *Palpándose.* ¡Es *pata* la mía! ¿Pues no me lo he dejado en casa? Y... y lo puse adrede con el sombrero.

DOÑA ANTONIA. ¡Vaya por Dios!

URRUTIA. Yo... yo se lo traeré a usted mañana.

DOÑA ANTONIA. *Reprimiendo la risa.* Cuando usted quiera.

URRUTIA. Bue... buenas noches.

DOÑA ANTONIA. Adiós.

URRUTIA. *A los contertulios.* Bue... buenas noches.

BUSTAMANTE. Buenas noches.

URRUTIA. *Dándoles la mano uno por uno a todos, de puro aturdido que está.* Que... que usted siga bueno... Que... que usted siga bueno... Que... que usted siga bueno... Que... que usted siga bueno.

SEÑOR ANÓNIMO. Vaya usted con Dios.

URRUTIA. *A doña Antonia.* ¿Me... me he despedido de usted?

DOÑA ANTONIA. Sí, señor.

URRUTIA. Us... usted dispense la pregunta,

Pisando a otro al retirarse. Us... usted perdone. ¡Parece que voy ciego! ¡Es *pata* la mía!

Todos se ríen de él cuando se va.

ROMERO. ¿Quién es ese moscón que tanto tropieza?

DOÑA ANTONIA. Un autor que no viene más que a traerme un monólogo, y se lo deja en casa. Compadezcámosle también.

BUSTAMANTE. Dios le dé mejor suerte que a don Abel Secano.

DON JENARO. ¡Y una musa más regocijada!

Suena el timbre.

DOÑA ANTONIA. Me llaman a escena, señores. Ustedes se quedan en su cuarto. *Saludando a don Abel, que llega a tiempo que ella se va.* ¡Don Abel! ¡Tanto gusto!...

DON ABEL. ¿Cómo está usted, mi buena amiga?

ROMERO. (¡Uf!)

DON JENARO. (¡Nos copó!)

BUSTAMANTE. (¡A mí no me pesca!)

DOÑA ANTONIA. Pase, pase; ahora vuelvo. No tengo más que cuatro palabras *Se va.*

DON ABEL. Buenas noches, señores.

SEÑOR ANÓNIMO Buenas noches. *A Bustamante.* (¿Es éste el *sombrón?*)

BUSTAMANTE. *Al Anónimo.* (El mismo.)

DON ABEL. ¿Qué hay de cosas, amigo Bustamante?

BUSTAMANTE. ¡Pschél...

Bustamante, Romero, don Jenaro y el Señor Anónimo se van marchando con toda suavidad y disimulo, sucesivamente, huyendo de la quema y tarareando una misma canción entre todos. Uno la empieza y los demás la siguen al marcharse.

BUSTAMANTE. Tará tará tará tarara...

ROMERO. Tirí tirí tirí tiró...

DON JENARO. Torá torá torá toriaro...

SEÑOR ANÓNIMO. Turú turú turú turó...

DON ABEL. *Con amargura.* Cuando no les distraigo, me huyen... ¡Y se figuran que no me doy cuenta!... ¡Ay, Abel, qué camino más largo y más penoso! *Sientase dando muestras de postración.*

Sale del tocador Felisa.

FELISA. ¿Está usted hablando solo, señor Secano?

DON ABEL. Sí, hija mía; estoy hablando solo.

FELISA. ¡Ay, pobrecito! Y ¿por qué es eso?

DON ABEL. Porque no tenía con quién hablar, y tenía que hablar necesariamente.

FELISA. Pero, dígame usted: ¿no estaban aquí unos señores?

DON ABEL. Aquí estaban, sí; pero entré yo... y eso bastó para que se fueran.

FELISA. ¡Pobrecito! Ande usted, que ya le llegará la suya.

DON ABEL. ¿Lo crees tú?

FELISA. A pie juntillas, don Abel. ¡No faltaba más sino que se quedara oscurecido un talento tan grande! Verá usted como mi señora le da la mano.

DON ABEL. Dime, Felisita: ¿qué piensa doña Antonia de mí? ¿Qué dice de la lectura de esta noche? ¿Le has oído algo? ¿Sabes algo? ¿Me puedes contar algo?

FELISA. Don Abel... Don Abel... ¿Ve usted? Ya la tenemos.

DON ABEL. ¿Qué tenemos?

FELISA. Ya voy a decir lo que no debía.

DON ABEL ¿Cómo?

FELISA. Lo que he prometido callar.

DON ABEL. ¡Dímelo, por Dios!

FELISA. ¿Quién piensa usted que ha estado aquí hace poco?

DON ABEL. ¿En dónde?

FELISA. Aquí: en este cuarto.

DON ABEL. ¿Quién?

FELISA. Irenita.

DON ABEL. ¿Mi hija?

FELISA. Sí, señor.

DON ABEL. ¿Mi hija? ¿Que ha estado aquí mi hija? ¿Para qué?

FELISA. Para pedirle a mi señora protección y amparo.

DON ABEL. *Conmovido.* ¡Hija de mi alma!

FELISA. Yo la traje, yo la presenté, yo la

acompañé luego hasta la puerta... ¡Iba la pobrecita saltando de gozo! ¡Porque no sabe usted cómo la recibió mi señora!

Don Abel. ¡Ay, si esto fuera el principio del fin!

Felisa. Lo será; lo será.

Vuelve doña Antonia.

Doña Antonia. ¡Gracias a Dios! Esta noche ya no vierto más perlas, don Abel.

Don Abel. ¿Acabó usted ya?

Doña Antonia. Por fortuna. Nada me molesta tanto como trabajar con el teatro vacío. ¿Tiene usted ahí la obra?

Don Abel. ¡Qué pregunta!

Doña Antonia. Bueno, pues me voy a quitar estas galas y la leeremos en seguida.

Don Abel. ¡Je!... Los malos tragos... ¿No?

Doña Antonia. Una advertencia. Creo que debe usted invitar a Carranza. Es el primer actor de la compañía y le conviene a usted tenerlo de su parte. No vendrá, pero usted lo invita y queda bien. Dígale que ya estamos de acuerdo.

Don Abel. ¡Cuántas bondades, doña Antonia! ¿Cómo podré pagar?... Yo también me he permitido invitar a un amigo... ¿Usted no tendrá inconveniente?

Doña Antonia. ¡Ninguno! Traiga usted a quien quiera.

Don Abel. Gracias. ¿Será usted benévola con este pobre autor?

Doña Antonia. Lo soy con todos. Mi padre fué escritor también, y sé lo que cuesta producir.

Don Abel. Es usted muy buena, muy buena... Usted no puede imaginar lo que va a resolverme... lo que para mí significa... Además, aquí, entre tantas burlas, entre tanto desprecio, si viera usted cuánto se estima esta consideración, esta cortesía... aunque no sea más que esto... Vaya, vaya, no quiero dar el espectáculo de echarme a llorar como un chiquillo.

Doña Antonia. Por Dios, don Abel; ¿a qué viene eso ahora? Ande usted a cumplir con Carranza. Yo salgo al instante.

Don Abel. Allá voy, allá voy...

Felisa. ¡Pobrecito! *Éntrase con doña Antonia en el tocador.*

Don Abel. *Enjugándose los ojos.* Esperaré un momento... Temo que esas fierecillas me vean llorar. Porque si hay uno que se ría de estas lágrimas, soy capaz de ahogarlo. *Pausa.* ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! Puede que la victoria esté cerca, y entonces... Yo no guardo rencor para nadie; pero ésos que se mofan de mí descaradamente, ésos que hacen sainete de mi desgracia... ésos... lo que es ésos...

Se presenta de nuevo el señor Anónimo, risueño y decidor como de costumbre.

Señor Anónimo. Felices.

Don Abel. ¿Quién? *Reconociendolo.* ¡Ah!

SEÑOR ANÓNIMO. ¿Sabe usted si la señora Pacheco está en el tocador?

DON ABEL. *Despues de mirarlo de arriba abajo, márchase tarareando la misma canción que antes le tararearon a el.*

Tarí tarí tarí tariaro...

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Ay, qué gracia! ¡Me la ha devuelto! ¡Es el *sombrón!* ¡el loco! ¡Je! Pero ¿que ese pobrete quiera escribir comedias? ¡Qué cosas se ven! *Acercándose al tocador y gritando.* ¡Doña Antonia!

DOÑA ANTONIA. *Dentro.* ¿Quién?

SEÑOR ANÓNIMO. Yo.

DOÑA ANTONIA. ¿Quién?

SEÑOR ANÓNIMO. Yo.

DOÑA ANTONIA. ¿Quién?

SEÑOR ANÓNIMO. Yo.

DOÑA ANTONIA. ¡Ah!

SEÑOR ANÓNIMO. Un minuto nada más, doña Antonia. Me voy mañana, y las despedidas a la francesa no entran en mis costumbres. ¡Je! ¿Qué me dice usted para Julia?

DOÑA ANTONIA. ¿Para Julia? Nada... mis afectos... ¡Y que a ver cuándo voy por allá!

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Bravo! Otra cosita, y no molesto más por ahora. Dentro de un mes volveré a verla. ¡Recíbame usted con un trabuco!

DOÑA ANTONIA. ¿Por qué?

SEÑOR ANÓNIMO. En mis ratos perdidos he

escrito una comedia de chistes, y deseo que usted la conozca. ¡Je! ¡Es un mamarracho muy grande! ¡Je!

DOÑA ANTONIA. ¡Jesús, qué sorpresa! ¿Cómo había yo de presumir...?

SEÑOR ANÓNIMO. Cuando el diablo no tiene que hacer, escribe comedias con el rabo. ¡Je! ¡Ah! Y conste que si a usted le parece más mala que a mí, me la echa al corral sin rodeos. ¡Yo no me enfado! ¡A otra!

DOÑA ANTONIA. ¡Eso es! ¡A otra!

SEÑOR ANÓNIMO. Conque hasta pronto. Muchos aplausos, mucha salud... y muchas pesetas. ¡Sin pesetas no se camina! ¡Je!

DOÑA ANTONIA. ¡Adiós!

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Adiós! *A don Mauricio, que llega cuando él va a marcharse.* Pase usted.

DON MAURICIO. Usted primero.

SEÑOR ANÓNIMO. Hágame el favor.

DON MAURICIO. Muchas gracias.

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Calle! ¡No lo había conocido! ¿Cómo estamos?

DON MAURICIO. *Sin conocerlo a él.* Bien... ¿y usted, señor?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Tan famoso! ¡Je! He llegado hoy. Me voy mañana. ¿Quiere usted algo para allá?

DON MAURICIO. Nada: feliz viaje.

SEÑOR ANÓNIMO. Que usted siga bueno.

DON MAURICIO. Vaya usted con Dios. *Cuando*

se va el otro. No recuerdo haberlo visto en mi vida.

Sale nuevamente Felisa del tocador.

FELISA. ¿Quién es?

DON MAURICIO. Buenas noches.

FELISA. Buenas noches.

DON MAURICIO. ¿El cuarto de la señora Pacheco es éste?

FELISA. Éste es.

DON MAURICIO. ¿Está la señora?

FELISA. Cambiándose de traje está. ¿Qué se le ofrece a usted?

DON MAURICIO. Hablar con ella; pero por mí que no se impaciente.

Felisa entra y sale llevando y trayendo recaditos.

FELISA. Que tenga usted la bondad de decirme su nombre.

DON MAURICIO. Dígale que no me conoce; que es inútil.

FELISA. Que haga usted el favor de sentarse.

DON MAURICIO. *Obedeciendo.* Muchas gracias.

FELISA. Que no hay de qué. *Quédase en el cuarto.*

Pausa. Se miran los dos como queriendo reconocerse.

DON MAURICIO. Su cara de usted me es conocida.

FELISA. Y a mí la de usted, señor. Desde que salí me estoy fijando, y juraría que lo he visto en alguna parte.

DON MAURICIO. Igual me ocurre a mí con usted.

FELISA. *Recordando de pronto, y con muestras de complacencia.* ¡Ay, ya caigo!... Sí, sí, el mismo; ya sé quién es usted. Y es la tercera vez que lo veo; pero soy muy buena fisonomista.

DON MAURICIO. Vamos a ver: ¿quién soy?

FELISA. Ahora, no sé: antes, era usted el jefe del señor don Abel Secano.

DON MAURICIO. Cierto. ¿Y usted?

FELISA. Yo soy una amiguita de Irene. Y alguna vez tuve el gusto de encontrar a usted en su casa.

DON MAURICIO. Sí, es verdad; sí.

FELISA. Y ¿qué le trae por aquí, señor? Por si puedo servirle en algo lo pregunto.

DON MAURICIO. Por aquí me trae precisamente el propio don Abel.

FELISA. ¿Es usted quizás el amigo suyo a quien ha invitado a la lectura?

DON MAURICIO. El mismo soy. Ya veo que tiene usted noticias.

FELISA. Me hallaba presente cuando se lo advirtió a la señora. ¡Es precioso el drama de don Abel! ¿Usted no lo conoce aún?

DON MAURICIO. Lo conozco, sí. No es drama: es tragedia.

FELISA. ¿Tragedia?

DON MAURICIO. Sí: tragedia.

FELISA. Usted fué siempre gran amigo suyo.

DON MAURICIO. Y sigo siéndolo. Por eso he venido a la lectura.

Sale doña Antonia en su traje habitual de calle. Don Mauricio se levanta.

FELISA. La señora.

DOÑA ANTONIA. Muy buenas noches.

DON MAURICIO. Buenas noches. Usted me perdonará la libertad... Ya creo que sabe usted por el señor Secano...

DOÑA ANTONIA. ¡Ah! sí. ¿Es usted su amigo...?

DON MAURICIO. Mauricio Regla y Salazar, para servirla. Él iba a presentarme a usted: me presento yo, y es lo mismo.

DOÑA ANTONIA. Siéntese usted. Ahora vendrá el reo.

DON MAURICIO. ¿Quiere usted hablar cuatro palabras conmigo antes que venga él?

DOÑA ANTONIA. Con mil amores. Felisa...

FELISA. Yo le he pedido permiso a don Abel para quedarme a la lectura.

DOÑA ANTONIA. A la lectura, sí; pero a esto, no.

Vase Felisa y cierra la puerta tras de sí.

DOÑA ANTONIA. Usted me dirá.

DON MAURICIO. Lo primero, que no se figure usted que vengo a leerle otro drama.

DOÑA ANTONIA. Mire usted, no dejo de agradecerle la advertencia.

DON MAURICIO. Soy moro de paz. Acaso el único español que no haya escrito un drama. Pero prefiero ser la excepción a ser uno de tantos.

DOÑA ANTONIA. Y yo lo felicito.

DON MAURICIO. Mi intención no es otra que hablarle a usted del autor de *La paloma herida*.

DOÑA ANTONIA. ¡El pobre Secano!

DON MAURICIO. El pobre Secano: usted lo ha dicho. La amistad que me une a él es antigua y desinteresada—de esa que nace en las aulas del Instituto—y me duele y me aflige verlo como lo veo.

DOÑA ANTONIA. En efecto: es una compasión. Yo no he sabido negarme a la lectura de esta noche. Él piensa de mí que soy en esta casa una potencia; que mi autoridad en ella es indiscutible... Se engaña. Pero sea lo que quiera, yo le aseguro a usted que no le faltará mi apoyo.

DON MAURICIO. Eso ya es bastante. Y aquí entro yo con mis manos lavadas.

DOÑA ANTONIA. Ya adivino lo que va usted a hacer: recomendarme el drama de su amigo como si fuera suyo propio.

DON MAURICIO. ¡No lo permita Dios!

DOÑA ANTONIA. ¿Que sea suyo?

DON MAURICIO. Ni que sea mío, ni que yo recomiende tal.

DOÑA ANTONIA. ¿Entonces?...

DON MAURICIO. Señora Pacheco, aquí se trata

de salvar a un hombre; a una familia entera. Si Secano sigue adelante sin más norte de vida que sus dramas y sus locuras, esa gente perece. Y sería un dolor. Yo tengo amigos en la situación política actual; hoy por hoy, puedo fácilmente reponer a Secano en su antiguo empleo, y conseguir así que vuelvan las aguas a su curso. Mañana no sé si podré. Aquí se levanta uno con una situación y se acuesta con otra. Pues bien: yo pido a usted para ese pobre loco...

DOÑA ANTONIA. *Interrumpiendolo.* Chist, silencio.

DON MAURICIO. ¿Qué?

DOÑA ANTONIA. *Prestando oído hacia la puerta.* Nada; creí que llegaba. Siga usted.

DON MAURICIO. Yo pido a usted para ese desventurado amigo nuestro un desengaño tan doloroso y tan cruel que le obligue a romper la pluma y a quemar todos los papeles.

Pausa.

DOÑA ANTONIA. Si usted hubiera oído a su hija, que ha estado a verme esta misma noche, y me ha hecho encargo muy distinto del que usted me hace, comprendería la pena y el asombro con que lo escucho.

DON MAURICIO. Pues apelo a su conciencia de usted: si me oye a mí, entre los dos salvaremos a esa familia; si atiende usted a los ruegos y lágrimas de Irenita, no hará usted sino alentar en sus caballerías al infeliz Secano, empujado al

despeñadero en que se halla, como tantos otros, por la ignorancia y por las dificultades de la vida.

Doña Antonia. Me hace usted dudar. Pero ¿es que el drama no tiene pies ni cabeza?

Don Mauricio. El drama... ¿Usted ve al autor? Pues como el autor es el drama. ¿Cree usted posible que un pobre diablo que jamás tuvo esas aficiones, a quien nunca le pasaron las letras por la imaginación, de pronto se siente a la mesa y escriba un drama bueno, nada más que porque tiene siete chicos y el sueldo no le alcanza? Esto es muy doloroso, pero...

Doña Antonia. Sí, señor, es verdad: el drama no es el que él ha escrito, sino el que él vive y representa. Se ha ponderado y voceado tanto por lenguas y papeles la ganancia del autor dramático en estos tiempos, que ha perdido la cabeza medio mundo.

Don Mauricio. Añada usted a eso, señora, los sueños de gloria, la eterna aspiración a descollar sobre quien nos rodea, el halago de los aplausos...

Doña Antonia. ¡Ah, los aplausos!... A ellos, a ellos se debe principalmente que la escena tenga dos musas, como digo yo: Talía, que a mí me parece una gran señora, y una hermanastra suya tan desatinada y tan loca, que es capaz de volver tarumba al hombre más equilibrado y prudente. Imagínese usted, con cuarenta años

de teatro, lo que pudiera yo contarle a usted de estas cosas. Este arte, como ninguno, apasiona, deslumbra, emborracha... No he visto nada igual. Aun aquellos mismos que públicamente fingen desdeñarlo, allá en su fuero interno lo estiman, lo quieren y envidian sus glorias doradas... No en vano es un arte capaz de unir a muchos hombres en un momento... Pero nos apartamos de nuestro asunto, y don Abel va a presentarse y a dejarnos a media entrevista. ¿En qué quedamos?

DON MAURICIO. Eso... usted lo ha de decir.

DOÑA ANTONIA. Pues quedamos en que, si el drama efectivamente es un disparate, como ya creo, salvaremos entre los dos a don Abel Secano.

DON MAURICIO. De usted depende.

DOÑA ANTONIA. La primera parte. La segunda, de usted. Cuente usted con el desahucio del dramaturgo.

DON MAURICIO. Cuente usted con que vuelve a su empleo. ¿Pactado?

DOÑA ANTONIA. Pactado.

DON MAURICIO. Y Dios dirá.

DOÑA ANTONIA. Y don Abel también. Porque, dejando a un lado ya la formalidad de nuestro pacto, yo le aseguro a usted que Secano saldrá de aquí diciendo que usted es un mal amigo suyo y que yo soy una vieja loca.

DON MAURICIO. Con tal que queme el drama...

DOÑA ANTONIA. Antes quema a uno de los chicos; no sea usted inocente.

Don Abel habla desde dentro.

DON ABEL. ¿Hay permiso?

DOÑA ANTONIA. Adelante.

Sale don Abel. Felisa lo sigue.

DON MAURICIO. ¡Si es nuestro hombre!

DON ABEL. Te he estado buscando por la sala para presentarte a esta señora... ¡Tonto de mí! Conociéndote, he debido comprender que te anticiparías...

DOÑA ANTONIA. ¿No viene Carranza?

DON ABEL. No, señora, no viene.

DOÑA ANTONIA. Me alegro.

DON ABEL. Pero ha agradecido mucho la atención.

DOÑA ANTONIA. ¿Ve usted?

FELISA. *Bajo a doña Antonia.* (Por supuesto, yo oigo la lectura.)

DOÑA ANTONIA. Sí, mujer; ya estoy.

DON ABEL. *Bajo a don Mauricio.* (¿Le habrás hecho el elogio de la obra?

DON MAURICIO. *A don Abel.* He hecho... lo que he debido hacer.

DON ABEL. *Estrechándole las manos.* ¡Que Dios te lo pague!)

DOÑA ANTONIA. Cuando usted guste, amigo Secano.

DON ABEL. Cuando usted mande, señora mía.

DOÑA ANTONIA. *A Felisa.* Cierra la puerta,

tú; que no nos interrumpan. *A don Abel.* Aquí estará mejor. Siéntese.

DON ABEL. Muchísimas gracias.

Se sientan todos. Doña Antonia, don Abel y don Mauricio, ante la mesita, formando un grupo. Felisa aparte, un poco lejos.

FELISA. (¡Y poquito que le va a gustar a mi señora! Con ésta, ya la he oído yo seis veces.)

Don Abel, temblando de emoción, desabróchase el chaleco y saca el trágico manuscrito.

DOÑA ANTONIA. ¿Querrá usted un poco de agua?

DON ABEL. Ahora, no: más tarde, si acaso... *Lee con voz apagada y balbuciente.* «*La paloma herida,* drama en tres actos, original de don Abel Secano y Canseco... Personajes... Alfonso, diez y nueve años... Manuela, veinticinco años... Lolita, quince años...» Bueno, ya irán saliendo los personajes... No quiero cansar...

DOÑA ANTONIA. Pero, por Dios, don Abel, que no es noche de estreno... Está usted temblando...

DON ABEL. Sí, sí, señora... estoy temblando... Usted me perdonará si soy ridículo... Estoy temblando... Y este temblor no es sólo mío... no se queda aquí... va y viene... Porque ahora mismo... en este mismo instante... allá en mi casa tiemblan también todos los míos esperando el resultado de esta lectura... Y es que, para ellos y para mí, hay mucho dolor o mucha alegría detrás de

estos papeles. . Este lo sabe... usted acaso lo adivina... yo lo puedo jurar... Perdóneme... perdóneme... Ya me iré serenando... *Hace un esfuerzo y continúa la lectura con voz cada vez más turbada.* «Acto primero... El teatro representa una sala de casa pobre... muy pobre... en un histórico pueblo de Castilla... Puertas al foro y laterales... Muebles... muebles desvencijados y rotos... A la izquierda, una ventana... por donde entra un rayo de sol...» *El telón ha caído lentamente. Todavía, sin embargo, se oyen algunas palabras de don Abel.* «Escena primera... Aparecen Alfonsa y Lolita...»

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Comedor muy pequeño en casa de don Abel Secano, en Madrid. Puerta al foro. Mesa vieja y pobre con tapete de hule más pobre y viejo que la mesa. Aparador sin platos. Sillas. Es de noche. Pendiente del techo, sobre la mesa, da su escasa luz una bombilla de cinco bujías enteramente *a cuerpo*.

Irene, Liboria y Foso, charlan íntimamente.

A Irene ya la conocemos; Liboria es la portera de la casa, que por cierto tiene bigote; Foso es un vecino viejo del cuarto de al lado, catador teatral y empleado en Consumos. Viste de capa, gorro y babuchas. Fuma en pipa.

IRENE. Le aseguro a usted, señor Foso, que estoy yerta de miedo y de frío. Si llego a ir al teatro me pongo mala y tengo que volverme.

FOSO. Calma, Irenita, calma: tranquilidad. La hora de la justicia ha llegado. Esta noche morderán el polvo los enemigos de su papá de usted. No siento más que no presenciarlo; pero ¡me hace tanto mal salir de noche!...

IRENE. ¡Ay, Dios le oiga!

LIBORIA. ¡Que se fastidien! Yo, pa mí, como si lo estuviera viendo; porque miste, señorita Irene, que aquí el señor don Mauro sabe de cosas de teatro.

FOSO. *Vanidosamente.* ¡Psché!

IRENE. ¡Vaya si sabe! Papá cree en lo que usted le dice como en el Evangelio.

FOSO. Los años... la experiencia... He estrenado mucho, me han silbado mucho... y perdiendo se aprende, Irenita. Sin embargo, en el teatro nunca se acaba de aprender: el teatro es un arca cerrada.

LIBORIA. ¡Digo!

IRENE. Por eso yo no estoy tranquila. .

LIBORIA. ¿Se acuerda usté, señor don Mauro, de la última obra que le echaron abajo en Novedades?

FOSO. ¡Ya lo creo! *La deshonra de una madre enferma o Los crímenes de los jesuítas.*

LIBORIA. Cabal.

FOSO. Bueno; aquél era un drama de pelea, de lucha: no podía salir bien. En el café lo dije yo por la tarde: «Esta noche me silban.» Y todos: «¡Ca, hombre, ca!» Y me silbaron.

LIBORIA. *A Irene.* ¿Eh?

IRENE. Pero, por Dios, no hablemos ahora de silbas; yo no tengo los nervios para oír hablar de silbas esta noche .. ¡Cómo estará el pobre papá!.. ¡Cómo irá la representación!...

FOSO. ¿Cómo ha de ir, Irenita? ¡A pedir de boca!

LIBORIA. ¡Ay, señorita, qué alegría!

IRENE. ¡Ay, portera, ay, vecino, yo no quiero creerlo! ¡Sería tanta felicidad! Deseo ver entrar a papá, y a mi hermano, y a la tía Luisita... y al mismo tiempo estoy temiéndolo... Diga usted, señor Foso: la escena de Alfonsa y el sacerdote, ¿no tiene peligro?

FOSO. ¿Quiere usted callar? ¡Si es la más segura de la obra!

LIBORIA. ¡Cómo lo ve todo desde casa!

FOSO. *Engreído.* ¿Recuerda usted, Irenita, aquella frase del acto primero que dice: «El sol alumbra sin preocuparse de que quema, y quema sin preocuparse de que alumbra?»

IRENE. Sí, señor.

FOSO. Pues ahí ha debido ser el primer aplauso de la noche. Tan seguro tuviera yo mi ascenso en Consumos.

IRENE. ¡Ay, Dios lo quiera! Mire usted que son ya tres años y medio de padecer constante... ¡Cuánto disgusto! ¡Cuánto sinsabor! ¡Cuánto desengaño!

FOSO. ¡Ah! En este terreno no hay amigos. Dígalo el petardo que nos dió a todos aquel don Mauricio Regla y Salazar, el amigo del alma, ¿eh? el compañero de la escuela, que se fué a pedirle a la Pacheco que ni a tres tirones pusiese el drama. Poco le dijo su papá de usted cuando lo descubrió, para lo que se merecía.

IRENE. Es una de las cosas que a mí se me re-

siste creer: que aquel señor, siempre tan bueno con nosotros...

Foso. Usted es un ángel, Irenita...

Irene. Como tampoco entiendo por qué la Pacheco hizo más caso de él que de papá.

Foso. ¡La Pacheco está chocheando! Pero, así y todo, buenas tripas se le pondrán cuando se entere del triunfo. Lástima que el estreno sea en un teatrillo de mala muerte.

Liboria. *Prestando oído hacia la puerta.* Calle usté.

Irene. ¿Qué pasa?

Liboria. Me parece que llaman al sereno. ¿No oye usté?

Irene. Sí, efectivamente. ¿Habrá acabado ya la obra?

Foso. ¡Es muy pronto!

Irene. Yo voy a asomarme al balcón. *Vase por la puerta del foro hacia la izquierda.*

Foso. ¡Qué alegría va a tener esta pobre niña!

Liboria. ¿Sí, verdá?

Irene. *Asomándose llena de inquietud a la puerta.* ¡Es la tía Luisita! ¡la tía Luisita!

Liboria. ¿Sola?

Irene. Con don Jovito, el del tercero. *Vase corriendo hacia la derecha.*

Foso. Pues sí que lo extraño. ¿Qué hora es ya? *Sacando su reloj.* Vaya usted a saber; este reloj no anda más que de día...

LIBORIA. Se conoce que se nos han ido las horas charla que charla.

FOSO. Eso debe de ser. Tengo... tengo... No obstante mi seguridad en la obra, tengo... tengo cierta emoción.

LIBORIA. ¡Ay, Dios mío!

FOSO. Nada, nada: descuide usted, que no ha pasado nada.

Salen, con Irene, Luisita y don Jovito.

Luisita, solterona de buen ver, que usa quevedos, viene arrebatada, sofocadísima, llena de indignación. Don Jovito, vecino de la casa, ya entrado en años, es hombre apagado y pacífico.

IRENE. *Pálida, tremula, asombrada.* Pero, por Dios, tía Luisita, ¿es eso posible?

LUISITA. ¡Ay, qué rato! ¡ay, qué noche! ¡ay, qué indignación! ¡Sirvergüenzas! ¡canallas! ¡animales!

FOSO. Pero ¿ha terminado ya el drama?

LUISITA. ¡Ay, qué gente! ¡ay, qué público! ¡ay, qué picardía! ¡Bandidos! ¡tunantes! ¡borrachones!

IRENE. ¿Oye usted, señor Foso?

LUISITA. ¡Asesinos! ¡Destruir así el porvenir de una familia honrada! ¡Ay! ¡ay! Un abanico... ¿Qué digo un abanico? ¡Un revólver! Porque yo mato a alguno, yo mato a alguno... ¡Ay, Dios mío! ¡ay, qué infamia! ¡qué infamia! ¡qué infamia!

FOSO. *Atónito.* Pero ¿no hemos tenido un éxito muy grande?

LUISITA. Pero ¿no me está usted oyendo, señor?

DON JOVITO. Ha sido una desgracia; una mala noche...

FOSO. A ver, a ver: ¿quiere usted explicarnos...?

IRENE. Sí, sí; cuente usted, tía Luisita, cuente usted...

LIBORIA. Cuente usté.

IRENE. ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Cuántas ilusiones por tierra! ¡Pobrecito papá! ¡Pobrecitos nosotros todos! *Llorando.* ¡Ay, señor Foso, el teatro es un arca cerrada: tiene usted razón!

LUISITA. ¡Yo he pasado primero una angustia, y luego un sofoco, y después una rabieta!... ¡Ay! ¡Por supuesto, mi cuñado es un calzonazos, un viva la Virgen!... ¡Si llego yo a ser hombre esta noche—que me ha faltado poco—, yo no salgo de allí sin armar una gresca; sin pegarme con ocho o diez; sin volar el teatro! ¡Piratas! ¡granujas! Y vengo decidida: tenemos que fundar un periódico, cueste lo que cueste. ¡Esto no queda así! Al concluir el segundo acto casi me dió un insulto. Gracias que don Jovito es muy amable, y me subió un refresco. ¡Ay! ¡ay!

FOSO. *Impaciente.* Pero ¡por los clavos de Cristo! ¿tiene usted la bondad de referirnos lo que ha pasado? ¿Es que ha habido muchas protestas?

LUISITA. ¿Cómo protestas? ¡Un motín! ¡un escándalo! ¡un terremoto!

Don Jovito. Por ahí, por ahí...

Luisita. ¡De seguro que ha ido gente pagada!

Don Jovito. Por ahí...

Luisita. Porque la tomaban con todo, señor: con el drama, con los actores—¡mala bomba en ellos!—con las actrices—¡mala peste en ellas!—con los trajes—¡ay, qué trajecitos!...— Y venga gritar, y pegar patadas, y dar bastonazos... ¡Qué país éste! En Francia no se silba; ni en Inglaterra... Y en Alemania, cuando no gusta una obra, se pide cerveza, y nada más.

Irene. ¡Jesús! ¡Jesús!

Foso. ¡Jesús mil veces!

Luisita. El uno que hacía el gato, el otro que hacía el perro, el otro que hacía el mirlo, diez o doce lo menos que hacían el gallo...

Foso. *Filosóficamente.* ¡El teatro es un arca cerrada!

Irene. ¡Virgen mía de las Angustias! ¿Era esto lo que nos tenías reservado? Pero ¿cómo aseguraba usted, señor Foso, que iban a sacar a mi papá en triunfo?

Foso. Irenita, yo estoy perplejo; yo estoy frente al caos.

Liboria. Si me dicen a mí que la inquilina del entresuelo ha venido una noche sola, no me asombro más.

Don Jovito. ¡Mucho!

Foso. Vamos a ver, señora, vamos a ver...

Porque yo me pellizco y... ¿Dónde empezó el jaleo?

LUISITA. Calcule usted: empezó en el acto primero; en aquella frase tan bonita del galán, en que dice que el sol alumbra sin reparar en que pica y viceversa.

IRENE. *Estupefacta.* ¿Está usted oyendo, señor Foso?

FOSO. *Despues de soplar la pipa.* Me lo temía.

IRENE. ¿Que se lo temía usted?

FOSO. ¡Ya lo creo! Había callado, porque no me gusta alarmar; pero esa frase hay que decirla muy bien, o no tiene efecto ninguno.

DON JOVITO. Ahí le duele.

LUISITA. Pues aquel perro de cómico—¡mal rayo lo parta!—la dijo todo lo mal que pudo. Se equivocó al final. Por decir alumbra, dijo alambre. Y luego ¡qué galán! Así de estatura. Y sin voz. Del paraíso gritaban: «¡Más alto!» «¡Más alto!»

IRENE. ¿Por la voz?

LUISITA. ¡Y por la estatura, sería!

FOSO. Con elementos así, no hay éxito posible: ya me voy explicando la catástrofe.

DON JOVITO. Por ahí...

IRENE. Dígame usted, tía: la escena de Alfonsa y el sacerdote, ¿cómo cayó?

LUISITA. ¡No me la nombres, hija! Allí fué Troya; allí fué lo grande. *Foso sopla otra vez la pipa por hacer algo.* ¿No ves que el público la

traía emprendida desde el principio con el dichoso cura? Además, el bribonazo que hacía el papel, en lugar de afeitarse el bigote—¡mala tiña se lo consuma!—se lo tapó con pasta. Y a la cuenta lo hizo tan mal, que con el calor del teatro, y con los gestos de la escena, se le empezó a salir una guía lo mismo que una brocha. ¡No quieras oír a los guasones! «¡Que se afeite!» «¡Que se afeite!» «¡Ese cura es de pega!» El hombre se cortó, se azoró, y quiso seguir la escena de espaldas al público; pero en esto se le cae el solideo, y cuando vieron que no tenía corona, fueron tales los gritos y las voces, que hubo que echar abajo el telón. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué *corajina* tengo! ¡Estoy furiosa!

Foso. Ya no hay más que oír ni que pensar: ya está descubierta la incógnita: lo imprevisto. El tiro que falla, el niño que llora, la estatua que estornuda... Lo imprevisto. ¡Si me ocurrió a mí en Price cuando estrené *La sotana y la levita o Los crímenes de los masones!* Primer acto: arriba; segundo acto: arriba; tercer acto: un personaje dice: «El señor obispo se acerca.» Y en lugar del obispo sale un perro de aguas. ¡Se acabó la obra! ¡No recuerdo tumulto igual! Tuve que marcharme a mi casa con barba postiza.

Irene. *Con súbito arranque de indignación.* Pues si lo han silbado a usted tantas veces, ¿por qué se las echa de entendido?

Foso. ¿Eh?

DON JOVITO. Ahí le duele.

FOSO. Oiga usted, niña, ya que sale usted por peteneras: si su papá de usted hubiera sido un poco más modesto, y cogiendo su drama me hubiera dicho: «Amigo Foso, ahí está mi obra: déle usted cuatro toques», otro gallo le cantaría.

LUISITA. ¿Otro gallo? ¡Si usted le da esos toques que dice, arrastran a mi cuñado esta noche!

FOSO. ¿Eh?

LUISITA. ¡Pues claro, señor! Tiene razón Irene: ya cansa usted con tanto echárselas de sabio, y predicar cómo debe hacerse, y esto está mal y lo otro está peor... ¡Y luego estrena usted y hay que avisar a la Cruz Roja!

DON JOVITO. Por ahí, por ahí...

FOSO. Señora doña Luisita, el vulgo... etcétera, etcétera... y pues lo paga... etcétera... hablarle en... etcétera, etcétera.

LUISITA. ¡Señor Foso, está usted en mi casa y me está usted faltando!

FOSO. Señora doña Luisita, es que hay cosas...

LUISITA. ¡Pues si hay cosas, la primera cosa que debe usted mirar es que habla con una dama!...

FOSO. Acepto la lección, a fuer de prudente.

LUISITA. Bueno, bueno.

FOSO. ¡Y tan bueno!

LUISITA. Bueno.

IRENE. Han llamado. Ya están ahí. *Marchán-*

dose. ¡Qué noche más distinta de la que soñábamos!

LUISITA. ¡Pobre Abel! ¡Quería a su drama como a un hijo!

LIBORIA. Quite usté; ¡si se parte el alma!...

LUISITA. *A Liboria, que se asoma a la puerta.* ¿Son ellos?

LIBORIA. Ellos son; sí, señora.

LUISITA. *Yendose a recibirlos.* ¡Ay, Jesús! Esto parece una pesadilla.

FOSO. ¡Culparme a mí!... ¡culparme a mí!... ¡Pues, hombre! ¿Soy yo el Papa?

DON JOVITO. ¡Tremenda desgracia, señores! Yo he presencido aquello y todavía no he entrado en calor.

LIBORIA. Es un espanto, don Jovito. ¡Y en la situación que les coge!

DON JOVITO. Pues eso es lo horrible: que aquí no hay pan para mañana. ¡Deben hasta el aire!

FOSO. ¡Chito, que llegan ya!

Llegan, en efecto, don Abel, Eduardo, Irene y Luisita, por este orden, silenciosos y mustios. Don Abel se sienta en una silla, abatido, sin decir palabra. Su hijo Eduardo permanece un momento abrazado a su hermana y luego se sienta también sin hablar. Luisita reprime sus nervios. Todos contemplan al autor con aire compasivo. Nadie se atreve a romper el silencio en un rato.

DON ABEL. *Mirando a Foso, lleno de aflicción.* Amigo Foso, hemos perdido la batalla.

FOSO. Lo sé, don Abel; y soy el primero en lamentarlo. Pero no tengo yo la culpa.

DON ABEL. Y ¿quién lo culpa a usted, señor?

FOSO. ¡Todos los presentes!

DON ABEL. ¿Por qué? La culpa no es de nadie. La culpa es mía: enteramente mía. Y mucho me duele mi equivocación, si la hay, en efecto; pero lo que más me aflige, me indigna, es la manera brutal, desconsiderada, soez, con que se ha rechazado mi trabajo, que a nadie ofendía; con que se han pisoteado mis ilusiones.

IRENE. Pero la silba, ¿ha sido tan grande como dicen, papá?

DON ABEL. Ha sido tremenda, hija mía.

EDUARDO. Tremenda, hermana.

IRENE. ¿Ni aun en el paso de la muerte han aplaudido?

LUISITA. *Estallando.* ¿Cómo habían de aplaudir, si uno de la orquesta había puesto su sombrero junto a la concha del apuntador y los de arriba empezaron a tirarle cosas? ¡Qué país! ¡Qué asco!

FOSO. ¿También de eso seré yo responsable?

LUISITA. Lo que debes hacer, Abel, es darle más ensayos a la obra, acortar algunas escenas y meterle tres o cuatro chistes al principio. Si a ti no te salen, Castañeda, el sastre del portal, tiene muy buenas ocurrencias.

LIBORIA. ¡Eso! ¡Y que la traguen!

FOSO. Yo me reservo mi juicio.

DON JOVITO. ¿Y poniéndole música, gustaría?

LUISITA. ¡Qué barbaridad!

IRENE. Calle usted, por Dios, don Jovito...

LIBORIA. ¡Miste que música! ¡Vamos!

DON JOVITO. Ustedes perdonen.

LUISITA. No hay más que hacer lo que yo he dicho, y quitar el cura. Al público le ha chocado el cura. Salió el cura, y todo se lo llevó el diablo.

LIBORIA. Como que dice mi marido que las cosas de la Iglesia no se deben sacar a las tablas.

DON JOVITO. ¡Mucho! ¡mucho!

LUISITA. Ya recordará éste que se lo aconsejé: haz de ese cura un comandante. No es preciso que sea el confesor de la familia. Los militares tienen mucha autoridad siempre. ¿Qué opina usted, Foso?

FOSO. Insisto en que me reservo mi juicio. Pero sí diré que cuando a mí me silbaron *La herencia fingida o Los crímenes de los protestantes...*

IRENE. Déjese usted de protestantes ahora.

DON ABEL. Sí, sí; no deliremos. Lo ocurrido esta noche es irremediable.

IRENE. Irremediable; ésa es la verdad.

LIBORIA. ¡Qué dolor! ¡Con lo que aquí se ha *fantasiao!...*

DON JOVITO.

Mala la hubisteis, ingleses,
en esa de Roncesvalles...

FOSO. Franceses, hombre.

DON JOVITO. Yo sé por lo que digo *ingleses.*

LIBORIA. ¿Están llamando?

IRENE. ¿Quién podrá ser ahora?

LUISITA. Castañeda, el de abajo, seguramente.

LIBORIA. Deje usté; yo iré. *Vase.*

FOSO. Pero, amigo don Abel, no sé qué me da verlo de esa manera. Levante usted el ánimo, hombre de Dios, que quién más, quién menos, ya sabemos a qué sabe el jarabe de silba. ¿O cree usted, por ventura, que es el primero a quien le ponen las orejas calientes? Han silbado a Lope, a Calderón, a Moreto, a Zorrilla, a Tamayo, a mí... ¡a todos, hombre, a todos!

LUISITA. Y, aparte de eso, Abel, que la obra es muy bonita, digan lo que quieran; que en el público ha habido gente envidiosa y gente pagada...

DON JOVITO. Y gente que no ha pagado también...

LUISITA. Que los cómicos la han degollado...

DON ABEL. Eso sí; no cabe discutirlo.

LUISITA. Que tenemos que fundar un periódico...

Foso. ¡Bravo! ¡Un periódico!

Don Jovito. Por ahí...

Foso. ¡Muy bien! ¡muy bien! Yo me encargo de la revista de teatros.

Luisita. Sí, señor; porque es muy triste que haya que aguantarse en un caso así.

Don Abel. Calla, Luisita, calla. Callad todos. No disparatemos en nuestro afán de hallar paliativos a lo que no los tiene. Mi desengaño ha sido tan grande, tan cruel, que me hace abrir los ojos a la realidad. ¿Qué importa ahora que el drama sea malo o sea bueno, ni que el cura deba ser militar, ni que yo tenga quien me envidie, ni que Foso se equivoque o acierte, ni que en el público haya habido mala fe, ni que al castigarme haya empleado groserías de taberna o de plaza de toros? Lo tremendo aquí, lo pavoroso, es mi ruina total, mi ruina abrumadora; es que yo dejé mis medios de vivir por estas caballerías del teatro, y sacrifiqué neciamente a mis hijos; es que no veo solución a este desastre; es que no sé, no sé qué va a ser de mí ni de los míos, derrumbadas las esperanzas que puse en mi obra...

Don Mauricio se presenta oportunamente en la puerta.

Don Mauricio. ¿Se puede pasar?

Movimiento de todos.

Don Abel. ¿Eh? *Avergonzado al verlo.* ¡Mauricio!

IRENE. *Con timidez.* Adelante, señor de Regla, adelante.

Pasa don Mauricio y estrecha las manos a Irenita, mirando a los demás. Liboria asoma en este momento y contempla el cuadro. Foso vuelve a soplar la pipa. Cae rápidamente el telón.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Despacho elegante y severo de don Mauricio Regla y Salazar en un ministerio. Al foro, la mesa de trabajo y una mesita auxiliar. Chimenea encendida a la derecha del actor. Mampara a la izquierda. Es de día.

Bermúdez pone documentos a la firma de don Mauricio.

DON MAURICIO. ¿Anoche se trabajó de firme?

BERMÚDEZ. Todo el personal estuvo aquí. El señor ministro quería esos datos para la sesión de hoy.

DON MAURICIO. ¿Quién ha escrito esto?

BERMÚDEZ. Un sobrinillo mío, que sirve de temporero hace un mes.

DON MAURICIO. Tiene bonita letra.

BERMÚDEZ. Algo recuerda la escuela todavía.

DON MAURICIO. Esta noche lo necesito a usted.

BERMÚDEZ. ¿A qué hora?

DON MAURICIO. Después de cenar. Nos reunimos en el café y nos venimos juntos. ¿Hay más?

BERMÚDEZ. No, señor. ¿Manda usted otra cosa?

DON MAURICIO. Nada. No deje usted de comprobar eso en la *Gaceta*.

BERMÚDEZ. Ahora mismo. Hasta luego.

DON MAURICIO. Adiós, Bermúdez.

Vase Bermúdez con todos los documentos firmados.

Don Mauricio fuma y hojea papeles. Despues oprime el botón de un timbre, que suena dentro, y aparece Parra por la mampara.

Parra es el portero mayor. Frisa con los cincuenta.

DON MAURICIO. Oiga, Parra.

PARRA. Usía me dirá.

DON MAURICIO. Sin usía.

PARRA. Como es la primera vez que veo a usía esta mañana...

DON MAURICIO. ¡Sin usía, hombre! Menos usía y más obediencia. ¿Ha venido alguien?

PARRA. Precisamente acaba de llegar el caballero de que ayer me habló usted.

DON MAURICIO. Y ¿cómo no lo ha hecho usted pasar?

PARRA. Porque acaba de llegar, precisamente.

DON MAURICIO. Pues que pase, que pase.

PARRA. En seguida. *Se va.*

Don Mauricio se levanta, y de espaldas a la chimenea espera la visita. De pronto, Parra vuelve a abrir la mampara y deja pasar a don Abel.

DON ABEL. ¿Hay permiso?

DON MAURICIO. Entra, hombre, entra. ¿Cómo te va?

DON ABEL. Tirando.

DON MAURICIO. ¿Y la gente menuda?

DON ABEL. Bien todos. ¿Y tu hermana?

DON MAURICIO. Así, así. *Mira a Parra.*

PARRA. ¿Desea usted algo?

DON MAURICIO. Sí, señor: que se vaya usted, y que no se quede escuchando detrás de la mampara, como otras veces.

PARRA. Entendido.

DON MAURICIO. Lo he dicho bien claro.

Vase Parra.

DON ABEL. Veo que no cambias de carácter. Genio y figura...

DON MAURICIO. Es que este buen Parra es muy entrometido y muy hablador, y si no lo pongo a raya, capaz es de acercarse a contarnos un cuento. Pero deja el sombrero, simple. ¿Vas a gastar cumplidos?

DON ABEL. *Obedeciendolo.* Soy el pobre escribiente del ilustrísimo señor don Mauricio Regla y Salazar.

DON MAURICIO. Eso, luego. Ahora eres mi amigo Abel Secano. *Lo abraza.* ¿Te has venido a cuerpo?

DON ABEL. Sí.

DON MAURICIO. Pues hace un frío de todos los demonios.

DON ABEL. *Suspirando.* Sí lo hace, sí; pero... me he venido a cuerpo. Achaque de escribientes.

DON MAURICIO. Ya se atenderá a todo. ¿Quieres un cigarrillo?

DON ABEL. Dámelo. ¡Buen despacho tienes!

DON MAURICIO. No es malo, no.

DON ABEL. Te lo mereces todo, Mauricio. Mi familia está que no sabe dónde ponerte. Irenita ha recortado un retrato tuyo de no sé qué periódico, le ha hecho un marco de paja de un sombrero mío y te ha colgado en el comedor.

DON MAURICIO. ¡Ja, ja! Dile que lo quite. Yo os mandaré uno bueno.

DON ABEL. Te lo cuento para que veas hasta dónde mis hijos saben agradecer lo que haces por su padre.

DON MAURICIO. Bien está, bien está.

DON ABEL. A mí me has salvado.

DON MAURICIO. Calla.

DON ABEL. Sobre sacarme de la cabeza mis caballerías literarias, mis locuras, me das un medio decoroso para que no me muera de hambre. Recobro el juicio, tengo pan que llevar a mi casa, y tengo tu amistad, que vale más que todo ello junto.

DON MAURICIO. Oye una cosa. Tu reposición en tu antiguo destino va en vías de conseguirse. El ministro está conmigo a qué quieres boca. Allá veremos. Por de pronto, y por si tarda en arreglarse la combinación, aquí tienes esto que yo te doy. Es una a manera de gratificación por trabajos extraordinarios: sale de los gastos del material. Yo siento que sea tan poca cosa; pero, chico, algo es algo... Menos da una piedra.

Don Abel. A mí me parece lo que me das un monte de oro; pero si te cuesta la menor violencia el proporcionármelo...

Don Mauricio. No digas tonterías. Ni se hable más del particular.

Breve pausa.

Don Abel. Qué, ¿no trabajamos?

Don Mauricio. Ahora, hombre, ahora; no tengas prisa. Lo tomas con ganas.

Don Abel. Sí; te aseguro que sí. Creía yo que al volver a subir las escaleras de esta casa, después de más de tres años de voluntario olvido, sentiría tristeza, pesadumbre; el dolor del retorno a la cárcel... Y ha sido al revés: he entrado animoso, contento... Y ¿a que no sabes a quién me he encontrado en la primera mesetilla?

Don Mauricio. ¿A quién?

Don Abel. A don Jesús.

Don Mauricio. ¡Ah! El gran don Jesús...

Don Abel. Y está lo mismo: parece que duerme en aguardiente. Me ha dicho que sigue haciendo sus visitas a nuestro negociado. ¿Querrás creer, chico, que desde que me dediqué a dramaturgo nunca volví a poner los pies allí?

Don Mauricio. Ya, ya.

Don Abel. ¿Se murió Cabra?

Don Mauricio. No. En el mismo pupitre lo tienes. Por razón de economías le han rebajado el sueldo mil reales, pero allí sigue.

Don Abel. Y no es que él se queje, ¿eh? ¡Pobre Cabra!

Don Mauricio. Vamos a trabajar. *Toca el timbre.*

Don Abel. Cuando quieras. Soy tuyo. Vuelvo a lo que fuí lleno de alegría; de alegría sana... de alegría... de alegría... Yo tenía una facilidad de palabra que voy perdiendo.

Don Mauricio. No te importe. *A Parra, que se presenta en la mampara.* Traiga usted leña. *A don Abel.* Vas a ponerte frente a mí; aquí, en mi misma mesa. *Se sienta en su sillón. Don Abel obedece y se coloca frente a el.* Primero que nada quiero que copies esto.

Don Abel. Lo que tú me digas. ¿Hago letra corriente o de adorno?

Don Mauricio. Corriente... Esmeradita, ¿sabes?

Don Abel. Descuide usted. Digo, descuida. ¿Te parece?

Don Mauricio. Yo, mientras, voy a preparar... Porque, chico, me traen de cabeza.

Pausa breve. Trabajan los dos.

Asómase Bermúdez, y habla con don Mauricio desde la puerta.

Bermúdez. ¿Da usted su permiso?

Don Mauricio. Adelante, Bermúdez. ¿Qué hay?

Bermúdez. El señor ministro que tenga usted la bondad de ir a su despacho.

Don Mauricio. Dígale usted que voy en seguida. ¿Hay alguien con él?

BERMÚDEZ. Sí, señor; ese diputado andaluz...

DON MAURICIO. ¿Narbona?

BERMÚDEZ. El mismo.

DON MAURICIO. Ya sé lo que quiere. Voy allá.

Vase Bermúdez. Don Mauricio busca unos papeles, y cuando va a marcharse lo llama don Abel.

DON ABEL. Mauricio.

DON MAURICIO. ¿Qué pasa?

DON ABEL. *Mostrándole el original de lo que copia.* Aquí se te ha escapado un galicismo.

DON MAURICIO. Bueno, pues déjalo; no te preocupes tú de esos detalles.

DON ABEL. Dispensa.

DON MAURICIO. Estás dispensado. En esta oficina, ninguno que tenga menos sueldo que yo, escribe mejor que yo. *Vase.*

DON ABEL. ¡Je! Sus genialidades de siempre... Pero en esta oficina, como en todas, es un disparate escribir *desapercibido* por *inadvertido.* Y no hay que darle vueltas. *Vuelve a su labor.* También este *cuyo* es sandunguero... En fin, allá él... Una cosa es la amistad, y el estilo es otra cosa.

Llega Parra con leña para la chimenea, cantando flamenco.

PARRA.

Tú me dejaste solito...

DON ABEL. ¿Eh?

PARRA. ¡Ah! Usted perdone. Como vi salir al señor Regla, y no tenía costumbre de que usted viniese, creí que el despacho estaba solo.

DON ABEL. Ya.

Parra mueve en la chimenea los tizones y echa leña de la que trae.

PARRA. Se me hace raro que don Mauricio pida fuego... ¡Digo! Él está siempre echando lumbre... Vamos, echando lumbre en el buen sentido... No es esto criticar.

De improviso ábrese violentamente la mampara, y aparece Urrutia sombrero en mano.

PARRA. ¡Hombre! ¡hombre! ¿qué manera de entrar en un despacho es ésa?

URRUTIA. No... no creí que el muelle estaba tan flojo.

PARRA. Lo primero es pedir permiso.

URRUTIA. ¿Sí, verdad?

PARRA. ¿Qué se le ofrece a usted?

URRUTIA. Me... me ha dicho el señor Regla que pase y que lo espere aquí. Y... y no doy más explicaciones.

PARRA. ¡Bueno, hombre, bueno! ¿Tiene usted usía?

URRUTIA. To... todo se andará. *Reparando en don Abel, que lo está mirando sonriente.* ¡Don... don Abel!

DON ABEL. ¡Amigo Urrutia!

URRUTIA. ¡Tan... tanto tiempo sin verlo! ¿Cómo sigue usted?

Don Abel. Bien, ¿y usted? ¡Está usted más gordo!

Urrutia. La... la buena vida. Y... usted está más alto.

Don Abel. ¿Más alto? ¡Ya no tengo edad de crecer!

Urrutia. Se... serán los tacones.

Parra. *Al marcharse, por decir algo.* No alcen mucho la voz, que luego se oye todo y se enfada el señor ministro.

Urrutia. ¿Ah, sí? Yo... yo creí que el ministro era usted.

Parra. Pues yo lo tomé a usted por el presidente del Consejo. ¡Mira éste ahora! *Se va.*

Urrutia. ¡Qué... qué tunante! Se... se figuran que son generales porque tienen galones. Me... me las traigo yo con los porteritos.

Don Abel. ¡Vaya, vaya con el amigo Urrutia! ¡Si viera usted lo que yo gozo saludando a mis antiguos compañeros de covachuela!

Urrutia. Y... y ¿qué hace usted aquí, ahora que me acuerdo?

Don Abel. *Vergonzosamente.* Pues... nada... que Mauricio me necesita para un trabajo delicado... y como yo soy siempre el mismo... el amigo de mis amigos .. ¿Y usted? ¿A qué debemos esta visita?

URRUTIA. Ven... vengo a darle las gracias a don Mauricio.

DON ABEL. ¿Por qué?

URRUTIA. Me... me ha ascendido a seis... Me... me ha hecho hombre. Usted calcule: siete duritos más...

DON ABEL. Que sea enhorabuena, querido Urrutia. *Se sienta junto a la chimenea.*

Urrutia se sienta tambien, despues de calentarse un poco.

URRUTIA. ¿A usted lo ha colocado de nuevo?

DON ABEL. Tras de ello anda ahora.

URRUTIA. ¿Pe... pero eso no querrá decir que usted abandone el teatro?

DON ABEL. Hombre... el teatro... el teatro...

URRUTIA. ¿Es... estrenó usted *La cotorra herida?*

DON ABEL. *La paloma...*

URRUTIA. Eso es: *La paloma mensajera.*

DON ABEL. *Herida, herida.*

URRUTIA. *Herida*, eso es. ¡Qué cabezota soy!

DON ABEL. La estrené, sí señor: en mal hora... y por mi desgracia.

URRUTIA. ¿Se... se la *machacaron* a usted?

DON ABEL. Y ¿cómo no, querido Urrutia? *La vida es sueño* no resiste el embate de aquel público inculto, brutal, para quien la única diversión era el fracaso. ¡Qué noche! No quiero acordarme. Ya pasó, ya pasó.

URRUTIA. A... a mí, en buena hora lo diga,

hasta el presente no me han *machacado* ninguna.

DON ABEL. *Atónito.* Pero... ¿cómo? ¿Usted?... ¿Usted?...

URRUTIA. ¡Qué... qué cara pone!

DON ABEL. ¿Usted también se ha dado a las letras?

URRUTIA. ¿A... a las letras? ¡Un cuerno! ¡Al... al teatro! He estrenado un par de piececitas... con un amigo.

DON ABEL. ¿Dónde?

URRUTIA. En... en la *Sociedad Carrascosa.*

DON ABEL. Y ¿quién es Carrascosa?

URRUTIA. Ca... Carrascosa es un *fresco* que ha hecho dos sainetitos y que ya tiene *Sociedad.*

DON ABEL. ¡Caramba, hombre, caramba! ¡Qué sorpresa!

URRUTIA. La... la última la estrené el mes pasado.

DON ABEL. ¿Cómo se titula?

URRUTIA. *Cas... Castañas al vapor.* Es muy gorda.

DON ABEL. Y ¿gustó?

URRUTIA. Se... se rieron. A... ahora resulta que tengo gracia, don Abel.

DON ABEL. No es mala fortuna.

URRUTIA. Ver... verdad que no; porque el público no quiere tristezas.

DON ABEL. Sí; pero métase usted a torcer el temperamento del artista. Yo no siento lo cómico; no lo siento. A usted, verbigracia, le sale al

paso una pelota de mosquitos en el Retiro, y hace un chiste.

URRUTIA. Se... seguramente.

DON ABEL. Yo, no: yo veo el paludismo que acecha.

URRUTIA. Pues... pues es una gaita. Y ¿sabe usted lo que le digo? Que no ganará nunca dinero con esas cosas.

DON ABEL. Bien, eso es aparte; yo ya no me ocupo...

URRUTIA. ¿Có... cómo que no?

DON ABEL. No, señor, no; estoy desengañado, vencido... Paso de escritor a escribiente.

URRUTIA. ¡Buen tonto está usted! Pudiendo hacerse rico...

DON ABEL. Hay mucho de leyenda en eso.

URRUTIA. Si... si yo, con los argumentos que se me ocurren, supiera redactar como usted...

DON ABEL. ¿Qué quiere decir redactar?

URRUTIA. Re... redactar. Mire usted, don Abel: en lo que hablan los personajes de mis obras, ¡anda con Dios! que mal que bien, me apaño, porque si se me va alguna faltilla de ortografía, co... como las haches no suenan, a Dios gracias, desde el público no se advierte; pero me pongo a redactar, es un ejemplo, dónde han de estar las puertas, o si hay escalinata en un jardín, o un ga... gabinetito modernista, de estos complicados, y ya me tiene usted sudando a chorros.

Don Abel. ¡Ah! naturalmente. Careciendo de letras, de cierta cultura... A mí eso no me importa. Yo tiro de pluma y me describo a San Francisco el Grande sin dejar un santo en el tintero.

Urrutia. Es... es que usted ha leído muchas novelas. ¡Ojalá encontrara yo un colaborador como usted!

Don Abel. Vamos, vamos; ¿quiere usted callar, hombre?...

Urrutia. No... no se haga usted el chiquito. Oiga usted, oiga usted... Le... le voy a contar a usted un argumento que se me ha ocurrido en el tranvía.

Don Abel. ¡Ja, ja, ja! ¡Este Urrutia!...

Urrutia. Ve... verá usted. Ello es un capitán de un barco mer... mercante, que trae de América dos loros.

Don Abel. ¿Dos loros?

Urrutia. Sí... sí, señor; si por eso me equivoqué yo con lo de la cotorra; porque venía reinando en esto de los loros. Bueno, pues en la travesía... Pero, no; verá usted: uno de los loros es para la que... queridilla del capitán...

Don Abel. ¡Je!

Urrutia. Y el otro para una vieja muy beata. En la tra... travesía, que es a lo que iba antes, al loro de su queridilla le enseña muchas pa... palabrotas, por... porquerías, co... cosas verdes, para reírse luego cuando estén almorzando; y al de la beata le enseña la letanía, el gori-gori, y

otras pamplinas por el estilo. Bueno, pues el criado del capitán, al llevarlos así que llegan, cam... cambia los loros.

DON ABEL. ¡Ja, ja, ja! ¡Es graciosísimo!

URRUTIA. ¿Verdad que lo es?

DON ABEL. Está, está bien ideado.

URRUTIA. ¿Quiere usted que hagamos la obra juntos?

DON ABEL. ¿Juntos?

URRUTIA. Sí, señor.

DON ABEL. No... si yo no... Estoy fuera de juego... Además, me he prometido a mí mismo... Aparte de que no tengo gracia maldita.

URRUTIA. ¿Que no tiene usted gracia? ¡Por quintales!

DON ABEL. ¿Yo?

URRUTIA. ¡Natural! El que se cree que no la tiene es el que la tiene, como me pasa a mí.

DON ABEL. Es posible... es posible...

URRUTIA. Há... hágame usted caso: yo vivo en la calle de Latoneros, cuatro, segundo. Se va usted por allí unas cuantas tardes, y pitillo va, pitillo viene, nos sorbemos la obra en ocho días.

DON ABEL. Pero si la cuestión es que yo tengo el compromiso moral... Y cuidado que en ese tema de los loros empiezo a ver cosas... ¿Usted habrá imaginado la acción en casa de la vieja?

URRUTIA. Es... es igual.

DON ABEL. Porque a mí se me ocurre que esa vieja puede tener una criada picantilla...

URRUTIA. Sí, señor; ¡con un novio soldado!

DON ABEL. ¡Muy bien! ¡Y entre los dos le enseñan más picardihuelas al loro!

URRUTIA. ¡Y los sorprende la beata y... y tiene que esconderse el soldado debajo de la mesa!

DON ABEL. ¡Ja, ja, ja!

URRUTIA. ¡Ja, ja, ja!

Los dos se ríen de buena fe, con la llama de la inspiración en los ojos.

Llega don Mauricio en tal punto, más cargado de papeles que se marchó, y los observa estupefacto. Don Abel y Urrutia, engolfados como se hallan en su creación, no advierten la presencia del jefe.

DON ABEL. ¡Y haremos que esté un poco borracho!

URRUTIA. ¡Su... superior! ¡Y que diga algunas cosas en voz alta!

DON ABEL. Y la criada le dirá a la vieja: «¡Es el loro, es el loro!» ¡Ja, ja, ja!

URRUTIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene usted más gracia que yo!

DON ABEL. No, hombre... Lo que hay es que en este asunto veo... veo... reconozco que veo...

En efecto, ve a don Mauricio y se queda yerto. Urrutia lo ve tambien después y quisiera que la tierra se lo tragase. Hay unos momentos en que don Mauricio acusa con la mirada a los dos y ellos no se atreven ni a respirar.

DON MAURICIO. *Con entereza.* ¡Salga usted de mi despacho, señor Urrutia!

URRUTIA. Don... don Mauricio...

DON MAURICIO. ¡Salga usted! *Urrutia se estremece y se encamina hacia la mampara tembloroso y desconcertado. A mitad de camino don Mauricio vuelve a llamarlo.* ¡Oiga usted!

URRUTIA. *Volviéndose de un salto.* Man... mande usted.

DON MAURICIO. ¡Sirva usted para algo! *Entregándole unos pocos papeles de los que trae.* Llévele usted estos documentos al señor Cortegana.

URRUTIA. ¿Quien... quién es el señor Cortegana?

DON MAURICIO. ¡Tiene usted el deber de saberlo!

URRUTIA. Es... es verdad... Yo... yo venía a darle a usted la enhorabuena... digo, no... a que me diera usted las gracias... digo, no...

DON MAURICIO. ¡Silencio! *Dice esto tan violentamente, que del susto que le da se le caen los papeles a Urrutia.* ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Recoja usted esos documentos en seguida, y ordénelos según estaban, o lo suspendo a usted de empleo y sueldo!

URRUTIA. Sí... sí, señor. ¿Es *pata* la mía? *Como puede el hombre recoge los papeles del suelo, invirtiendo doble tiempo del que invertiría si estuviera tranquilo, y luego procura ordenarlos sobre la mesita auxiliar.*

Entretanto don Abel y don Mauricio hablan lo que sigue:

DON MAURICIO. Abel, lo que he visto, ni si-

quiera es digno de ti. Me has engañado: me has traicionado.

Don Abel. Perdóname. Es muy difícil en tan pocos días aventar las cenizas de unas ilusiones, acaso por locas más queridas... Si alguna vez has tenido ilusiones, sabrás perdonarme.

Don Mauricio. He tenido ilusiones; y aún las tengo. Pero cuando han sido desatinadas, he sabido ahogarlas en flor. Para eso está el sentido común. ¿Es que tus promesas nada pueden contigo? ¿Es que nada valen tampoco mis consejos? ¿O es que vas a recobrar la razón cuando te estés muriendo, como Don Quijote? Siéntate, que para que le tomes el gusto al trabajo, vamos a llevarnos aquí hasta las tres de la madrugada.

Don Abel. Lo que tú ordenes haré yo.

Don Mauricio. Coge cuartillas, que te voy a dictar. *Mientras don Abel se dispone a ello, dice contemplándolo con lástima.* (Es enfermedad incurable. ¡Pobre amigo mío! Está loco: no tiene atadero.)

Don Abel. Cuando gustes.

Don Mauricio. *Paseando.* Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, coma... de la Armada, coma...

Urrutia, oyéndolo dictar, se esfuerza en reprimir la risa.

Don Abel. *Sin esperar más comas.* Pero, Mauricio...

DON MAURICIO. ¿Qué?

DON ABEL. Me dejas turulato. ¿Aún sigues con tu antigua manía de reformar y regenerar a España?

DON MAURICIO. Aún sigo, sí... Escribe. De la Agricultura, coma... de la Industria, coma... *Suena un timbre.* Aguarda un instante. *Se va.*

DON ABEL. *Apenas desaparece don Mauricio.* ¡Pobre amigo mío! Está loco: no tiene atadero.

URRUTIA. No... no, señor, no lo tiene. Le... le riñe a usted porque escribe comedias, y está todavía con la pa... paparrucha de las bases.

DON ABEL. ¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Qué cosas!... Indudable, amigo Urrutia, indudable... La vida es una gran tragedia con personajes de sainete.

URRUTIA. ¡Mu... muy bien dicho!

DON ABEL. ¿Quién había de pensar que ese hombre?... ¡Si hay para soltar la carcajada!

URRUTIA. ¡Pa... para soltar la carcajada!

DON ABEL. Es claro: el público hace bien... Lo que quiere es risa y más risa... y risa y más risa...

URRUTIA. ¿Qué... qué le he dicho a usted yo?

DON ABEL. ¡Como que en la vida no hay más que tipos cómicos! Yo soy un tipo cómico.

URRUTIA. ¡Sí... sí, señor!

DON ABEL. Usted es un tipo cómico.

URRUTIA. ¡Sí... sí, señor!

DON ABEL. Mauricio es otro tipo cómico,

URRUTIA. ¡Sí... sí, señor!

DON ABEL. El propio ministro del ramo, ¿no es un tipo cómico?

URRUTIA. ¡Más cómico que todos juntos!

DON ABEL. Sí, sí... Como la luz, como la luz... Hay que escribir una obra cómica. Amigo Urrutia...

URRUTIA. A... amigo don Abel, ¿lo aguardo a usted mañana?

DON ABEL. No, señor; esta noche.

URRUTIA. ¡Me... mejor que mejor!

DON ABEL. ¿Latoneros?

URRUTIA. Cua... cuatro, segundo.

DON ABEL. Pues hasta luego.

URRUTIA. Hasta luego.

DON ABEL. ¡Un abrazo, colaborador!

URRUTIA. *Abrazándose a él.* ¡Un... un abrazo! ¡El porvenir es nuestro!

DON ABEL. ¡Saldremos a la escena juntos!

URRUTIA. ¡Co... como Daoiz y Velarde!

DON ABEL. ¡Hasta luego!

URRUTIA. ¡Has... hasta luego! *Yendose radiante de júbilo.* Ti... tipos cómicos... ti... tipos cómicos... muchos ti... tipos cómicos...

DON ABEL. *Echando llamas por los ojos.* Tipos cómicos... tipos cómicos... No hay más que tipos cómicos...

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, mayo y noviembre, 1905.

HERIDA DE MUERTE

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Teatro de la Princesa el 14 de marzo de 1910.

A MARÍA GUERRERO,
alma y vida de nuestra escena, sus
devotísimos admiradores y amigos,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ARACELI	María Guerrero.
EDUARDO	Mariano Díaz de Mendoza.
JACINTO	Luis Martínez Tovar.
FERMÍN	José López Alonso.

HERIDA DE MUERTE

Elegante salita en que el joven doctor Jacinto Cañales recibe, en su casa de Madrid, a lo más granado de su clientela femenina. Una puerta al foro y otra a la izquierda del actor. Es de noche. Luces.

Jacinto, vestido de frac, pasea fumando. Por la puerta del foro llega de la calle Eduardo, su hermano, tambien de frac.

EDUARDO. ¡Mediquillo!

JACINTO. ¡Hola, abogadete! Dios te guarde. ¿Tú por esta casa?

EDUARDO. ¿Y María?

JACINTO. Allá dentro, esperándome.

EDUARDO. ¿Vais al teatro, por supuesto?

JACINTO. Sí; a la Princesa.

EDUARDO. Yo también.

JACINTO. ¡Ah! ¿entonces vienes para que nos vayamos juntos?

EDUARDO. No; vengo a otra cosa: vengo contra ti.

JACINTO. Pues de milagro me pescas. Ya debía estar en el teatro...

EDUARDO. ¡Hombre, por Dios! ¿Tú, el médico

más elegante de Madrid, incurres en la vulgaridad de ver el acto primero de las comedias? ¡Bah!

JACINTO. ¿Qué quieres? Incurro en esa vulgaridad, y en la de no levantarme de mi sitio hasta que baja el telón en el último acto.

EDUARDO. Pues no sé cómo tienes tanta y tan distinguida clientela. A mí el acto primero me lo explica siempre un acomodador y el desenlace el guardarropa.

JACINTO. Bien está. Bromas aparte, cuéntame qué es lo que te trae contra mí. O entra primero a ver a María, que dice que eres el número uno de los cuñados ariscos y descorteses. Nos llama Caín y Abel.

EDUARDO. ¿Caín eres tú?

JACINTO. Por decontado.

EDUARDO. Pues oye, Caín. Ahora entraré a ver a tu costilla. Oye. ¿Tienes inconveniente en presentarme esta noche en el teatro a la Villa-Serena?

JACINTO. ¿A la Villa-Serena? ¿A Beatriz? Ninguno. Pero ¿tú para qué quieres conocer a Beatriz?

EDUARDO. ¡Oh! Comprende que no será para verle el escote, porque eso se ve perfectamente desde todos los puntos del teatro.

JACINTO. Entonces, ¿para qué?

EDUARDO. Para nada. Si a mí no me importa un bledo esa señora respetable...

JACINTO. ¿Pues por qué me pides que te la presente?

EDUARDO. Porque a su palco van desde hace algunas noches unos ojos negros, puestos en la cara más linda que sostiene el cuerpo más bello de la mujer más hermosa que hay en todo Madrid.

JACINTO. ¡Anda con Dios! ¿Al palco de la Villa-Serena va todo eso?

EDUARDO. Justo. ¿De qué te ríes?

JACINTO. ¿Cómo se llama esa mujer?

EDUARDO. Araceli Rivera.

JACINTO. *Sorprendido.* ¿Araceli Rivera?

EDUARDO. La misma. ¿Qué te choca?

JACINTO. Y ¿tú quieres tratar a Araceli Rivera?

EDUARDO. Sí, hombre. ¿Qué inconveniente hay?

JACINTO. ¿Cuál es tu intención?

EDUARDO. No lo sé todavía. Ni hay por qué analice mis sentimientos. Pero tengo una necesidad imperiosa de hablar con ella y de decirle que ha nacido como Venus: del mar entre la espuma.

JACINTO. ¿Sabes, Eduardo, que no conozco un calavera de más suerte que tú?

EDUARDO. De más gusto, querrás decir.

JACINTO. De más suerte, digo. ¿Por qué crees que me has encontrado en casa a estas horas?

EDUARDO. ¡Qué sé yo!

JACINTO. Porque estoy esperando a la propia

Araceli Rivera, que va a llegar de un momento a otro.

EDUARDO. ¿Tú?

JACINTO. Yo.

EDUARDO. ¿Que Araceli Rivera...?

JACINTO. Va a venir a mi casa de un momento a otro.

EDUARDO. ¡Jacinto!

JACINTO. Mira. *Le muestra una carta.*

EDUARDO. ¿Es suya esa carta, Jacinto?

JACINTO. No.

EDUARDO. ¿De quién es?

JACINTO. De la Villa-Serena, su amiga, cabalmente. Escucha. *Lee.* «Querido Jacintillo: esta noche te voy a robar una hora de teatro. Dispénsame. Una amiga mía muy guapa—dicho sea esto en compensación de la penitencia que te impongo—desea consultarte. Me refiero a Araceli Rivera, que está herida de muerte, según ella cree, aunque por fortuna en esa creencia no la acompaña nadie. Ha visto a todos los médicos de Madrid, y casi del mundo, y ninguno ha acertado a curarla; pero todos coinciden en asegurarle que está como una rosa.»

EDUARDO. ¡Y lo está! ¡Si no hay más que verla!

JACINTO. Calla. *Sigue la lectura.* «Los padres se oponen resueltamente a que vea a más médicos. Yo creo que hacen bien; pero como soy muy amiga tuya y a ella la quiero mucho...»

EDUARDO. ¡Qué simpática es esa señora!

JACINTO. «... Y a ella la quiero mucho, te suplico que, con toda reserva, la oigas esta noche. Irá a tu casa antes de ir al teatro con la señora que al teatro la acompaña. Tú, que eres un hombre de ciencia y un hombre de mundo...»

Llega por la puerta del foro Fermín, el criado de Jacinto, con una tarjeta.

FERMÍN. Don Jacinto.

JACINTO. ¿Qué hay, Fermín?

FERMÍN. Esta señorita.

JACINTO. *Leyendo la tarjeta.* Ella es.

EDUARDO. ¿Araceli?

JACINTO. Araceli.

EDUARDO. ¿Que está ahí Araceli?

JACINTO. Sí, hombre; no te me vayas a desmayar.

EDUARDO. No, no me desmayo, pero... ¿A ti qué te parece que haga? ¿Me voy, me quedo, me meto debajo de la mesa?...

JACINTO. ¡Qué loco eres! Verás lo que vamos a hacer. Vas a conocerla antes que yo.

EDUARDO. ¿Cómo?

JACINTO. Mientras yo le cuento a María todo este lance tuyo, tú recibes a esa señorita tan guapa. Le dices que yo salgo al instante, le das un rato de palique, le juras que ha nacido entre las espumas del mar, como Venus, y cuando yo aparezca, se cambian los papeles: me dejas aquí y tú te vas a charlar con María.

EDUARDO. Muy bien. Me parece muy bien. Es un plan admirable.

JACINTO. ¿Ves como tienes más suerte que nadie en el mundo? Hazla pasar.

EDUARDO. Sí; ahora mismo. Vete tú.

JACINTO. Buena mano derecha. *Se va por la puerta de la izquierda.*

EDUARDO. Fermín.

FERMÍN. Señorito Eduardo.

EDUARDO. ¿Con quién viene esa señorita?

FERMÍN. Con una señora muy alta, con gafas verdes.

EDUARDO. Pues que entre sola.

FERMÍN. ¿La de las gafas verdes?

EDUARDO. No; la de los ojos negros.

FERMÍN. Está bien.

Vase por la puerta del foro. Eduardo espera emocionado la presencia de la hermosa Araceli, la cual justifica plenamente la emoción y la chifladura de Eduardo. Al aparecer se detiene anhelante en la misma puerta.

ARACELI. Doctor...

EDUARDO. Señorita... ¿Qué le sucede a usted?

ARACELI. No... nada... Perdóneme usted... Es una impresión la que me produce entrar aquí...

EDUARDO. ¿Por qué, señorita? Cálmese... Pase usted... Siéntese donde quiera...

ARACELI. *Obedeciendolo maquinalmente.* Mil gracias...

EDUARDO. ¿Está usted cómoda en esa silla? Aquí estará mejor.

ARACELI. Mil gracias... mil gracias.

EDUARDO. Pero, cálmese; procure calmarse...

ARACELI. No puedo... no puedo... Le suplico a usted que me perdone. Soy rídícula, ya lo sé; pero no puedo, no puedo calmarme en un rato. ¡Si usted supiera el esfuerzo que me ha costado subir hasta aquí!

EDUARDO. ¿No ha subido usted en el ascensor?

ARACELI. Sí. Pero ¿y el esfuerzo que me ha costado entrar en él?

EDUARDO. ¿Le dan a usted miedo los ascensores?

ARACELI. No, señor: me dan miedo los médicos. Es decir, los médicos y los ascensores y todo. Esta es la verdad. Todo me estremece, todo me aterra, todo me sobresalta... ¡Ay, doctor!

EDUARDO. *Encantado.* ¡Ay, doctor!

ARACELI. ¿Va usted a hacerme burla?

EDUARDO. ¡Qué disparate! Es que ya que la veo más tranquila, debo advertirle a usted...

ARACELI. *Con susto.* ¿Qué?

EDUARDO. Nada, nada de particular... no se altere de nuevo.

ARACELI. Pero ¿qué tiene usted que advertirme?

EDUARDO. Que, en esta ocasión, el miedo de

usted a los médicos no está justificado todavía.

ARACELI. Por Dios... ni todavía, ni nunca. Usted se ha molestado con mis palabras.

EDUARDO. ¿Yo? ¡Yo, no! Esté usted segura, señorita.

ARACELI. Soy tonta, inconsciente... Digo sin pensar cuanto se me ocurre. Perdóneme usted una vez más. Los médicos me espantan, pero también me atraen. Ellos tienen el secreto de la vida... y ¡yo quiero vivir! ¡Quiero vivir, doctor, quiero vivir!

EDUARDO. Le alabo a usted el gusto, señorita; y me permito darle la enhorabuena.

ARACELI. ¿Por qué?

EDUARDO. Porque durante muchos años va usted a conseguir sin violencia alguna lo que quiere.

ARACELI. ¿Sí?

EDUARDO. ¿Cómo no? ¿Hay más que verle a usted la cara?

ARACELI. ¿Qué tengo en la cara?

EDUARDO. ¡Los ojos más hermosos que existen!

ARACELI. Deje usted las galanterías.

EDUARDO. Pues cierre usted los ojos.

ARACELI. *Halagada.* Je...

EDUARDO. La cara, Araceli, es el espejo del alma, según muchos. Para mí es el espejo del cuerpo. Si en el cuerpo hay fuerza y salud, a la cara asoman. Y no obstante la palidez momen-

tánea de su impresión primera al entrar aquí, la cara de usted canta salud.

ARACELI. ¡La de todos! ¡Lo mismo que todos! ¡Todos me dicen eso!

EDUARDO. ¡Naturalmente, señorita! ¡Si es usted un clavel de mayo!

ARACELI. No, doctor; no, doctor... Doctor, no; no me engañe usted... No, doctor; doctor, no; doctor, no...

EDUARDO. Doctor, no; doctor, no; estamos de acuerdo. Eso es lo que iba a advertirle a usted, precisamente.

ARACELI. ¿Qué?

EDUARDO. Que no está usted ante el doctor Cañales.

ARACELI. Ya, ya lo sé; ya vengo prevenida... Ya me ha dicho Beatriz... Para mí no será usted el doctor; será usted el amigo... el amigo benévolo, condescendiente... *Estrechándole una mano, cuyo aroma huele luego Eduardo en la suya, al descuido.* Muchas gracias.

EDUARDO. No es eso, señorita.

ARACELI. Sí es eso; si me lo ha dicho Beatriz: que es usted muy bueno, muy amable... muy artista... *De pronto, alarmadísima.* ¿Qué ha notado usted en mí que se huele la mano?

EDUARDO. Nada, señorita... Que la mano y usted... huelen sencillamente a gloria.

ARACELI. Je...

EDUARDO. Pero, a lo que iba, porque mi con-

ciencia no me permite... Al entrar usted por esa puerta, el doctor Cañales se fué por esa otra.

ARACELI. Entendido, entendido... No me dé usted más explicaciones. Será usted mi consejero, mi amigo, mi confesor... Todo, menos el médico.

EDUARDO. Muy bien. Todo, menos el médico. Muy bien. Ya no tengo inconveniente alguno en escucharla sin más explicaciones. *Toca un timbre que estremece a Araceli.*

ARACELI. ¡Ay!

EDUARDO. ¿Qué ha sido?

ARACELI. El timbre: ¿ve usted? Temblando, temblando por el timbre... *Le da la mano.* Mire usted, mire usted...

EDUARDO. Ya, ya... ¡Qué nervios!

ARACELI. ¡No se huela usted la mano, por Dios, que me voy a morir del susto!

EDUARDO. Je...

Se presenta Fermín en la puerta del foro.

FERMÍN. ¿Llamaba el señorito?

EDUARDO. Sí.

FERMÍN. ¿Qué desea?

EDUARDO. Que no estoy para nadie.

FERMÍN. Bien.

EDUARDO. Venga quien viniere, ¿lo oyes?

FERMÍN. Sí, señor. *Vase.*

EDUARDO. No estoy para nadie: es lo mejor. ¿Le molesta a usted esa puerta abierta? *La de la izquierda.*

ARACELI. A mí, no.

EDUARDO. A mí, sí. *La cierra.*

ARACELI. *Suspirando.* ¡Ay!

EDUARDO. Ea, y ahora vamos a ver de qué mal va usted a morirse. *Se le sienta al lado.*

ARACELI. No lo eche usted a broma, si ha de inspirarme confianza, doctor.

EDUARDO. Doctor, no.

ARACELI. Pues bien, amigo mío: no se ría de mi mal, que esa risa de los demás es mi mayor tortura. ¡Yo me muero, y mi padre se ríe!

EDUARDO. Eso no puede ser.

ARACELI. ¡Pues se ríe! Y mi madre se ríe también... ¡y yo me muero! Y mis amigas se ríen... ¡y yo me muero! ¡Y, la verdad, no creo que tenga ninguna gracia que yo me muera!

EDUARDO. Lo que tiene gracia es que usted crea que va a morirse. Por eso se ríen todos.

ARACELI. Es que ellos no están dentro de mí. ¡Y yo estoy muy mala por dentro!

EDUARDO. Por dentro, es posible; por fuera, no puede usted estar mejor.

ARACELI. No lo eche usted a broma.

EDUARDO. De ninguna manera. ¿Qué es lo que siente usted por dentro?

ARACELI. ¡El purgatorio y el infierno juntos! Óigame usted atentamente. Algo de lo que siento, sólo algo, podré explicarle a usted; mucho de lo que siento no, porque no daría con las palabras. ¡Ay, amigo mío! Siento unas angustias, y

unos pavores, y unos anhelos, y unas tristezas, y unos sobresaltos, y unas congojas, que no sé cómo vivo. Tengo constantemente un ansia de no sé qué... de no sé qué... que me hace suspirar y llorar por los rincones como una chiquilla. A veces el aire me parece que está lleno de enemigos invisibles que me persiguen y me quieren matar, y huyo de ellos desatentada. ¡Huír del aire! ¿No ve usted que esto es estar loca? Ni dormida ni despierta es mía mi voluntad. Las lágrimas siempre están a flor de mis ojos, y del llanto salto sin pensar a una risa sin alegría que a mí misma me aterra. Ni el sol tiene luz para mí, ni la vida atractivo ni encanto alguno. ¿Y mis caprichos? Mis caprichos son desatinados; son locos. Cruza volando un pájaro, y deseo con tal ansia que sea mío, que siento que la vida entera se me va tras él. Y si en aquel instante viniera a mis manos, seguramente, sin estimarlo en nada, yo volvería a echarlo a volar. ¡Y así vivo... mejor dicho, así muero, en medio de las risas de cuantos me rodean... y todos viven y se ríen, y sólo yo me muero llorando!

EDUARDO. No, no; no hay por qué llorar, Araceli; no hay por qué llorar. Serénese usted, que no hay por qué llorar. ¿Quiere usted un poco de agua?

ARACELI. No.

EDUARDO. ¿De azahar?

ARACELI. No.

EDUARDO. ¿De tila?

ARACELI. No.

EDUARDO. ¿De jerez?

ARACELI. Bueno. Pero, no: tampoco. No necesito tomar nada absolutamente. Lo que necesito es oírlo a usted. Ya estoy más sosegada.

EDUARDO. ¿Que necesita usted oírme, dice?

ARACELI. Sí, señor; necesito oírlo. Pronto, pronto.

EDUARDO. Bueno; pues me va usted a oir. Usted, Araceli... Usted, hermosísima Araceli...

ARACELI. Sin flores.

EDUARDO. Hemos quedado en que me va usted a oír. Ahora hablo yo, y yo curo a mis enfermas con flores. Usted, divina, encantadora Araceli, tiene, en efecto, todos esos males que a mí me ha dicho.

ARACELI. ¡No me asuste usted!

EDUARDO. Usted, si no quiere, no tendrá nada de cuanto me ha dicho.

ARACELI. ¡No me engañe usted!

EDUARDO. Porque yo le aseguro que todos esos temores, todas esas congojas, todas esas locuras sin fundamento van a durar lo que las pompas de jabón en el aire.

ARACELI. Por amor de Dios no me mande usted paseos, ni viajes, ni que me distraiga y tome yemas en jerez a cada momento, porque eso es lo que me mandan todos y lo que ya estoy decidida a no hacer. *A un movimiento de Eduar-*

do. Ni a escuchar siquiera. Me tiene muy harta ya la tal sinfonía. ¡Que me distraiga! ¡Qué más quisiera yo que poder distraerme! ¡Lo que yo daría por un libro capaz de sacarme de mí aunque sólo fuese algunas horas!... ¡Lo que yo daría por una ilusión que alumbrara mi espíritu siquiera un instante!... ¡Que salga, que dé grandes paseos, que vea gente! ¿Para qué he de verla, si nadie me importa? Además, doctor...

EDUARDO. Doctor, no.

ARACELI. ¿Usted se figura que yo no padezco más que esos males de que le hablado?

EDUARDO. ¿Qué más padece usted?

ARACELI. Mucho más, muchísimo más, infinitamente más padezco. La cabeza, la cabeza que en ocasiones me arde como un volcán, en otras me causa la sensación justa de que está hueca.

EDUARDO. ¿Hueca?

ARACELI. Hueca, sí; no se ría usted también. Es tal ausencia de peso, de gravedad, que se me antoja que va a salir volando, o que ya voló y no llevo nada sobre los hombros.

EDUARDO. Y se mira usted al espejo y se tranquiliza.

ARACELI. No se burle. Pero ¿usted ve lo que le cuento de la cabeza? Pues apenas hago caso de ello. Una preocupación mayor me domina. En el pecho es donde yo estoy herida de muerte.

EDUARDO. ¡Ave María Purísima!

ARACELI. ¡Oh! sí, sí; no lo dude usted. En el pecho tengo yo algo.

EDUARDO. Eso no lo discuto yo.

ARACELI. Es una opresión, una angustia, un faltarme el aire... *Aspirando con gran fatiga.* ¡Aaaah! ¿Ve usted? Me falta el aire. ¡Aaaah! Me falta el aire. ¡Aaaah! Me falta el aire. ¡Aaaah!

EDUARDO. Y si sigue usted así, me va a faltar a mí también.

ARACELI. No, no; usted quiere desorientarme con sus burlas, pero es inútil. En su cara he visto la impresión que le ha producido a usted este mal de mi pecho, y yo no me voy de aquí sin que usted me reconozca detenidamente.

EDUARDO. ¿Cómo que yo la reconozca?

ARACELI. Que usted me reconozca, sí.

EDUARDO. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

ARACELI. ¿Qué?

EDUARDO. *Voladísimo.* Nada, nada... Una criatura tan impresionable como usted... sometida a un reconocimiento de esa índole... ¡Qué desatino! ¡Buena íbamos a hacerla! ¿Usted no cuenta con el efecto moral, Araceli? Usted no cuenta con que usted... Usted no cuenta con que yo... ¡Usted no cuenta con muchas cosas!

ARACELI. ¡Ay, doctor! Ahora me parece usted más sincero. Acaso tenga usted razón. ¡Yo me muero si usted me reconoce! ¡Pero si no me reconoce usted, también me muero!

EDUARDO. Calma, Araceli, calma. No se mue-

re usted. Yo se lo afirmo sin reconocerla. Pero vamos a adoptar un término medio. Deme usted la mano.

ARACELI. ¿Para qué?

EDUARDO. Deme usted la mano.

ARACELI. ¿La derecha?

EDUARDO. Es indiferente. *Le toma una mano.* Suspire usted ahora.

ARACELI. ¡Ay, padre mío!

EDUARDO. Bien.

ARACELI. ¿Bien?

EDUARDO. Bien; bien. Suspire más fuerte, y ya que al suspiro acompañan palabras, dedíquele usted este segundo suspiro a otra persona.

ARACELI. ¡Ay, madre mía!

EDUARDO. Muy bien.

ARACELI. ¿Muy bien?

EDUARDO. Muy bien; muy bien. Vuelva usted a suspirar aún más a sus anchas, si es posible...

ARACELI. Es posible; sí.

EDUARDO. Y evoque al hacerlo a otra persona de su mayor cariño y simpatía.

ARACELI. *Después de pensarlo.* ¡Ay, Sebastián!

EDUARDO. *Soltando inconscientemente la mano de Araceli.* ¿Quién es Sebastián?

ARACELI. El único hermanito que tengo.

EDUARDO. ¡Quiere usted mucho a la familia!

ARACELI. Mucho. ¿Suspiro otra vez?

EDUARDO. No; porque a lo mejor va usted a suspirar por un primo segundo.

ARACELI. ¿Y qué?

EDUARDO. Nada, nada; otra broma, Araceli.

ARACELI. Otra broma, no. Porque usted al oír lo de Sebastián palideció de pronto, usted soltó mi mano al oír lo de Sebastián... ¿Qué pensó usted que tenía yo en el pecho?

EDUARDO. ¡Pensé que tenía usted a Sebastián!—que no es grano de anís.

ARACELI. No entiendo, amigo mío.

EDUARDO. Pues ya es hora de que entienda usted. No es posible, Araceli, que yo siga adelante con lo que hasta aquí sólo puede hallar disculpa en la ligereza de mi carácter y en la misma vehemencia de usted, que me ha impedido hablar más claro.

ARACELI. Tampoco entiendo.

EDUARDO. Déjeme usted continuar. Yo no soy Jacinto Cañales, el médico famoso, el amigo de su amiga Beatriz, el hombre de moda...

ARACELI. ¡Dios mío! ¿Es que me he metido en otro cuarto?

EDUARDO. No. Se ha metido usted en el cuarto adonde venía. Está usted en casa del doctor Cañales, que ahora mismo saldrá, y en presencia de su hermano Eduardo.

ARACELI. ¡Ah! ¿es usted su hermano Eduardo?

EDUARDO. Para servir a usted.

ARACELI. ¿El viudo?

EDUARDO. El soltero.

ARACELI. Ya. El soltero... Pues parecía usted el casado.

EDUARDO. ¿El casado? ¿Por qué?

ARACELI. Quiero decir que parecía usted el médico. Me ha estado usted oyendo con un interés y poniendo unas caras... ¡Jesús, qué cosa! Esto lo ve una en el teatro y dice que no puede pasar.

EDUARDO. Pues... ya ve usted si pasa. Conste, pues, Araceli, que yo no soy el médico. Lo que soy es enfermo, en tal caso.

ARACELI. ¿Enfermo usted? ¿De qué está usted enfermo?

EDUARDO. Quizás de lo mismo que usted.

ARACELI. ¿De lo mismo que yo? Tampoco entiendo eso, Eduardo.

EDUARDO. Yo, como usted, daría mil veces cuanto pudiera por una ilusión que alumbrara mi espíritu. Yo, preciosa Araceli, pensaba esta noche ir con mis hermanos al teatro y buscar ocasión de saludarla a usted y de hablarle, porque deseo ser su amigo... porque su persona me interesa profundamente. ¿Entiende usted esto?

ARACELI. Eso está más claro que el agua. Ahora, que yo no sé... Usted se hará cargo... Esta situación es tan anormal... ¿Quiere usted que llame a la *miss*?

EDUARDO. A mí no me hace falta ninguna.

ARACELI. No; ni a mí tampoco, pero... Mi si-

tuación... sus palabras de usted... Yo he venido aquí a ver a su hermano...

EDUARDO. ¿Quiere usted que llame a mi hermano?

ARACELI. Llámelo...

EDUARDO. Me parece que hace tanta falta como la *miss*... pero... lo llamaré. ¡Qué diablo! En lugar de presentarme él a mí, lo presento yo a él. Aunque, después de todo, es una tontería. Porque, vamos a ver: ¿usted no se encuentra algo mejor? Con franqueza.

ARACELI. Con franqueza: ahora me encuentro bien. Como no estoy pensando en mis males...

EDUARDO. Usted lo ha dicho. Olvidar es aliviarse, Araceli. Vamos a dejar a mi hermano allá dentro. Sí; porque si viene, recuerda usted otra vez lo que aquí la trajo, y vuelve a padecer. Y yo no quiero que usted padezca, Araceli.

ARACELI. Eduardo...

EDUARDO. Le he dicho a usted que me interesa su persona, y quiero que otra vez lo oiga de mis labios. Si el sólo verla de lejos me embelesaba y seducía, el oír su voz, el conocer sus cuitas misteriosas ha acabado de cautivarme. ¿Quiere usted ser mi amiga, Araceli?

ARACELI. Yo voy a llamar a la *miss*.

EDUARDO. Un momento. ¿Quiere usted ser mi amiga?

ARACELI. ¿Por qué no, Eduardo?

EDUARDO. Pues ya que nuestra amistad ha

empezado de tan particular y graciosa manera, ya que yo he logrado hacerla olvidar sus males un momento, acépteme como médico por unos días.

ARACELI. Como médico... Tiene gracia... Como médico... Y ¿qué va usted a hacer?

EDUARDO. Recetar: lo que hacen los médicos.

ARACELI. Pero ¿usted sabe?

EDUARDO. Curarla a usted, seguramente. Mire usted mi plan. Durante el tiempo necesario la despertará a usted todas las mañanas la llegada de un ramo de flores que yo le enviaré. ¿Me dispensará usted el honor de aceptarlo?

ARACELI. ¿Como medicina?

EDUARDO. Desde luego.

ARACELI. Si es como medicina...

EDUARDO. Horas después, pasaré por la acera de enfrente a la de su casa, y usted se asomará al balcón.

ARACELI. ¡Ay! me da mucho miedo caerme; por eso no me asomo nunca.

EDUARDO. No importa. Como soy yo el que ha de pasar por debajo, si se cae usted, respondo de que no se hará daño alguno.

ARACELI. Je... Tiene gracia. .

EDUARDO. Por la noche, al teatro. Al que usted asista iré yo. Charlaremos allí de las impresiones del día, sin hacer mucho caso de la función, por si es tristona... y Dios dirá luego. Del resultado que nos dé este plan de los primeros

días dependerá todo lo demás. ¿Acepta usted... enferma de desilusión?

ARACELI. Acepto, sí. No es un plan nada duro... Recibir sus flores por la mañana, saludarlo a usted al medio día y hablarle por la noche... No es muy duro, no...

EDUARDO. ¿Verdad? Y ¿espera usted que acierte?

ARACELI. No sé... no sé... no quiero contestarle... Como me ha llamado usted enferma de desilusión... Si luego hay algún cambio en el plan...

EDUARDO. No, eso no; todo será sobre lo mismo... Más flores, más saludos, más charla...

ARACELI. Más charla... más saludos... más flores... Veremos... veremos. . Es muy alegre la esperanza... Veremos... Pero ahora...

EDUARDO. ¿Está violenta, no es verdad? ¿Desea marcharse?

ARACELI. Sí.

EDUARDO. ¿Sin ver a mi hermano?

ARACELI. Se me ha hecho un poco tarde, ¿no? En el propio teatro me echarán de menos algunos amigos de casa.

EDUARDO. ¿Quiere usted mi brazo hasta la puerta?

ARACELI. ¿Como medicina también?

EDUARDO. También.

ARACELI. Je... A Jacinto dele mis disculpas...

EDUARDO. ¡Bah! ¡Es un mediquillo de tres al cuarto!

Se van del brazo por la puerta del foro; el contemplándola sonriente y ella a cien leguas del objeto de su visita. A punto de verlos desaparecer llega curiosamente Jacinto por donde se marchó.

JACINTO. ¡Ah, caramba! ¡Se la lleva del brazo! Pero ¡este hermano mío es inconmensurable! *Llamando.* ¡Fermín! ¡Fermín!

Sale Fermín por la puerta del foro.

FERMÍN. Señorito.

JACINTO. ¿Tú sabes qué ha ocurrido aquí?

FERMÍN. Señorito, yo no sé más sino que el señorito me dejó ahí fuera con la inglesa que viene con la señorita y me dijo que no estaba para nadie.

JACINTO. ¿Para nada?

FERMÍN. Para nadie.

JACINTO. Y ¿tú has hablado algo con la inglesa?

FERMÍN. ¡Mucho! Tampoco anda buena. Empezó a contarme que se va a morir el día menos pensado, y que tiene unas tristezas muy grandes, y que no duerme, y que no come; y yo le dije que en cuanto se enamorara de un español como yo, se le acababan esas murrias. Y se va tan contenta.

JACINTO. ¡Bien, hombre, bien! Pero ese hermano mío...

FERMÍN. Aquí llega.

Vase Fermín y llega, en efecto, Eduardo muy gozoso.

JACINTO. ¡Eduardo!

EDUARDO. ¡Jacintillo! ¡Abrázame!

JACINTO. ¿Y la enferma?

EDUARDO. ¿La enferma? Convaleciente ya. En cambio yo, gravísimo.

JACINTO. ¿Gravísimo, eh?

EDUARDO. Gravísimo. Pronto la verás en el teatro y me dirás si no hay para enfermar de muerte. Yo le he propuesto ser su médico por unos días.

JACINTO. ¿Tú?

EDUARDO. Yo. Y he de serlo. Y la he de curar. Oyendo las tribulaciones de esa hermosa mujer, de quien ya estoy desatinadamente enamorado, pensé que los médicos de las mujeres, antes que médicos, tienen que ser poetas. ¡Ay de aquel que no sepa curar las almas! ¡Desilusión, desamor, desencanto! ¡Sólo con ilusión y con amor podréis curaros siempre!

Porque el tormento mayor
que hay para toda mujer
es la muerte de ese amor
que se muere sin nacer.

FIN

Madrid, febrero, 1910.

ÍNDICE

PÁGINAS

El amor que pasa..... 5
El agua milagrosa..... 95
La musa loca..... 115
Herida de muerte..... 245

TEATRO COMPLETO DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

Tomo I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo. — Esgrima y amor. — Belén, 12, principal. — Gilito. — La media naranja. — El tío de la flauta. — El peregrino. — Las casas de cartón. — La reja. — Apéndice.

Tomo II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima. — El patio. — Los Galeotes.

Tomo III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena. — La azotea. — El nido. — Las flores.

Tomo IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra. — Los borrachos. — El traje de luces. — El motete. — El estreno. — Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!

Tomo V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena. — Pepita Reyes. — Mañana de sol.

Tomo VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala. — Amor a oscuras. — La casa de García. — A la luz de la luna.

Tomo VII.—PIEZAS BREVES

El ojito derecho. — El chiquillo. — Los piropos. — El flechazo. — El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata. — El nuevo servidor.—La aventura de los Galeotes.

Tomo VIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

Tomo IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre. — El niño prodigio.— La vida que vuelve.

Tomo X. —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo. — La reina mora. — Zaragatas. — El mal de amores. — El amor en solfa.—La mala sombra.

Tomo XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda. — El último capítulo.—Las de Caín.—Sin palabras.

Tomo XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos. — ¿A quién me recuerda usted? — Doña Clarines. — Los ojos de luto.

Tomo XIII.—PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.— Nanita, nana...— La zancadilla.—La bella Lucerito. — Las buñoleras. — Cuatro palabras. —Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas. El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Teruel.

Tomo XVIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES.

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita. Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de El.—El ilustre huésped. Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

Tomo XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia. — Anita la risueña. El amor bandolero. — Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias. — Becqueriana. — Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

Tomo XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona. — Pedro López.—La calumniada.

Tomo XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

Tomo XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de América.—La sillita.—Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel. El cuartito de hora. — Cabellos de plata.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—Y otras.

Tomo XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro.

Tomo XXVII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vueltas que da el mundo.—Las benditas Máscaras.

Tomo XXVIII.—SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Álvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

El orden de publicación de los tomos se alterará siempre que la última edición particular de alguna de las obras este agotada y se considere conveniente su pronta reimpresión.

PUBLICADOS:

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, XII.

EN PRENSA:

Tomo IX.

PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS

3 0081 007 948 726